



5

79

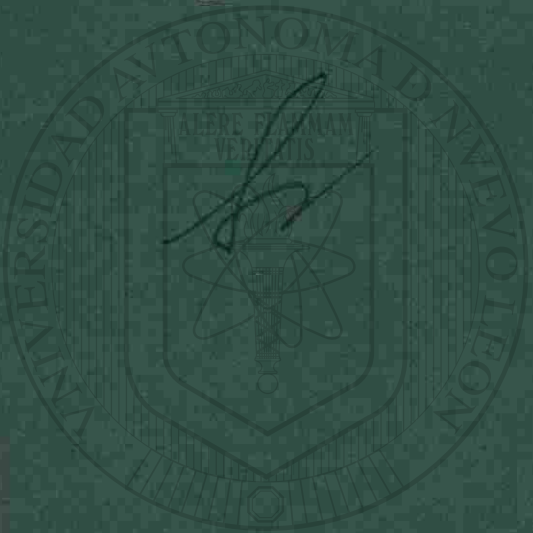


PQ2325

.G7

S6

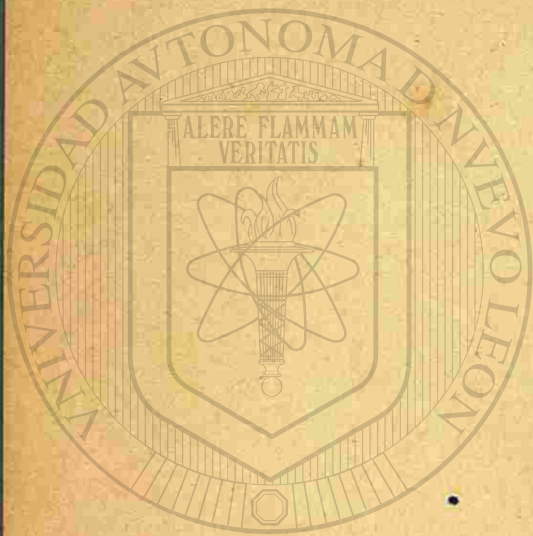
L279



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO GONZÁLEZ GONZÁLEZ



UANI GRACIELA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A. DE LAMARTINE

GRACIELA

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS - 3040 B

009510

LIBRERIA DE HERMANOS

... al escribir sus sentidas obras.

A. DE LAMARTINE

GRACIELA

Versión Castellana de

M. DE TORO Y GÓMEZ



PARÍS

099510

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS [®]

6 — CALLE DES SAINTS-PÈRES — 6 **30401**

1885

Las plumas de Lamartine

Hasta la fecha han sido vendidas en precios muy elevados en subastas públicas de París, catorce mil plumas de ganso, que se dice empleó ese gran poeta al escribir sus sentidas obras.

843 PQ2325
L. 097
56

Núm. Clas. N
Núm. Autor 42173
Núm. Adg. 30404
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BEYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

GRACIELA

CAPÍTULO PRIMERO

I

Á los diez y ocho años me confió mi familia á los cuidados de una parienta, que para arreglar sus negocios pasaba á Toscana, acompañada de su marido. La ocasión no podía ser más oportuna para hacerme viajar y separarme de esa ociosidad peligrosa de la casa paterna y de las ciudades de provincia, donde las primeras pasiones del alma se corrompen por falta de actividad. Partí con el entusiasmo de un niño que va á ver levantarse el telón de las más espléndidas escenas de la naturaleza y de la vida.

Los Alpes, cuyas nieves eternas veía brillar

á lo lejos siendo niño, en el extremo del horizonte desde lo alto de la colina de Milly; la mar, de la que tantas brillantes imágenes habían grabado en mi imaginación los viajeros y los poetas; el cielo italiano, cuyo calor y serenidad había aspirado ya, por decirlo así, en los versos de Goethe y en las páginas de *Corina* :

Conoces esa tierra donde florece el mirto;

los monumentos todavía en pié de esa antigüedad romana con que mis recientes estudios habían llenado mi pensamiento; la libertad, en fin, la distancia que da cierto prestigio á las cosas lejanas, las aventuras, esos accidentes seguros de los viajes largos, que la imaginación juvenil prevee, combina á su antojo y saborea de antemano; el cambio de lengua, de fisonomias y de costumbres, que parece iniciar la inteligencia en un mundo nuevo. Viví en un estado constante de embriaguez durante dos largos días de expectativa que precedieron al viaje. Este delirio, renovado todos los días por la magnificencia de la naturaleza en Saboya, en Suiza, sobre el lago de

Ginebra, sobre los ventisqueros del Simplón, en el lago de Como, en Milán y Florencia, no cesó hasta mi regreso.

Como se prolongaban indefinidamente los negocios que habían llevado á mi compañera de viaje á Liorna, se trató de hacerme volver á Francia sin haber visto á Roma y Nápoles, lo cual era arrebatarme la dicha en el momento en que iba á disfrutarla. Me sublevé interiormente contra semejante idea. Escribí á mi padre pidiéndole autorización para continuar solo mi viaje por Italia, y sin aguardar la respuesta, que no esperaba fuese favorable, resolví prevenir la desobediencia con el hecho. « Si viene la prohibición, me decía, llegará demasiado tarde. Seré reprendido, pero me perdonarán; volveré, pero habré visto. » Pasé revista á mi pacotilla y vi que mis recursos pecuniarios eran muy limitados; pero calculé que tenía un pariente de mi madre establecido en Nápoles y que no me rehusaría el dinero que necesitase para la vuelta, y sin esperar á más partí una noche de Liorna por el correo de Roma.

Allí pasé el invierno solo en un aposento que daba á una calle oscura, la cual desembocaba en la plaza de España, en casa de un pintor romano que me admitió en calidad de pupilo. Mi figura, mi juventud, mi entusiasmo y mi aislamiento en medio de un país desconocido, habían interesado vivamente á uno de mis compañeros de viaje en el camino de Florencia á Roma, el cual me cobró singular afecto y trabó conmigo una verdadera amistad. Era un mancebo gentil, casi de la misma edad que yo, y parecía ser hijo ó sobrino del famoso cantor David, entonces el primer tenor de los teatros de Italia. David viajaba también con nosotros, y era de edad algo avanzada; iba á cantar por última vez al teatro de San Carlos de Nápoles.

Tratábame como si fuera mi padre, y su joven compañero me colmaba de atenciones y obsequios, á los que yo correspondía con todo el abandono y la candidez de mi edad. Aun no habíamos llegado á Roma y ya el hermoso viajero y yo éramos inseparables. En aquel tiempo el correo no empleaba menos de tres días para ir desde Flo-

rencia á Roma. En las posadas mi nuevo amigo era mi intérprete; en la mesa me servía el primero; en el carruaje me proporcionaba el mejor sitio á su lado, y si me dormía estaba seguro de que mi cabeza tendría su hombro por almohada.

Cuando bajaba del coche para subir las elevadas montañas de la Toscana ó de la Sabina, bajaba él conmigo, me explicaba el país, me decía los nombres de los pueblos y me indicaba los monumentos; ¿pero qué más? llegaba hasta coger flores, y comprar en el camino higos y uvas y llenaba con ellos mis manos y mi sombrero. David parecía ver con gusto el afecto que su compañero de viaje profesaba al extranjero, y algunas veces se sonreía mirándome con aire de inteligencia, de finura y de bondad. Cuando llegamos por la noche á Roma, me apeé en la misma posada que ellos. Lleváronme á mi cuarto, donde me dormí y no desperté hasta que vino á llamar á mi puerta mi joven amigo invitándome á que fuera á almorzar. Me vestí á toda prisa y bajé á la sala donde estaban reunidos todos los viajeros. Iba á apretar la mano á mi compañero de viaje y le buscaba en

en vano entre los convidados, cuando una risa general animó todos los semblantes. En lugar del hijo ó del sobrino de David, distinguí á su lado una encantadora figura de doncella romana, elegantemente vestida y cuyos cabellos negros, trenzados alrededor de la frente, estaban sujetos por detrás con dos grandes alfileres de oro con cabeza de perlas, como los llevan todavía las campesinas de Tivoli. Aquel era mi amigo, que al llegar á Roma había vuelto á tomar su traje y su sexo.

Yo hubiera debido sospecharlo por la ternura de su mirada y por la gracia de su sonrisa; pero confieso que no se me ocurrió semejante idea. « El traje no cambia el corazón, me dijo ruborizada la hermosa romana; sólo que ya no dormiré usted sobre mi hombro, y en vez de recibir flores de mi mano, usted será quien me las dé. Esta aventura le enseñará á usted á no fiarse de las apariencias de amistad que en adelante le manifiesten, porque podría suceder que fuese otra cosa.

La joven era una cantatriz, discípula y favorita de David, que la llevaba consigo á todas partes y

la vestía de hombre para evitar en el camino las murmuraciones. Tratábala como padre más que como protector, y nunca mostró la más mínima envidia por las dulces é inocentes familiaridades que él mismo había dejado establecerse entre nosotros.

II

David y su discípula pasaron algunas semanas en Roma. Al día siguiente de nuestra llegada volvió ésta á tomar sus vestidos de hombre y me condujo primeramente á San Pedro, después al Coliseo, á Frascati, á Tivoli y Albano; de este modo me ahorré las fastidiosas relaciones de esos guías asalariados que disecan á la vista de los viajeros el cadáver de Roma y que, arrojando en medio de vuestras impresiones su monótona letanía de nombres propios y de fechas, atormentan la imaginación y desvían el sentimiento de las cosas bellas. Camila no era instruida; pero nacida en Roma, sabía por instinto los sitios más hermosos

y las grandes perspectivas que la habían cautivado desde su infancia. Así es que, sin pensar en ello, me conducía á los sitios mejores y en las horas más oportunas para contemplar los restos de la ciudad antigua : por la mañana, bajo los copudos pinos del *monte Pincio*; por la tarde bajo las grandes sombras de las columnatas de San Pedro; por la noche, á la claridad de la luna, al recinto mudo del Coliseo; y en los hermosos días de otoño, á Albano, á Frascati y al templo resonante de la Sibila, humedecido con el vapor de las cascadas de Tívoli. Mostrábase alegre y loquilla como una estatua de la eterna Juventud, en medio de aquellos vestigios del tiempo y de la muerte. Bailaba sobre el sepulcro de Cecilia Metela, y mientras yo meditaba sentado sobre una piedra, hacía resonar con su robusta voz teatral las siniestras bóvedas del palacio de Diocleciano.

Al anoecer volvíamos á la ciudad, llevando nuestro carruaje lleno de flores y de fragmentos de estatuas, é íbamos en busca del viejo David, á quien sus negocios retenían en Roma, y el cual nos llevaba al teatro para concluir el día en su palco. La can-

tratríz, que tenía algunos años más que yo, no me manifestaba otro afecto que el de una tiernísima amistad, y yo por mi parte era demasiado tímido para que le mostrase otra clase de sentimientos, y debo confesar que ni siquiera los experimentaba á pesar de mi juventud y de su hermosura. Su vestido de hombre, su familiaridad enteramente viril, el sonido varonil de su voz de contralto me causaban tal impresión, que no veía en ella más que un joven hermoso, un camarada ó amigo.

III

Cuando partió Camila me quedé absolutamente solo en Roma, sin más conocimiento que los sitios, monumentos ó ruinas adonde Camila me había llevado. El anciano pintor en cuya casa estaba yo hospedado, no salía jamás de su estudio sino para ir los domingos á misa con su mujer y su hija, joven de diez y seis años, tan laboriosa como él. Su casa era una especie de convento donde el tra-

bajo del artista no era interrumpido sino por una comida frugal y por la oración.

Por las noches, cuando los últimos resplandores del sol se apagaban en las ventanas del aposento del pobre pintor, y las campanas de los monasterios tocaban el *Ave-Maria*, ese adios armonioso del día en Italia, el único descanso de la familia era rezar juntos el rosario y salmodiar á medio canto las letanias, hasta que las voces, debilitadas por el sueño, se apagaban en un vago y monótono murmullo semejante al de la ola que muere sobre una playa donde el viento se calma con la noche.

Gustábame sobremanera la escena tranquila y piadosa de la noche, en que daba fin al trabajo aquel himno de tres almas que se elevaban al cielo para descansar del día. Esto me recordaba la casa paterna, donde nuestra madre nos reunía también por la noche para rezar unas veces en su cuarto y otras en el jardín de Milly, á los últimos fulgores del crepúsculo. Al volver á hallar los mismos hábitos, las mismas costumbres y la misma religión, me sentía como trasladado bajo

el techo paterno en aquella casa desconocida. No he visto jamás vida más recogida, más solitaria, más laboriosa y santificada que la de la casa del pintor romano.

Este tenía un hermano; pero no vivía con él. Enseñaba la lengua italiana á los extranjeros de distinción que pasaban los inviernos en Roma; era más que un profesor de lenguas, era un literato de primera clase. Joven todavía, de arrogante figura y de carácter antiguo, había figurado mucho en las tentativas de revolución que habían hecho los republicanos romanos para resucitar la libertad en su país. Era uno de los tribunos del pueblo, uno de los Rienzi de la época. En aquella breve resurrección de Roma antigua, suscitada por los franceses y sofocada por Mack y por los napolitanos, había representado uno de los principales papeles; había arengado al pueblo en el Capitolio, enarbolado la bandera de la independencia y ocupado uno de los primeros puestos de la república. Perseguido y preso al llegar la reacción, debió solamente su libertad á la llegada de los franceses que habían salvado á los republi-

canos, pero también confiscado la república.

Aquel romano adoraba á la Francia revolucionaria y filosófica y aborrecía al emperador y el imperio. Bonaparte no era para él, como para todos los liberales italianos, sino el César de la libertad. Yo, joven como él, tenía los mismos sentimientos y esta conformidad de ideas no tardó en revelarse entre nosotros. Al ver con qué entusiasmo juvenil y antiguo á la par, vibraba yo á los acentos de la libertad cuando leíamos juntos los versos incendiarios del poeta Monti ó las escenas republicanas de Alfieri, conoció que podía franquearse conmigo, y llegué á ser más que discípulo, verdadero amigo suyo.

IV

La prueba de que la libertad es el ideal divino del hombre está en que ella es el primer ensueño de la juventud, y en que no se desvanece en nuestra alma sino cuando el corazón se marchita y el espíritu se envilece y acobarda. No hay un

alma de veinte años que no sea republicana; no hay un corazón gastado que no sea servil.

¡Cuántas veces íbamos mi maestro y yo á sentarnos sobre la colina de la villa *Pánfilí*, desde donde se ve á Roma, sus cúpulas, sus ruinas, su Tiber que se arrastra silencioso y avergonzado bajo los arcos de *Ponto Rotto*, desde donde se oye el murmullo lastimero de sus fuentes y los pasos casi mudos de su pueblo que marcha en silencio por sus calles desiertas! ¡Cuántas veces derramamos lágrimas amargas por la suerte de este mundo entregado á todas las tiranías, donde parecía que la filosofía y la libertad no habían querido renacer un momento en Francia y en Italia, sino para ser manchadas, vendidas ú oprimidas en todas partes!

V

Bajo el imperio de estas impresiones fué como yo estudié á Roma y sus monumentos. Salía por las mañanas solo, antes que el movimiento de la

ciudad pudiera distraer el pensamiento del contemplador. Llevaba debajo del brazo los historiadores, los poetas, los descriptores de Roma. Iba á sentarme ó á pasear por entre las ruinas desiertas del *Forum*, del Coliseo, de la campiña romana. Miraba, leía y pensaba alternativamente. Hacia de Roma un estudio serio, pero estudio en acción. Aquel fué mi mejor curso de historia. La antigüedad, en vez de causarme tedio, llegó á ser para mí un sentimiento, y en este estudio no seguía otro plan que mi inclinación. Marchaba á la ventura, adonde mis piés me llevaban. Pasaba de Roma antigua á Roma moderna; del Panteón al palacio de Leon X, de la casa de Horacio en Tibur, á la casa de Rafael. Poetas, pintores, historiadores, hombres grandes, todo pasaba confusamente por delante de mí, y no detenía un momento sino á los que me interesaban más aquel día.

Hacia las once de la mañana volvía á mi celdita de la casa del pintor para almorzar, y sobre mi mesa de trabajo, y leyendo al mismo tiempo, comía un pedazo de pan y de queso; bebía una

taza de leche, y en seguida me ponía á trabajar, á notar, á escribir, hasta la hora de comer. La mujer y la hija de mi huésped eran las que con sus propias manos preparaban la comida. Después de ésta volvía á marcharme á nuevas excursiones y no regresaba hasta entrada la noche. Algunas horas de conversación con la familia del pintor, y lecturas prolongadas hasta hora muy avanzada de la noche, acababan aquellos pacíficos días.

No sentía el menor deseo de sociedad, y hasta gozaba en mi aislamiento, bastándome Roma y mi alma. Así pasó todo un largo invierno desde el mes de Octubre hasta Abril siguiente sin un día de cansancio ó de tedio. El recuerdo de estas impresiones fué el que diez años después me inspiró los versos que escribí acerca de Tibur.

VI

Ahora, cuando busco allá en mi pensamiento todas mis impresiones de Roma, hallo solamente dos que borran ó que por lo menos dominan

todas las demás : el Coliseo, obra del pueblo romano, y San Pedro, obra maestra del catolicismo. El Coliseo es la huella gigantesca de un pueblo sobrehumano que levantaba á su orgullo y á sus placeres feroces, monumentos capaces de contener una nación; monumentos que por su mole y duración rivalizan con las obras mismas de la naturaleza. Aunque el Tiber se seque en sus orillas de cieno, seguirá dominándole el Coliseo.

San Pedro es la obra de un pensamiento, de una religión, de toda la humanidad en una época del mundo. No es ya un edificio destinado á contener un pueblo vil; es un templo consagrado á encerrar en su recinto toda la filosofía, todas las oraciones, toda la grandeza y todo el pensamiento del hombre. Los muros parecen levantarse y engrandecerse, no ya en la proporción de un pueblo, sino en la proporción de Dios. Sólo Miguel Angel ha comprendido el catolicismo y le ha dado en San Pedro su expresión más sublime y completa. San Pedro es verdaderamente la apoteosis de piedra y la trasfiguración monumental de la religión de Cristo.

Los arquitectos de las catedrales góticas eran bárbaros sublimes. Sólo Miguel Angel fué un filósofo en su concepción. San Pedro es el cristianismo filosófico de donde el arquitecto divino echa las tinieblas, y donde hace entrar el espacio, la belleza, la simetría y la luz á torrentes inagotables. La belleza incomparable de San Pedro de Roma consiste en que es un templo que no parece destinado sino á revestir la idea de Dios en todo su esplendor.

Aunque pereciera el cristianismo, seguiría siendo San Pedro el templo universal, eterno, racional, de cualquiera religión que sucediera al culto de Cristo, con tal que esta religión fuese digna de la humanidad y de Dios. Es el templo más abstracto que jamás ha construido en el mundo el genio humano, inspirado por una idea divina. Cuando se entra en él no se sabe si se entra en un templo antiguo ó en un templo moderno, porque ningún detalle ofusca la vista, ningún símbolo distrae el pensamiento : los hombres de todos los cultos entran en él con el mismo respeto. Se percibe, se conoce y se siente que es

un templo que no puede ser habitado sino por la idea de Dios y que ninguna otra idea podría llenar.

Cambiad el sacerdote, quitad el altar, descolgad los cuadros, llevaos las estatuas; nada habrá variado, será siempre la casa de Dios, ó más bien, San Pedro es por si solo un gran simbolo de ese cristianismo eterno, que poseyendo en germen en su moral y en su santidad el desarrollo de los progresos sucesivos del pensamiento religioso de todos los siglos y de todos los hombres, se hace á la sazón, á medida que Dios la hace huir, comunicar con Dios en la luz, se ensancha y se eleva á las proporciones del espíritu humano, que crece sin cesar y recoge todos los pueblos en la unidad de adoración y hace de todas las formas divinas un solo Dios, de todas las creencias un solo culto y de todos los pueblos una sola humanidad.

Miguel Angel es el Moisés del catolicismo monumental, tal como ha de ser comprendido un dia. Él ha hecho el arco imperecedero de los tiempos futuros, el panteón de la razón divinizada.

VII

En fin, después de haberme saciado de Roma, quise ver á Nápoles, donde lo que más llamaba mi atención era el sepulcro de Virgilio y la cuna del Tasso. Los países han sido siempre para mí hombres. Nápoles es Virgilio y el Tasso. Me parecía que habían vivido ayer y que sus cenizas estaban todavía calientes. Veía de antemano el Pausilippo y Sorrento, el Vesubio y el mar al través de la atmósfera de sus bellos y dulces genios.

Partí para Nápoles hácia los últimos dias de Marzo; viajaba en silla de posta con un comerciante francés que había buscado un compañero para aminorar los gastos del viaje. Á corta distancia de Velletri nos encontramos al coche del correo de Roma á Nápoles volcado á orillas del camino y acribillado por las balas.

El correo, un postillón y dos caballos habían sido muertos. Acababan de llevar á los hombres

á una casa vecina. Los pliegos rotos y los pedazos de cartas flotaban al viento. Los bandidos habían vuelto á tomar el camino de los Abruzos.

Destacamentos de infantería y de caballería francesa, cuyos cuerpos estaban acampados en Terracina, los perseguían entre las rocas. Oíase el fuego de los tiradores, y sobre todo el flanco de la montaña se veía el humo de los disparos de fusil. De trecho en trecho encontramos puestos de tropas francesas y napolitanas escalonadas en el camino. Así es como entonces se entraba en el reino de Nápoles.

Aquel salteamiento de caminos tenía cierto carácter político. Reinaba Murat. Las Calabrias resistían todavía, y el rey Fernando, retirado en Sicilia, sostenía á sus expensas á los jefes de aquellas en las montañas. El famoso *Fra Diavolo* combatía á la cabeza de aquellas cuadrillas. Sus hazañas eran asesinatos, y nosotros no hallamos orden y seguridad hasta en las inmediaciones de Nápoles.

Llegué allí el 1° de Abril, y á los pocos días de mi llegada me reuñi con un joven de mi

edad, al cual profesaba una amistad verdaderamente fraternal desde que estuvimos en el colegio. Llamábase Aymond de Virieu. Su vida y la mía han estado tan unidas desde su infancia hasta su muerte, que nuestras dos existencias forman como parte la una de la otra; así es que he hablado de él casi siempre que he tenido que hablar de mí.

.

JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EPISODIO

Hacia yo en Nápoles casi la misma vida contemplativa que en Roma en casa del anciano pintor en la plaza de España, sólo que en lugar de pasar mis días vagando por entre los restos de la antigüedad, los pasaba vagando por las orillas ó sobre las olas del golfo de Nápoles.

Por la noche me volvía al antiguo convento, donde gracias á la hospitalidad del pariente de mi madre, habitaba una celdita en el último piso del edificio, y cuyo balcón, lleno de macetas de flores y de enredaderas, daba vista al mar, al Vesubio, á Castellamare y á Sorrento.

Cuando el horizonte de la mañana estaba limpio y despejado veía brillar la casa blanca

del Tasso, suspendida como un nido de cisne en la cima de una roca amarilla batida por las olas. Esta vista me encantaba. La luz de aquella casa iluminaba hasta el fondo de mi alma. Era como un rayo de gloria que brillaba desde lejos en medio de mi juventud y mi oscuridad. Acordábase de la escena homérica de la vida de aquel grande hombre cuando salido de la prisión, perseguido por la envidia de los pequeños y por la calumnia de los grandes, escarnecido hasta en su genio, su única riqueza, vuelve á Sorrento á buscar un poco de reposo, de ternura ó de piedad, y disfrazado de mendigo se presenta á su hermana para tentar su corazón y ver si ella á lo menos reconoce al que tanto ha amado.

« Ella le reconoce al punto, dice el biógrafo ingenuamente, á pesar de su palidez enfermiza, de su barba canosa y de su capa rota. Se arroja en sus brazos con más ternura y misericordia que si hubiera visto á su hermano engalanado con los dorados uniformes de los cortesanos de Ferrara. Largo tiempo ahogan su voz los sollozos; estrecha á su hermano contra su corazón;

le lava los piés y le prepara una comida de fiesta; pero ni uno ni otro pudieron tocar á las viandas que se les sirvieron, tan llenos de lágrimas estaban sus corazones, y pasaron el día llorando sin decirse nada, mirando al mar y acordándose de su infancia. »

II

Un día, era á principios del estío, en ese momento en que el golfo de Nápoles, bordado con sus colinas, con sus casas blancas y sus rocas tapizadas de vides trepadoras, y ciñendo su mar, más azul que su cielo, se asemeja á una copa antigua que blanquea de espuma, y cuyas asas y bordes festonean la hiedra y el pámpano; era la estación en que los pescadores del Pausilippo, que suspenden sus cabañas en sus rocas y extienden sus redes sobre las playas de arena fina, se alejan de la tierra con confianza y van á pescar por la noche á dos ó tres leguas en el mar hasta las costas de Capri, de

Prócida, de Ischia y en medio del golfo de Gaeta.

Algunos llevan teas de resina que encienden para engañar al pescado. Éste sube á la luz creyendo que es el crepúsculo del día. Un muchacho inclinado sobre la proa del barco aproxima la antorcha á las olas, mientras el pescador, clavando su vista en el fondo del agua, procura distinguir su presa y envolverla en sus redes. Aquellos fuegos, rojos como los de un horno, se reflejan en largos surcos ondulantes sobre la superficie del mar, como los largos rastros de luces que proyecta en ella el globo de la luna. El movimiento de las olas los hace oscilar y prolongar su vislumbre de ola en ola, tan lejos que la primera la refleja en las que la siguen.

III

Mi amigo y yo pasábamos muchas veces horas enteras sentados sobre un escollo ó sobre las ruinas húmedas del palacio de la reina Juana,

mirando aquellas luces fantásticas, y envidiando la vida vagabunda é indiferente de aquellos pobres pescadores.

Algunos meses de estancia en Nápoles, el trato frecuente de los hombres del pueblo durante nuestras excursiones diarias al campo y al mar, nos habían familiarizado con su lengua acentuada y sonora, en que el gesto y la mirada tienen más parte que la palabra. Filósofos por presentimiento, y cansados de las agitaciones vanas de la vida antes de haberlas conocido, envidiábamos muchas veces á esos felices *lazzaroni* que llenaban entonces la playa y los muelles de Nápoles, que pasaban sus días á la sombra de sus barquichuelos sobre la arena, oyendo los versos improvisados de sus poetas ambulantes y bailando la *tarantela* con las muchachas de su casta por las noches debajo de algún emparrado á orillas del mar. Conocíamos sus hábitos, su carácter y sus costumbres mucho mejor que los del mundo elegante adonde no íbamos jamás. Esta vida nos agradaba, y adormecía en nosotros esos movimientos febriles del alma que gastan inútil-

mente la imaginación de los jóvenes antes de la hora en que su destino los llame á obrar ó á pensar.

Mi amigo tenía veinte años y yo diez y ocho; nos hallábamos, pues, los dos en esa edad en que es permitido confundir los sueños con las realidades. Resolvimos trabar conocimiento con aquellos pescadores y embarcarnos con ellos para hacer por algunos días el mismo género de vida. Aquellas noches templadas y luminosas, pasadas debajo de la vela en aquel lecho de ondulantes olas y bajo el cielo profundo y estrellado, nos parecía una de las voluptuosidades más misteriosas de la naturaleza, que era preciso sorprender y conocer, aunque no fuese mas que para contarla.

Libres y sin tener que dar cuenta á nadie de nuestras acciones ni de nuestras ausencias, al día siguiente ejecutamos lo que habíamos pensado. Recorriendo la playa de la *Margellina*, que se extiende bajo el sepulcro de Virgilio al pié del monte Pausilippo, y donde los pescadores de Nápoles sacan sus barcas sobre la arena y re-

miendan sus aparejos y sus redes, vimos á un anciano todavía robusto. Estaba embarcando sus utensilios de pesca en un caique pintado de colores brillantes y sobre cuya popa había esculpida una imagen de San Francisco. Un muchacho de doce años, su único remero, llevaba en aquel momento á la barca dos panes, un queso de búfalo, duro, reluciente y dorado como las conchas de la playa, algunos higos y un cántaro que contenía agua.

La figura del viejo y la del niño nos llamaron la atención, y desde luego entablamos conversación con ellos. El pescador se echó á reír cuando le propusimos que nos recibiera por remeros y nos llevara consigo al mar.

— Ustedes no tienen las manos callosas que se necesitan para manejar el remo, nos dijo; sus manos blancas están hechas para tocar plumas y no madera, y sería lástima que las encallecieran en el mar.

— Somos jóvenes, respondió mi amigo, y queremos ensayar todos los oficios antes de escoger

uno. El de usted nos agrada porque se hace sobre el mar y debajo del cielo.

— Tiene usted razón, contestó el barquero. Es un oficio que deja contento el corazón y el espíritu confiado en la protección de los santos. El pescador está bajo la guarda inmediata del cielo. El hombre no sabe de donde vienen el viento y la ola. El cepillo y la lima están en la mano del obrero; la riqueza y el favor están en la mano del rey; pero la barca está en las manos de Dios.

Esta piadosa filosofía del barquero nos afirmó más en la idea de embarcarnos con él. Después de una prolongada resistencia consintió en ello y convinimos en darle cada uno dos *carlinos* al día para pagarle nuestro aprendizaje y alimento. Hecho esto convenio, envié al muchacho á buscar á la *Margellina* más provisiones de pan, vino queso y fruta. Al caer el día le ayudamos á poner su barca á flote, y partimos.

IV

La primera noche fué deliciosa, el mar estaba tranquilo como un lago encajonado en las montañas de la Suiza. Á medida que nos alejábamos de la orilla, veíamos las lenguas de fuego de las ventanas del palacio y de los muelles de Nápoles sepultarse bajo la línea sombría del horizonte. Solamente los faros nos mostraban la costa y palidecían ante la ligera columna de fuego que surgía del cráter del Vesubio. Mientras el pescador echaba y sacaba la red, y el niño medio dormido dejaba vacilar su antorcha, dábamos nosotros de tiempo en tiempo un ligero impulso á la barca, y escuchábamos con entusiasmo caer armoniosamente en el mar, como perlas en un estanque de plata las gotas sonoras del agua que excurrían de nuestros remos.

Largo rato hacia que habíamos doblado la punta del Pausilippo, atravesando el golfo de Puzzoles, el de Bayas y salvado el canal del golfo

de Gaeta entre el cabo Miseno y la isla de Prócida. Estábamos en alta mar y el sueño se iba apoderando de nosotros; nos acostamos debajo de nuestros bancos al lado del niño.

El pescador extendió sobre nosotros la pesada vela arrollada en el fondo de la barca, y de esta suerte nos dormimos entre dos olas, mecidos por el balance insensible de un mar que apenas hacía inclinar el mástil. Cuando despertamos era ya bien de día.

Un sol resplandeciente anubarraba el mar con cintas de fuego y reverberaba sobre las blancas casas de una costa desconocida. Una brisa ligera que venía de aquella tierra hacía palpar la vela sobre nuestras cabezas y nos impelia de ensenada en ensenada y de roca en roca. Aquella era la costa escarpada y puntiaguda de la encantadora isla de Ischia, que tanto debía yo habitar y amar más adelante. Aparecíame por primera vez nadando en la luz, saliendo del mar, perdiéndose en el azul del cielo y nacida como de un ensueño de poeta durante el ligero sueño de una noche de verano...

V

La isla de Ischia, que separa el golfo de Gaeta de el de Nápoles y está separada á su vez de la isla de Prócida por un estrecho canal, no es más que una sola montaña cortada á pico, cuya blanca cima parece esconderse en el cielo. Sus flancos escarpados, cortados por valles, barrancos y lechos de torrentes, están revestidos de arriba abajo de castaños de un verde sombrío. Sobre sus mesetas más próximas al mar é inclinadas sobre las olas, descuellan cabañas, villas rústicas y pueblecillos medio ocultos entre las vides. Cada uno de estos pueblos tiene su *marina*. Así se llama el puerto donde flotan las barcas de los pescadores de la isla y donde se balancean algunos mástiles de barcos de vela latina. Las vergas tocan los árboles y las viñas de la costa.

No hay una de esas casas suspendida en las vertientes de la montaña, oculta en el fondo de los barrancos ó descollando sobre una de las mesetas,

proyectada sobre una de sus cepas, recostada sobre los castaños, sombreada por su grupo de pinos, rodeada de sus arcos blancos y festoneada por sus emparrados, que no fuese en sueños la morada ideal de un poeta ó de un amante.

Nuestros ojos no se cansaban de aquel espectáculo. La costa abundaba en pescado. El viejo barquero había tenido buena noche. Arribamos á una de las pequeñas ensenadas de la isla para sacar agua de una fuente vecina y descansar sobre las rocas. Al ponerse el sol nos volvimos á Nápoles recostados sobre nuestros bancos de remeros. Una vela cuadrada atravesada en un pequeño mástil sobre la proa, cuya escota sostenia el niño, bastaba para hacernos costear la isla de Prócida y el cabo Miseno, y para levantar espuma en la superficie del mar debajo de nuestro esquiife.

El anciano pescador y el niño, ayudados por nosotros, sacaron su barco á la arena y llevaron los cestos de pescado á la cueva de la casita que habitaban debajo de las rocas de la *Margellina*.

VI

En los días siguientes continuamos alegremente nuestro nuevo oficio, recorrimos sucesivamente todas las aguas del mar de Nápoles, y de este modo visitamos la isla de Capri, de donde la imaginación rechaza todavía la sombra siniestra de Tiberio; Cumas y sus templos, sepultados bajo los espesos laureles y bajo las higueras salvajes; Bayas y sus tristes plazas, que parecen haber envejecido y blanqueado como aquellos romanos, cuya juventud y cuyas delicias abrigaban en otro tiempo; Pórtici y Pompeya, risueñas debajo de la lava y de la ceniza del Vesubio; Castellamare, cuyos altos y negros bosques de laureles y de castaños salvajes, reproduciéndose en el mar, tiñen de verde sombrío las olas siempre murmurantes de la rada. El viejo barquero conocía en todas partes alguna familia de pescadores como él, en cuya casa recibíamos la hospitalidad cuando el mar estaba picado y nos impedía volver á Nápoles.

Durante dos meses no entramos en una posada y vivíamos al aire libre con el pueblo. Nos habíamos hecho pueblo nosotros mismos para estar más cerca de la naturaleza. Teníamos casi su vestido. Hablábamos su lengua, y la sencillez de sus costumbres nos comunicaba, por decirlo así, la naturalidad de sus sentimientos.

Esta transformación, por otra parte, nos costaba poco á mi amigo y á mi. Educados los dos en el campo durante las borrascas de la revolución, que había destruido ó dispersado nuestras familias, habíamos participado mucho en nuestra infancia de la vida del campesino : él, en las montañas del Grésivaudan, en casa de una nodriza que le había recogido durante la prisión de su madre; yo, sobre las colinas del Maconesado en la casita rústica donde mi padre y mi madre habían escondido su nido amenazado. Entre el pastor ó el labrador de nuestras montañas y el pescador de Nápoles no hay más diferencia que el sitio, la lengua y el oficio. El surco ú ola inspiran los mismos pensamientos á los hombres que trabajan la tierra ó el agua. La naturaleza habla la

misma lengua á los que cohabitan con ella en la montaña ó sobre el mar.

Así lo experimentábamos nosotros. En medio de aquellos hombres sencillos no nos hallábamos fuera de nuestro centro. Los mismos instintos son una especie de parentesco entre los hombres. La monotonía misma de aquella vida nos agradaba adormeciéndonos. Veíamos con dolor avanzar el fin del estío, y aproximarse esos días de otoño y de invierno en que sería preciso volver á nuestra patria. Nuestras familias inquietas comenzaban á llamarnos; pero nosotros alejábamos cuanto podíamos esa idea de partida y nos complacíamos en figurarnos que aquella vida no tendría fin.

VII

Entre tanto comenzaba Setiembre con sus lluvias y sus truenos. El mar estaba menos tranquilo. Nuestro oficio, más penoso, se hacía algunas veces también peligroso. Las brisas refrescaban, y la ola espumosa nos mojaba frecuente-

mente con su rocío. En el muelle habíamos comprado dos capotes de lana burda como los que los marineros y los *lazzaroni* de Nápoles usan durante el invierno. Las anchas mangas de estos capotes cuelgan al lado de los brazos desnudos. La capucha, flotando sobre la espalda ó echada sobre la frente, según el tiempo, preserva la cabeza del marinero de la lluvia y el frío, ó deja que la brisa y los rayos del sol jueguen con sus cabellos mojados.

Un día partimos de la *Margellina* sobre un mar de aceite que no rizaba ningún soplo, para ir á pescar salmonetes y los primeros atunes en la costa de Cumas, adonde las corrientes los arrojan en aquella estación. Las nieblas rojizas de la mañana flotaban á media costa y anunciaban huracán para la tarde. Esperábamos evitarlo y tener tiempo para doblar el cabo Miseno antes que se levantara el mar pesado y dormido.

La pesca era abundante; quisimos echar algunas redadas más. El viento nos sorprendió; cayó de la cumbre del *Epomeo*, inmensa montaña que

domina á Ischia, con el ruido y el peso que la misma montaña hubiera producido al desplomarse en el mar. Primero aplanó todo el espacio líquido que nos rodeaba, como el rastrillo de hierro allana la tierra y nivela los surcos. Después la ola, vuelta de repente, se hinchó murmurante y hueca, y se levantó en pocos minutos á tal altura, que de tiempo en tiempo nos ocultaba la costa y las islas.

Estábamos igualmente lejos de la costa firme y de Ischia, y casi en medio del canal que separa el cabo Miseno de la isla griega de Prócida. No nos quedaba más que un partido; seguir resueltamente por el canal, y si lo lográbamos atravesarlo, echarnos á la izquierda en el golfo de Bayas y abrigarnos en sus aguas tranquilas...

El viejo pescador no vaciló. Desde la cima de una ola, donde el equilibrio de la barca nos suspendió por un momento en un torbellino de espuma, echó una mirada rápida en torno suyo, como un hombre extraviado que trepa sobre un árbol para buscar su camino, y precipitándose después sobre el timón :

— Á vuestros remos, hijos míos, exclamó; es preciso que boguemos hasta ganar el cabo con más viveza que el viento, porque si se nos adelanta somos perdidos.

Obedecemos, como el cuerpo obedece al instinto.

Clavados los ojos en los suyos para buscar en ellos el rápido indicio de su dirección nos inclinamos sobre nuestros remos, y tan pronto subiendo penosamente el flanco de las olas empinadas, como precipitándonos con su espuma al fondo de las olas que bajaban, procurábamos suavizar nuestra caída con la resistencia de nuestros remos en el agua. Ocho ó diez olas, cada vez más enormes, nos lanzaron á lo más estrecho del canal; pero el viento se nos había adelantado, como había dicho el piloto, y colándose entre el cabo y la punta de la isla había adquirido tal fuerza, que levantaba el mar con los borbotones de una lava furiosa, y no encontrando la ola bastante espacio para huir con la prontitud necesaria ante el huracán que la empujaba, se remolinaba en sí misma, volvía á caer, corría y se esparcía en todos sentidos como un mar loco, y queriendo

huir sin poder escaparse del canal, chocaba con golpes terribles contra las rocas del cabo Miseno y levantaba allí una columna de espuma cuyo rocío llegaba hasta nosotros.

VIII

Tratar de franquear aquel canal con una barca tan frágil y que una sola oleada podía llenar y sepultar, era insensato. El pescador lanzó sobre el cabo alumbrado por su columna de espuma una mirada que no olvidaré jamás, y haciendo después la señal de la cruz, exclamó :

— Pasar es imposible; retroceder hacia el mar, lo es mucho más. No nos queda más que un partido : arribar á Prócida ó perecer.

Aunque novicios en el ejercicio del mar, conocíamos la dificultad de semejante maniobra. Dirigiéndonos hacia el cabo, el viento nos cogía por la popa, nos echaba adelante, seguíamos al mar que huía con nosotros, y las olas, levantándose sobre sus cimas, nos arrastraban consigo. Así,

pues, había ménos probabilidad de que nos sepultaran en los abismos que abrían; pero para arribar á Prócida, cuyas luces nocturnas empezaban á brillar á nuestra derecha, era preciso hender oblicuamente las aguas y deslizarnos, por decirlo así, en sus descensos hácia la costa, presentando el flanco á la ola, y los delgados bordes de la barca al viento. Sin embargo la necesidad no nos permitía la vacilación. El pescador, haciendo señas para que levantáramos nuestros remos, aprovechó el intervalo de una á otra ola para virar de bordo. Dirigimos la proa hácia Prócida, y bogamos como una mata de yerba marina que una ola arroja á la otra ola.

IX

Avanzábamos poco; la noche había tendido su negro manto. El rocío, la espuma, las nubes que el viento arrastraba hechas jirones sobre el canal redoblaban la oscuridad. El viejo había mandado al muchacho que encendiera una de sus antorchas

30404

de resina, bien fuese para alumbrar un poco su maniobra en las profundidades del mar, bien para indicar á los marineros de Prócida que una barca zozobraba en el canal y pedirles, no su socorro, sino sus oraciones.

Espectáculo sublime y siniestro era el que ofrecía aquel pobre niño agarrado con una mano al pequeño mástil clavado en la proa, y con la otra levantando por encima de su cabeza aquella antorcha de fuego rojo, cuya llama y humo se retorcián bajo el impulso del viento y le quemaban los dedos y los cabellos. Aquella centella flotante apareciendo por encima de las olas y desapareciendo en su profundidad, siempre dispuesta á apagarse y siempre encendida de nuevo, era como el simbolo de aquellas cuatro vidas de hombres que luchaban entre la salvación y la muerte en medio de la oscuridad y las angustias de aquella noche.

X

Así trascurrieron tres horas, cuyos minutos tienen la duración de los pensamientos que los miden. Apareció la luna, y según costumbre, el viento se levantó con ella más furioso. Si hubiéramos tenido una vela, por pequeña que fuera, nos hubiera hecho zozobrar veinte veces. Aunque los bordes muy bajos de la barca ofrecían poco flanco al huracán, había momentos en que parecía desarraigar nuestra quilla de las olas y nos hacía girar como una hoja seca arrancada del árbol.

Hacíamos mucha agua y nuestras manos no eran bastantes á vaciarla con la prontitud con que nos invadía. Había momentos en que sentíamos hundirse las tablas debajo de nosotros como un féretro que baja á la huesa. El peso del agua hacia á la barca menos obediente y podía hacerla más pesada en levantarse una vez entre dos olas. Un solo segundo que hubiéramos perdido habría sido suficiente para consumir la catástrofe.

El anciano, sin poder hablar, nos hizo señas con las lágrimas en los ojos de que arrojáramos al mar todo cuanto había en el fondo de la barca. Las pipas de agua, las cestas de pescado, las dos velas, el ancla, los cables, hasta sus paquetes de ropa y aun nuestros capotes empapados en agua, todo fué á parar al mar. El pobre marinero contempló un momento sobrenadar toda su riqueza. La barca se levantó y corrió ligera sobre la cresta de las olas como un corcel aligerado.

Entramos insensiblemente en un mar más tranquilo, algo abrigado por la punta occidental de Prócida. El viento amainó, la llama de la antorcha se enderezó, la luna abrió un gran agujero azul entre las nubes; las olas, alargándose, se aplanaron y cesaron de arrojar espuma sobre nuestras cabezas. Poco á poco se hacían más ligeras las olas del mar como en una dársena casi tranquila, y la sombra negra de la costa de Prócida nos cortó la línea del horizonte. Estábamos en las aguas del centro de la isla.

XI

El mar estaba demasiado bravio en la punta para intentar entrar en el puerto. Era preciso resolernos á abordar la isla por sus flancos y en medio de los escollos. « No hay ya que temer, hijos míos, dijo el pescador, reconociendo la playa á la claridad de la antorcha; la Madona nos ha salvado. Ahí tenemos ya la tierra, y esta noche nos acostaremos en mi casa. » Creímos que había perdido la cabeza, porque no sabíamos que tuviese otra casa que su oscura bodega de la *Margellina*, y para volver allá antes de la noche era preciso arriesgarse en el canal, doblar el cabo y arros-
trar de nuevo el mar bravio de que acabábamos de escapar; mas él se sonreía al ver nuestro aire de asombro, y comprendiendo nuestros pensamientos en nuestros ojos, replicó: « Señores, no hay que tener cuidado; allá llegaremos sin que una sola ola nos moje. » En seguida nos explicó que era de Prócida; que poseía aún en aquella

costa de la isla la cabaña y el jardín de su padre, y que en aquel mismo instante, su mujer, anciana como él, con su nieta hermana de Beppino, nuestro joven grumete, y otros dos nietecillos, estaban en su casa para secar los higos y vendimiar las parras, cuyos racimos vendían en Nápoles. « Unas cuantas remadas, añadió, y beberemos agua de la fuente, que es más clara que el vino de Ischia. »

Estas palabras nos devolvieron el valor y remamos todavía, por espacio de cerca de una legua, á lo largo de la costa recta y espumosa de Prócida. De vez en cuando el niño levantaba y sacudía su antorcha, la cual arrojaba su luz siniestra sobre las rocas y nos mostraba por todas partes una muralla inaccesible. En fin, al volver una punta de granito que avanzaba en forma de bastión sobre el mar, vimos la costa más baja y abrirse un poco como una brecha en un muro de recinto; un movimiento de timón nos hizo virar en derechura de la costa; tres olas últimas arrojaron nuestra estropeada barquilla entre dos escollos donde hervía la espuma sobre un bajo.

XII

Al tocar la proa en la peña produjo un sonido seco como el crujido de una tabla que cae en falso y se rompe. Saltamos á la playa y amarramos lo mejor que pudimos la barca con un cabo y seguimos al viejo y al niño que marchaban delante de nosotros.

Subimos por el flanco de la costa una especie de rambla estrecha donde el pico había abierto escalones desiguales sumamente resbaladizos con el rocío del mar. Esta escalera de piedra viva, que algunas veces fallaba debajo de los piés, era reemplazada por algunos escalones artificiales, que habían formado clavando largas vigas en los agujeros de la muralla, y arrojando sobre este piso inseguro tablas embreadas de barcas viejas ó haces de ramas de castaños guarnecidas de sus hojas secas.

Después de haber subido así lentamente unos cuatrocientos ó quinientos escalones nos hallamos

costa de la isla la cabaña y el jardín de su padre, y que en aquel mismo instante, su mujer, anciana como él, con su nieta hermana de Beppino, nuestro joven grumete, y otros dos nietecillos, estaban en su casa para secar los higos y vendimiar las parras, cuyos racimos vendían en Nápoles. « Unas cuantas remadas, añadió, y beberemos agua de la fuente, que es más clara que el vino de Ischia. »

Estas palabras nos devolvieron el valor y remamos todavía, por espacio de cerca de una legua, á lo largo de la costa recta y espumosa de Prócida. De vez en cuando el niño levantaba y sacudía su antorcha, la cual arrojaba su luz siniestra sobre las rocas y nos mostraba por todas partes una muralla inaccesible. En fin, al volver una punta de granito que avanzaba en forma de bastión sobre el mar, vimos la costa más baja y abrirse un poco como una brecha en un muro de recinto; un movimiento de timón nos hizo virar en derechura de la costa; tres olas últimas arrojaron nuestra estropeada barquilla entre dos escollos donde hervía la espuma sobre un bajo.

XII

Al tocar la proa en la peña produjo un sonido seco como el crujido de una tabla que cae en falso y se rompe. Saltamos á la playa y amarramos lo mejor que pudimos la barca con un cabo y seguimos al viejo y al niño que marchaban delante de nosotros.

Subimos por el flanco de la costa una especie de rambla estrecha donde el pico había abierto escalones desiguales sumamente resbaladizos con el rocío del mar. Esta escalera de piedra viva, que algunas veces fallaba debajo de los piés, era reemplazada por algunos escalones artificiales, que habían formado clavando largas vigas en los agujeros de la muralla, y arrojando sobre este piso inseguro tablas embreadas de barcas viejas ó haces de ramas de castaños guarnecidas de sus hojas secas.

Después de haber subido así lentamente unos cuatrocientos ó quinientos escalones nos hallamos

en una especie de plazoleta suspendida que rodeaba un parapeto de piedras cenicientas. En el fondo de ellas se abrían dos arcos sombríos que parecían conducir á una bodega. Encima de estos arcos macizos otros dos rebajados sostenían un terrado, cuyos pretiles estaban guarnecidos de macetas de romero y albahaca. Debajo de los arcos se perdía una galería rústica donde brillaban, como arañas de oro á la claridad de la luna, mazorcas de maiz colgadas del techo.

Una puerta de mal unidas tablas daba entrada á aquella galería. Á la derecha, el terreno sobre el que estaba desigualmente asentada la casita se levantaba hasta la altura del piso de la galería. Una gran higuera y algunas cepas tortuosas se inclinaban desde allí sobre la esquina de la casa, confundiendo sus hojas y sus frutos bajo las aberturas de la galería, y arrojando dos ó tres festones en figura de serpientes sobre el muro de apoyo de los arcos. Sus ramas servían como de reja á dos ventanas bajas que se abrían sobre aquella especie de jardín, y á no ser por aquellas ventanas, se hubiera podido confundir la casa, maciza,

cuadrada y baja, con uno de los peñascos grises de aquella costa, ó con uno de esos trozos de lava enfriada que el castaño, la hiedra y la vid sepultan entre sus ramas, y donde el viñador de Castellamare ó de Sorrento abre una gruta cerrada con una puerta para conservar su vino al lado de la cepa que lo ha producido.

Rendidos y jadeando á causa de la larga y rápida subida que acabábamos de hacer y con el peso de nuestros remos, que llevábamos sobre nuestros hombros, nos paramos un instante el anciano y nosotros para tomar aliento en aquella plazoleta; pero el niño, tirando el remo sobre un montón de maleza y subiendo ligeramente la escalera, se puso á golpear una de las ventanas con su antorcha todavía encendida, llamando con voz alegre á su abuela y á su hermana: « ¡Madre, hermanita! *Madre! Sorellina!* gritaba: ¡*Gaetano!* ¡*Graziella!* despertad, abrid, somos padre, y yo; vienen con nosotros unos extranjeros. »

Oímos una voz sobresaltada, pero clara y dulce, que lanzaba confusamente algunas exclamaciones de sorpresa desde el fondo de la casa. Después

se medio abrió la hoja de una ventana empujada por un brazo desnudo y blanco que salía de una manga flotante, y vimos, á la luz de la antorcha que el niño levantaba hácia la ventana empinándose sobre la punta de sus piés, aparecer entre los postigos, ya más abiertos, la encantadora figura de una doncella.

Sorprendida en medio de su sueño por la voz de su hermano, *Graciela* no había tenido tiempo ni aun para pensar en echarse un vestido, y había corrido á la ventana descalza y en el mismo desorden con que dormía en su lecho. Sus largos cabellos negros caían parte sobre una de sus mejillas y parte rodeaban su cuello; después, impelidos al otro lado de su hombro por el viento que soplabá con fuerza, sacudían el postigo entreabierto y volvían á azotarle el rostro, como el ala de un cuervo batida por el viento.

La joven se frotaba los dos ojos con las manos, levantando sus codos y dilatando sus hombros con el ademán de un niño que se despierta y quiere ahuyentar el sueño. Su camisa, anudada alrededor de su cuello, no dejaba percibir más

que un talle alto y delgado, donde se modelaban apenas debajo de la tela las primeras ondulaciones de la juventud. Sus ojos, ovalados y grandes, eran de ese color indeciso entre el negro-oscuro y el azul del mar que dulcifica el brillo con la humedad de la mirada, y que mezcla en iguales proporciones en los ojos de la mujer la ternura del alma con la energía de la pasión: tinte celeste que los ojos de las mujeres del Asia y de la Italia toman del fuego abrasador de su ardiente luz y del azul sereno de su cielo, de su mar y de su noche. Sus mejillas eran redondas, de un contorno firme, pero de un color algo pálido y moreno por el clima, no con esa palidez enfermiza del Norte, sino con esa blancura sana del Mediodía que se asemeja al color del mármol expuesto por espacio de siglos al aire y á las olas. La boca, cuyos labios estaban más abiertos y gruesos que los de las mujeres de nuestros climas, tenía los pliegues del candor y de la bondad. Los dientes pequeños, pero blanquísimos, brillaban á la luz flotante de la antorcha como escamas de

nácar en las orillas del mar debajo del agua herida por el sol.

Al hablar á su hermanito, sus palabras vivas, algo ásperas y acentuadas, de las que la mitad se llevaba la brisa, resonaban como una música en nuestros oídos. Su fisonomía, tan movable como la antorcha que la alumbraba, pasó en un minuto de la sorpresa al espanto, del espanto á la alegría y de la ternura á la risa; después nos distinguió detrás del tronco de la higuera y se retiró confusa de la ventana, abandonando su mano el postigo, que quedó golpeando libremente la pared : sin tomarse más tiempo que el necesario para despertar á su abuela y medio vestirse, vino á abrirnos la puerta y á abrazar, toda conmovida, á su abuelo y á su hermano.

XIII

No tardó en presentarse la anciana, trayendo en la mano una lámpara de barro colorado que alumbraba su rostro pálido y flaco y sus cabellos,

tan blancos como los copos de lana que había sobre la mesa en torno de su rueca. Besó la mano á su marido y la frente al niño. Toda la relación que contienen estas líneas se redujo á muy pocas palabras y algunos gestos entre los individuos de aquella pobre familia. Nosotros no podíamos oír todo lo que decían, porque nos manteníamos un poco apartados para no estorbar la expansión del corazón de nuestros huéspedes. Ellos eran pobres y nosotros extranjeros, y por lo tanto les debíamos respeto, que procuramos darles á conocer con nuestra actitud reservada y silenciosa, quedándonos cerca de la puerta.

De vez en cuando dirigía Graciela hácia nosotros una mirada de sorpresa, y cuando el pescador acabó su narración, la anciana se arrodilló al lado del hogar, y Graciela se subió á la azotea, trayendo al poco rato una rama de romero y algunas flores de azahar, que clavó con largos alfileres, quitados de sus cabellos, delante de una efigie ahumada de la Virgen, colocada encima de la puerta, y delante de la cual ardía una lámpara. Comprendimos desde luego que Graciela se dis-

ponía á dar gracias á su divina protectora por haber salvado á su abuelo y á su hermano, y en el acto tomamos también nuestra parte en aquella devota oración.

Lo interior de la casa estaba tan desnudo y semejante á la roca como lo exterior, pues no habia más que las paredes peladas, blanqueadas solamente con un poco de cal. Los lagartos, despertados por la luz, se deslizaban por entre los intersticios de las piedras y bajo las hojas de helecho que servían de cama á los niños. En las vigas, cubiertas de corteza, que formaban el techo, se veía á las golondrinas asomar por encima de sus nidos de barro sus cabecitas negras y brillar sus ojos inquietos. Graciela y su abuela se acostaban juntas en el segundo aposento, en la única cama que allí habia, cubierta con pedazos de vela, y, por último, en el suelo se veían esparcidas cestas de fruta y una cola de mujol.

El pescador se volvió hácia nosotros como avergonzado, mostrándonos con la mano la pobreza de su morada, y enseguida nos condujo á la azotea, sitio de honor en el Oriente y en el Mediodía de Italia. Ayudado por el niño y Graciela hizo un tinglado, apoyando una de las puntas de nuestros remos sobre el pretil del terrado, y la otra sobre el suelo, y lo cubrió con una docena de haces de castaño recientemente cortados en la montaña; tendió debajo de este cobertizo algunos haces de helecho, nos trajo dos pedazos de pan, agua fresca é higos, y nos invitó á dormir.

Las fatigas y las emociones del día nos reconciliaron pronto con el sueño, que fué tranquilo y profundo. Cuando despertamos, las golondrinas cantaban ya alrededor de nuestra cama, rasando al vuelo el terrado para coger las migajas de nuestra cena, y el sol, ya muy elevado sobre el horizonte, calentaba como un horno las hojas que nos servían de techo.

Sin embargo de esto, todavía continuamos largo rato tendidos, en ese estado de somnolencia que deja al hombre moral sentir y pensar antes

que el hombre físico tenga fuerzas para levantarse y obrar. Nos dirigimos algunas palabras inarticuladas que venían á interrumpir largos intervalos de silencio, y volvimos á quedar sumergidos en el sueño. La pesca del día anterior, la barca que se mecía debajo de nuestros piés, el mar furioso, las rocas inaccesibles, la figura de Graciela entre dos postigos á la claridad de la antorcha de resina, todas estas imágenes se reflejaban y confundían en nosotros.

Sacáronnos de esta somnolencia los sollozos y las reconvenciones de la anciana, que hablaba á su marido dentro de la casa, y cuyas palabras llegaban en parte hasta nosotros por el cañón de la chimenea que salía por el terrado.

La pobre mujer se lamentaba de la pérdida de las pipas, del ancla, de las jarcias casi nuevas, y sobre todo de las dos hermosas velas hiladas por ella y tejidas con su propio cáñamo, y que nosotros habíamos tenido la barbarie de arrojar al mar por salvar nuestras vidas.

— ¿Quién te metía á tí, decía al viejo aterrado y mudo, á recibir en tu barca á esos dos extran-

jeros, á esos dos franceses? ¿No sabías tú que son paganos (*paganí*) y que llevan consigo la desgracia y la impiedad? Los santos te han castigado. Ellos nos han arrebatado, nuestra riqueza; agradéceles todavía porque no nos han arrebatado nuestras almas.

El pobre hombre no sabía que responder; pero Graciela, con la autoridad y la impaciencia de una niña á quien su abuela se lo permitía todo, se sublevó contra la injusticia de aquellas reconvenciones, y tomando la defensa del viejo, respondió á su abuela:

— ¿Quién ha dicho á usted que esos extranjeros son paganos? Por ventura, ¿tienen los paganos un aire tan compasivo hácia los pobres? ¿Hacen los paganos la señal de la cruz como nosotros delante de las imágenes de los santos?

Pues bien; yo digo á usted que ayer, cuando se arrodilló para dar gracias á Dios, y cuando colocó el ramo en la imagen de la Virgen, les vi bajar la cabeza como si orasen, hacer la señal de la cruz sobre su pecho, y hasta vi brillar una lágrima en los ojos del más joven y caer en su mano.

— Era una gota de agua del mar que caía de sus cabellos, replicó ásperamente la vieja.

— Y yo digo á usted que era una lágrima, dijo con enfado Graciela. El viento que soplaba tuvo tiempo sobrado para secar sus cabellos; pero el viento no seca el corazón. Repito que sus ojos estaban llorosos.

Comprendimos que teníamos una protectora decidida en la casa, pues la vieja no replicó ya una palabra.

XV

Nos apresuramos á bajar para dar gracias á la pobre familia por la hospitalidad que nos había dispensado. Hallamos al pescador, á la vieja, á Beppo, á Graciela y hasta los niños que se disponían á bajar hácia la costa para visitar la barca abandonada la vispera y ver si estaba suficientemente amarrada contre el temporal, pues todavía continuaba la borrasca. Bajamos con ellos, tímidos y con la frente baja como huéspedes que han

sido ocasión de una desgracia en una familia, y que no están seguros de los sentimientos que inspiran.

El pescador y su mujer iban delante; detrás de estos marchaba Graciela, llevando á uno de sus hermanitos de la mano y á otro del brazo; nosotros la seguíamos en silencio. Al dar la última vuelta á una de las ramblas, desde donde se ven los escollos que el pico de una roca nos impedía distinguir todavía, oímos al pescador y á su mujer lanzar un grito de dolor, y les vimos levantar sus brazos desnudos al cielo, retorcerse las manos como en las convulsiones de la desesperación, darse de puñadas en la frente, y arrancarse mechones de cabellos blancos que el viento se llevaba y arrastraba por los peñascos.

Pronto vinieron á mezclar sus voces á estos gritos Graciela y los niños, precipitándose todos como insensatos, saltando los últimos escalones de la rambla, hácia los escollos, y avanzando hasta las franjas de espuma que olas inmensas echaban en tierra, y cayeron sobre la playa, unos de rodillas y otros de espaldas, y la pobre

vieja cubriendo el rostro con sus manos dió con la cabeza contra la arena húmeda. Contemplábamos nosotros esta escena de desesperación desde lo alto del último promontorio, sin tener fuerzas para avanzar ni retroceder. La barca, amarrada á la roca, pero sin ancla en la popa para contenerla, había sido lavantada durante la noche por las olas y hecha pedazos contra las puntas de los escollos que debían protegerla. La mitad del pobre esquife seguía sujeto por la cuerda á la roca donde la habíamos amarrado la vispera. El pobre bregaba y forcejeaba con un ruido siniestro, como las voces de hombres que naufragan, las cuales se extinguen en un gemido ronco y desesperado.

Las demás partes del casco, la popa, el mástil y las tablas pintadas aparecían dipersas por la arena como los miembros de cadáveres destrozados por los lobos después de un combate. Cuando llegamos á la playa vimos al pescador correr de uno á otro de aquellos tristes restos, levantarlos, mirarlos con ojos atónitos y después dejarlos caer á sus piés para ir más lejos. Graciela lloraba,

sentada en el suelo y reclinada la cabeza sobre su delantal. Los niños con sus piernas desnudas dentro del agua corrían gritando tras los fragmentos de las tablas que se esforzaban por dirigir hácia la orilla.

En cuanto á la vieja, no cesaba de gemir y de hablar gimiendo. Nosotros no percibíamos sino algunos acentos confusos y palabras lastimeras, que rasgaban el aire y partían el corazón .

— ¡Oh, mar feroz, mar sordo, mar peor que los demonios del infierno, mar sin corazón y sin honor! gritaba apurando los vocabularios de injurias y mostrando el puño cerrado á las olas; ¿por qué no nos has tragado á nosotros todos, ya que nos has quitado nuestro sustento? ¡Aguarda, aguarda! ¡Cógeme á lo menos á mí en pedazos, ya que no me has cogido entera!

Y diciendo estas palabras se erguía y arrojaba al mar puñados de cabellos mezclados con jirones de sus vestidos; amenazaba con el gesto á las olas, daba patadas en la espuma, y pasando alternativamente de la cólera al lamento, y de las convulsiones á la postración, volvía á sentarse en

la arena, apoyaba su frente en las manos y miraba llorando chocar contra el escollo las miserables tablas de su barca.

— ¡Pobre barca! gritaba, como si aquellos restos hubiesen sido los miembros de un ser querido recién privado de sentimiento. ¿Es esta la suerte que debíamos reservarte? ¿No debíamos perecer contigo, perecer juntos como habíamos vivido? ¿Y no que te vemos hecha pedazos, reducida á polvo, gritando aun muerta, sobre el escollo donde nos has estado llamando toda la noche y donde debíamos socorrerte? ¿Qué pensarás de nosotros? Tú nos habías servido lealmente, y, sin embargo, nosotros te hemos abandonado y perdido. ¡Sí, perdido, y tan cerca de la casa, al alcance de la voz de tu amo, arrojada sobre la costa como el cadáver de un perro fiel, que la ola echa á los piés del amo que le ha ahogado!

En seguida sofocaban su voz las lágrimas, y continuaba luego enumerando una á una las cualidades de su barca, y todo el dinero que le había

costado y todos los recuerdos que despertaba en ella aquel pobre despojo flotante.

— ¿Para esto, decía, la habíamos mandado carenar y pintar de nuevo después de la última pesca del atún? ¿Para esto mi pobre hijo, antes de morir y dejar estas tres criaturas sin padre ni madre, la había construido con tanto esmero y amor, casi toda ella con sus propias manos? Cuando yo venía á recoger en la cala las canastas de pescado, reconocía en la madera los golpes de su hacha y los besaba en memoria suya. ¡Ahora serán los tiburones y las langostas de mar los que los besen! Durante las noches de invierno él mismo había esculpido con su navaja la imagen de San Francisco sobre una tabla y la había clavado en la proa para protegerla contra los temporales. ¡Oh, santo implacable! ¿Qué has hecho de mi hijo, de su mujer y de la barca que nos dejó para sustento de sus pobres hijos? ¡Pero si á ti mismo no te has protegido! ¿Dónde está tu imagen, dónde? ¡También es juguete de las olas!

— ¡Abuela, abuela! exclamó uno de los niños,

recogiendo sobre la arena, entre dos rocas, una astilla de la barca que una ola había dejado en seco; ¡aquí está el santo!

La pobre mujer olvidó toda su cólera y sus blasfemias, y sin cuidarse de que el agua le mojaba los piés, corrió hacia el niño, le quitó el pedazo de tabla esculpida por su hijo y lo aplicó á sus labios cubriéndolo de lágrimas. Después se fué á sentar y no dijo ni una palabra más.

XVI

Ayudamos á Beppo y al viejo á recoger uno á uno todos los pedazos de la barca, y sacamos del agua la mutilada quilla, haciendo con ella y con los demás restos un montón, pues todavía podían servir á aquellas pobres gentes la clavazón y algunas tablas; echamos encima piedras de gran tamaño, á fin de que las olas, si llegaban á subir, no dispersaran aquellos queridos restos del esquife y volvimos á la casa tristes y á larga distancia detrás de nuestros huéspedes. La falta de

la barca y el estado del mar no nos permitían partir.

Después de haber tomado con los ojos bajos y sin decir una palabra un pedazo de pan y leche de cabra, que nos trajo Graciela, al lado de la fuente y debajo de la higuera, dejamos la casa entregada á su dolor y nos fuimos á pasear por lo alto de las viñas y bajo los olivos de la elevada meseta de la isla.

XVII

Apenas hablábamos mi amigo y yo, pero teníamos el mismo pensamiento y tomábamos por instinto todos los senderos que conducían á la parte oriental de la isla y los cuales debían guiarnos á la ciudad próxima de Prócida. Algunos cabreros y muchachas en traje griego que encontramos llevando sobre sus cabezas cántaros de aceite, nos pusieron muchas veces en el verdadero camino. Al fin llegamos á la ciudad después de una hora de marcha.

— No puedo olvidar esa triste aventura, me dijo mi amigo.

— Es preciso trocarla en alegría para esas pobres gentes, le respondi.

— Pensaba en ello, me contestó haciendo sonar en su faja buena porción de cequies de oro.

— Y yo también, pero no tengo más que cinco ó seis cequies en mi bolsillo. Sin embargo, me ha tocado la mitad en la desgracia y justo es que me toque la mitad en la reparación.

— Yo soy el más rico de los dos, dijo mi amigo; tengo letra abierta en casa de un banquero de Nápoles; lo adelantaré todo y ajustaremos nuestras cuentas en Francia.

XVIII

Hablando así, bajamos ligeramente las calles pendientes de Prócida y no tardamos en llegar á la *marina*, pues así se llamaba en el Archipiélago y en las costas de Italia la playa vecina á la rada ó al puerto. La playa estaba cubierta de barcas de

Ischia, de Prócida y de Nápoles, que la tempestad del día anterior había forzado á buscar un abrigo en sus aguas. Los marinos y los pescadores dormían al sol y al ruido de las olas que iba decreciendo, ó hablaban sentados en grupos sobre el muelle. Al ver nuestro traje y nuestros gorros encarnados, nos tomaron por jóvenes marineros de Toscana ó de Génova que habían llegado á bordo de uno de los bergantines que llevan aceite ó vino á Ischia.

Recorrimos la marina buscando una barca sólida y bien aparejada que pudieran manejar fácilmente dos hombres, y que en sus proporciones y formas se asemejase todo lo posible á la que habíamos perdido. No nos costó trabajo encontrarla. Pertenecía á un rico pescador de la isla que poseía otras muchas. Aquella hacía poco tiempo que había sido botada al agua. Inmediatamente nos dirigimos á casa del propietario, cuyas señas nos dieron los marineros del muelle.

Este hombre era alegre, sensible y bueno, y se enterneció de la relación que le hicimos acerca del desastre de la noche y la desolación de su

pobre compatriota de Prócida. No perdió ni un solo peso en el precio de su embarcación, pero no exageró su valor y el trato fué ajustado en treinta y dos cequies de oro, que mi amigo le pagó al contado. Mediante esta suma, el barco y su aparejo, enteramente nuevo, velas, pipas, cables, ancla de hierro, todo fué nuestro. Nesotros completamos este equipo comprando en una tienda del puerto dos capotes de lana, uno para el viejo y otro para el niño; añadimos á esto redes de diferentes especies, canastas de pescado y algunos utensilios groseros para el uso doméstico de las mujeres. Convinimos con el vendedor de la barca que le pagaríamos al día siguiente tres cequies más si la embarcación era conducida aquel mismo día al punto de la costa que le designáramos. Como la borrasca iba cediendo y la tierra elevada de la isla abrigaba un poco al mar por aquella parte, se obligó á ello, y nos dirigimos por tierra á la casa de Andrés.

XIX

Hicimos el camino lentamente sentándonos debajo de todos los árboles, á la sombra de todos los emparrados, hablando, meditando, comprando á todas las muchachas procitanas sus cestas de higos, de nisperos y de uvas, y de este modo procurábamos ganar tiempo. Cuando desde lo alto de un promontorio distinguimos nuestra embarcación que se deslizaba furtivamente bajo la sombra de la costa, apretamos el paso para llegar al mismo tiempo que los remeros.

No se oían pasos ni voces en la casita ni en la viña que la rodeaba. Dos hermosos pichones de alas blancas manchadas de negro, picando granos de maiz sobre el pretil del terrado, eran la única señal de vida que animaba la casa. Subimos á ella sin hacer ruido, y hallamos á la familia profundamente dormida. Todos, excepto los niños, cuyas lindas cabezas reposaban la una junto la otra sobre el brazo de Graciela, dormitaban en la

actitud del abatimiento producido por el dolor.

La vieja tenía la cabeza sobre sus rodillas; su aliento amortiguado parecía sollozar todavía. El pescador estaba tendido boca arriba con los brazos cruzados al aire libre. Las golondrinas pasaban rozando con sus alas los cabellos blancos del anciano. Las moscas cubrían su frente bañada en sudor. Dos surcos profundos y que llegaban hasta su boca, manifestaban que se había quebrantado en él y adormecido con el dolor la fuerza del hombre.

Este espectáculo nos partía el corazón, si bien nos consoló el pensamiento de la felicidad que íbamos á devolver á aquellas pobres gentes. Así es que no quisimos tardar más tiempo en despertarnos, y nos apresuramos á arrojar á los piés de Graciela y de sus hermanitos sobre el suelo de la azotea los panes frescos, el queso, la carne salada, las uvas, las naranjas y los higos de que habíamos hecho buen acopio en el camino. La doncella y los niños no se atrevían á levantarse en medio de aquella lluvia de abundancia que caía como del cielo en derredor suyo. El pescador nos

daba gracias por su familia. La abuela miraba todo esto con ojos azorados, y la expresión de su fisonomía se asemejaba más bien á la cólera que á la indiferencia.

— Vamos, Andrés, dijo mi amigo al viejo, el hombre no debe llorar dos veces lo que puede rescatar con el trabajo y el valor. Hay tablas en los bosques y velas en el cáñamo que nace. Sólo la vida del hombre gastada por el pesar es la que no retoña. Un día de lágrimas consume más fuerzas que un año de trabajo. Baje usted con nosotros, con su esposa y sus niños. Nosotros somos sus marineros y le ayudaremos á subir esta tarde los restos de nuestro naufragio. Con ellos puede usted hacer todavía camas, mesas, muebles para la familia, y llegará día en que le cause placer dormir tranquilo en medio de esas tablas que por tanto tiempo le han mecido sobre las olas.

— ¡Ojalá nos puedan servir solamente de fèretros! murmuró sordamente la vieja.

XX

Levantáronse, sin embargo, y nos siguieron todos bajando lentamente los escalones de la costa; pero se conocía que les hacían daño el aspecto del mar y el rumor de las olas. No trataré de describir la sorpresa y la alegría de aquellas pobres gentes, cuando desde lo alto de la última meseta de la rambla percibieron la hermosa embarcación nueva, brillando al sol y puesta en seco sobre la arena al lado de los restos de la antigua; y cuando mi amigo les dijo: « Es de ustedes », cayeron todos, como heridos por la misma alegría, de rodillas, cada uno en el escalón donde se encontraba, para tributar gracias á Dios antes de hallar palabras con que dárnoslas á nosotros mismos, pero su felicidad era para nosotros bastante recompensa.

Levantáronse á la voz de mi amigo que los llamaba, y corrieron tras de él en dirección de la barca. Primeramente formaron corro á gran dis-

tancia y con muestras del mayor respeto, como si hubiesen temido que la embarcación tuviese algo de fantástico y se desvaneciera como un prodigio. Después se acercaron á ella poco á poco, hasta que al fin la tocaron, llevando á su frente y á sus labios la mano con que la habían tocado. En fin, lanzaron exclamaciones de admiración y de alegría, y asiéndose de las manos en forma de cadena, desde la vieja hasta los niños, bailaron alrededor de la barca.

XXI

Beppo fué el primero que subió á ella, y de pié sobre el puentecillo de la proa, sacaba uno á uno de la bodega todos los efectos que formaban el aparejo con que la habíamos llenado: el ancla, las jarcias, las pipas de cuatro asas, las hermosas velas nuevas, las cestas y los capotes de mangas anchas; hacía sonar el ancla, levantaba los remos por encima de su cabeza, desplegaba la vela, frotaba con sus dedos el pelo áspero de los capo-

tes, enseñaba, en fin, todas estas riquezas á su abuelo, á su abuela y á su hermana con gritos y brincos de felicidad. Los viejos y Graciela lloraban mirando alternativamente á la barca y á nosotros.

Los marineros que habian llevado la embarcación y estaban ocultos detrás de las rocas lloraban también. Todo el mundo nos bendecía. Graciela, con la frente baja y más seria en su agradecimiento, se aproximaba á su abuela y la oi murmurar señalándonos con el dedo:

— Decia usted que eran paganos; ¡cuando yo decia á usted que eran más bien ángeles! ¿Quién tenía razón?

La vieja se echó á nuestros piés, y nos pidió perdón por sus sospechas. Desde aquella hora nos amó casi tanto como amaba á su nieta ó á Beppo.

XXII

Despedimos á los marineros de Prócida después de haberles pagado los tres cequies conve-

nidos, y en seguida cargamos cada uno de nosotros con uno de los objetos del aparejo que obstruían la cala, y llevamos á la casa, en vez de los restos de su fortuna, todas aquellas riquezas de la venturosa familia. Por la noche, después de cenar á la luz de la lámpara, descolgó Beppo de la cabecera de su abuela el pedazo de tabla rota donde su padre habia esculpido la imagen de San Francisco. La igualó con una sierra; la limpió con su navaja y la pulimentó y pintó de nuevo, proponiéndose incrustarla al dia siguiente en la extremidad interior de la proa, á fin de que hubiese en la nueva barca algo de la antigua. Así es como los pueblos de la antigüedad, cuando levantaban un templo en el emplazamiento de otro, cuidaban de introducir en el nuevo edificio los materiales, ó por lo menos una columna del antiguo, á fin de que hubiese algo de viejo y de sagrado en el moderno, y á fin de que el mismo recuerdo tosco y grosero tuviera su culto y su prestigio para el corazón entre las obras maestras del nuevo santuario. El hombre es en todas partes el mismo. Su naturaleza sensible tiene siempre

los mismos instintos, ya se trate del Parthenón, de San Pedro de Roma ó de una pobre barca de pescador en un escollo de Prócida.

XXIII

Aquella noche fué tal vez la más feliz de todas las que la Providencia concedió á aquella casa desde que salió de la roca hasta que vuelva al polvo. Nos dormimos al ruido que formaban el viento en los olivos y las olas al estrellarse en la costa á la pálida luz de la luna que bañaba nuestro terrado. Al despertarnos, el cielo estaba limpio y terso como un cristal, y el mar atigrado de espuma como si el agua hubiera sudado á causa de la viveza y cansancio; pero el viento seguía mugiendo más furioso, y el blanco rocío que las olas acumulaban sobre la punta del cabo Miseno se levantaba á mayor altura que la vispera, anegando toda la costa de Cumas en un flujo y reflujo de bruma luminosa que no cesaba de subir. No se percibía vela alguna en el golfo de

Gaeta, ni en el de Bayas. Las gaviotas azotaban la espuma con sus alas blancas, pues este pájaro es el único que está en su elemento en la tempestad, y grita de alegría durante los naufragios, como aquellos habitantes malditos de la bahía de los Muertos, que esperan su presa de los buques que naufragan.

Nosotros experimentábamos, sin decirnoslo, una alegría secreta porque el temporal nos tuviera aprisionados en la casa y en la viña del pescador, pues de este modo teníamos tiempo saborear nuestra situación y gozar de la felicidad de aquella pobre familia, á la cual estábamos unidos como si fuéramos hijos ó miembros de ella.

El viento y el mar picado nos retuvieron allí nueve días enteros, y hubiéramos deseado, yo sobre todo, que la tempestad no acabara nunca, y que una necesidad involuntaria y fatal nos hiciera pasar años donde nos encontrábamos tan cautivos y tan felices. Nuestros días, sin embargo, se deslizaban insensibles y uniformes. Nada prueba mejor lo poco que basta á la felicidad cuando el corazón es joven y goza de todo. Así es como los

los mismos instintos, ya se trate del Parthenón, de San Pedro de Roma ó de una pobre barca de pescador en un escollo de Prócida.

XXIII

Aquella noche fué tal vez la más feliz de todas las que la Providencia concedió á aquella casa desde que salió de la roca hasta que vuelva al polvo. Nos dormimos al ruido que formaban el viento en los olivos y las olas al estrellarse en la costa á la pálida luz de la luna que bañaba nuestro terrado. Al despertarnos, el cielo estaba limpio y terso como un cristal, y el mar atigrado de espuma como si el agua hubiera sudado á causa de la viveza y cansancio; pero el viento seguía mugiendo más furioso, y el blanco rocío que las olas acumulaban sobre la punta del cabo Miseno se levantaba á mayor altura que la vispera, anegando toda la costa de Cumas en un flujo y reflujo de bruma luminosa que no cesaba de subir. No se percibía vela alguna en el golfo de

Gaeta, ni en el de Bayas. Las gaviotas azotaban la espuma con sus alas blancas, pues este pájaro es el único que está en su elemento en la tempestad, y grita de alegría durante los naufragios, como aquellos habitantes malditos de la bahía de los Muertos, que esperan su presa de los buques que naufragan.

Nosotros experimentábamos, sin decirnoslo, una alegría secreta porque el temporal nos tuviera aprisionados en la casa y en la viña del pescador, pues de este modo teníamos tiempo saborear nuestra situación y gozar de la felicidad de aquella pobre familia, á la cual estábamos unidos como si fuéramos hijos ó miembros de ella.

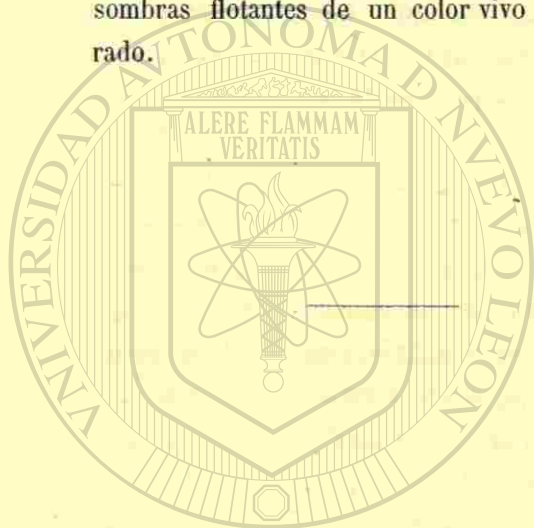
El viento y el mar picado nos retuvieron allí nueve días enteros, y hubiéramos deseado, yo sobre todo, que la tempestad no acabara nunca, y que una necesidad involuntaria y fatal nos hiciera pasar años donde nos encontrábamos tan cautivos y tan felices. Nuestros días, sin embargo, se deslizaban insensibles y uniformes. Nada prueba mejor lo poco que basta á la felicidad cuando el corazón es joven y goza de todo. Así es como los

alimentos más sencillos sostienen y renuevan la vida del cuerpo cuando el apetito los sazona y cuando los órganos son nuevos y están sanos.

Despertarnos al canto de las golondrinas que rozaban nuestro techo de hojas en el terrado donde nos habíamos dormido; escuchar la voz infantil de Graciela que cantaba muy quedo en la viña por no turbar el sueño de los extranjeros; bajar rápidamente á la playa para sumergirnos en el mar y nadar algunos minutos en una pequeña caleta, cuya arena fina brillaba al través de la transparencia de un agua profunda, y donde no penetraban el movimiento y la espuma de alta mar; volver á subir lentamente á la casa, secando y calentando al sol nuestros cabellos y nuestros hombros mojados por el baño; almorzar en la viña un pedazo de pan y de queso de búfalo, que la joven nos traía y compartía con nosotros; beber agua clara y fresca de la fuente, sacada

por ella en un cantarito de barro de forma prolongada que inclinaba ruborizada sobre su brazo, mientras nuestros labios se pegaban á la boca del mismo; ayudar en seguida á la familia en las mil faenas rústicas de la casa y del jardín; reparar las tapias que acotaban y cerraban la viña; arrancar las piedras que durante el invierno habian caído desde lo alto de estas tapias sobre los tiernos vástagos de la vid, y que impedían el poco cultivo que se practica entre las cepas; llevar á la despensa las enormes calabazas amarillas, de las que una sola constituía la carga de un hombre; cortar después sus filamentos que cubrían la tierra con sus anchas hojas y obstruían el paso con sus redes; trazar entre cada hilera de cepas bajo los altos pámpanos una pequeña reguera ó surco en la tierra seca para que el agua pluvial se reuniese allí por sí misma y las regase más largo tiempo; abrir para el mismo uso especies de pozos en forma de embudo, al pié de las higueras y de los limoneros; tales eran nuestras ocupaciones matinales, hasta que el sol, cayendo á plomo sobre el techo y sobre el jardín, nos obligaba á

buscar el abrigo de los emparrados. La transparencia y reflejo de las hojas de la vid teñían las sombras flotantes de un color vivo y algo dorado.

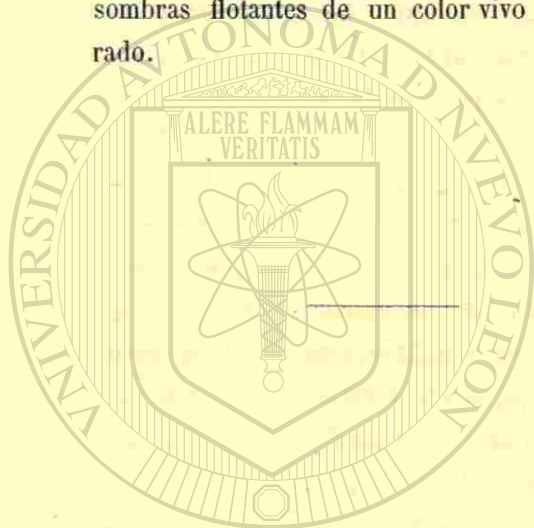


CAPÍTULO SEGUNDO

I

Entonces Graciela se metía en casa para hilar al lado de su abuela, ó preparar la comida del medio día. En cuanto al viejo pescador y Beppo, pasaban días enteros á orillas del mar estivando la barca nueva, haciendo en ella los perfeccionamientos que su pasión ó su nueva propiedad les inspiraba, y en probar las redes al abrigo de los escollos. Para la comida del mediodía nos traían siempre algunas langostas ó anguilas de escamas más relucientes que el plomo recién fundido. La vieja las hacía freir en aceite de olivas, aceite que, según el uso del país, conservaba la familia en el fondo de un pozo abierto en la roca, muy cerca de la casa, y cerrado con una gran piedra

buscar el abrigo de los emparrados. La transparencia y reflejo de las hojas de la vid teñían las sombras flotantes de un color vivo y algo dorado.



CAPÍTULO SEGUNDO

I

Entonces Graciela se metía en casa para hilar al lado de su abuela, ó preparar la comida del medio día. En cuanto al viejo pescador y Beppo, pasaban días enteros á orillas del mar estivando la barca nueva, haciendo en ella los perfeccionamientos que su pasión ó su nueva propiedad les inspiraba, y en probar las redes al abrigo de los escollos. Para la comida del mediodía nos traían siempre algunas langostas ó anguilas de escamas más relucientes que el plomo recién fundido. La vieja las hacía freir en aceite de olivas, aceite que, según el uso del país, conservaba la familia en el fondo de un pozo abierto en la roca, muy cerca de la casa, y cerrado con una gran piedra

con una argolla de hierro. Algunos cohombres fritos del mismo modo y cortados en tiras en la sartén; algunos mariscos frescos como almejas, llamados *frutti di mare* (fruta de mar), componían para nosotros aquella frugal comida, la principal y más suculenta que hacíamos al día. Uvas moscateles de largos racimos amarillos, cogidas aquella mañana por Graciela, conservadas con sus propias hojas y servidas en canastillos de mimbre, formaban los postres. Una ramita ó dos de hinojo verde y crudo, mojado en la pimienta y cuyo olor de anís perfuma los labios y fortifica el estómago, hacía las veces de licor y de café, según la costumbre de los marineros y campesinos de Nápoles. Después de la comida íbamos mi amigo y yo á buscar algún paraje sombrío y fresco de las montañas á la vista del mar y de la costa de Bayas, y pasábamos allí mirando, meditando y leyendo las horas calorosas del día hasta las cuatro ó las cinco de la tarde.

II

No habíamos salvado de las olas más que tres volúmenes descabalados, y eso porque no estaban en nuestra maleta de marino cuando la arrojamamos al mar, y eran un tomito italiano de *Ugo Foscolo* intitulado : *Cartas de Jacobo Ortis*, especie de *Werther*, semi-político y semi-romántico, en que la pasión de la libertad de su país se mezcla en el corazón de un joven italiano á su pasión por una bella veneciana. El doble entusiasmo, nutrido por aquel doble fuego del amante y del ciudadano, enciende en el alma de Ortis una fiebre, cuyo acceso demasiado fuerte para un hombre sensible y enfermizo, produce al fin el suicidio. Este libro, copia literal, pero luminosa y llena de colorido del *Werther* de Goethe, andaba entonces en las manos de todos los jóvenes que alimentaban, como nosotros, en su alma ese noble pensamiento de los que son dignos de pensar algo grande : el amor y libertad.

III

La policía de Bonaparte y de Murat proscribía en vano al autor y al libro. El autor tenía por asilo el corazón de todos los patriotas italianos y de todos los liberales de Europa. El libro tenía por santuario el pecho de jóvenes como nosotros, y allí lo ocultábamos para aspirar sus máximas. De los otros dos volúmenes que habíamos salvado, el uno era *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint-Pierre, ese manual del amor natural é ingénuo, libro que parece una página de la infancia del mundo, arrancada de la historia del corazón humano y conservada enteramente pura y empapada en lágrimas contagiosas para los ojos de diez y seis años.

El otro era un volúmen de Tácito, páginas manchadas de liviandad, de vergüenza y de sangre, pero donde la verdad estóica toma el buril y la aparente imposibilidad de la historia para inspirar á los que la comprenden el odio á

la tiranía, el valor de las grandes abnegaciones y la sed de las muertes generosas.

Por una casualidad correspondían estos tres libros á los tres sentimientos que hacían desde entonces vibrar como por virtud de un presentimiento nuestras almas juveniles; el amor, el entusiasmo por la emancipación de la Italia y de la Francia, y, en fin, la pasión por la acción política y por el movimiento de las grandes cosas, cuya imagen nos presentaba Tácito, y por las cuales bañaba nuestras almas desde muy temprano en la sangre de su pincel y en el fuego de la virtud antigua. Leíamos en voz alta y alternativamente, unas veces admirando, otras llorando y otras meditando. Interrumpíamos estas lecturas con largos intervalos de silencio y con algunas exclamaciones, que eran para nosotros el comentario irreflexivo de nuestras impresiones, y que el viento se llevaba con nuestros pensamientos.

IV

Nos colocábamos á nosotros mismos con el pensamiento en alguna de esas situaciones ficticias ó reales que el poeta ó el historiador refería. Nos formábamos un ideal de amante ó de ciudadano, de vida privada ó de vida pública, de felicidad ó de virtud, y nos complacíamos en combinar esas grandes circunstancias, esas maravillosas eventualidades y esas épocas de revolución en que los hombres más oscuros se dan á conocer á la multitud por su genio, y son llamados como por sus nombres á combatir la tiranía y á salvar las naciones, y víctimas luego de la inestabilidad y de la ingratitud de los pueblos, acaban por ser condenados á morir en el patíbulo, á la faz de la época que los desconoce y de la posteridad que los vengá.

No había papel heroico, cualquiera que fuese, que no hubiera hallado nuestras almas al nivel de las situaciones. Nos preparábamos á todo, y por

si la fortuna no realizaba un día esas grandes pruebas en que nos precipitábamos con el pensamiento, nos vengábamos de antemano despreciándola. Sentíamos dentro de nosotros mismos ese consuelo de las almas fuertes, reflexionando que si nuestra vida llegaba á ser inútil, vulgar y oscura, sería la fortuna la que nos faltase y no nosotros los que faltásemos á la fortuna.

V

Cuando bajaba el sol hacíamos largas excursiones por la isla; la atravesábamos en todas direcciones; íbamos á la ciudad á comprar pan ó legumbres que no había en el huerto de Andrés, y algunas veces traíamos un poco de tabaco, ese opio del marinero, que le anima en el mar y le consuela en la tierra. Volvíamos al anochecer con los bolsillos y las manos llenos de nuestras modestas munificencias. Por las noches se reunía la familia sobre el terrado, que en Nápoles se llama el *astrico*, para esperar la hora del sueño. Nada

más pintoresco en las hermosas noches de aquel clima que la escena del *astrico* al resplandor de la luna.

En el campo la casa baja y cuadrada se asemeja á un pedestal antiguo que sostiene grupos vivos y estatuas animadas. Todos los habitantes de la casa suben al *astrico*, se mueven ó se sientan en actitudes diversas; la claridad de la luna ó los resplandores de la lámpara proyectan y dibujan aquellos perfiles sobre el fondo azul del firmamento. Véase allí á la madre anciana hilar, al padre fumar en su pipa de barro con tubo de caña; á los jóvenes reclinarsse sobre el pretil y cantar en notas prolongadas esos aires marítimos ó campestres, cuyo acento vibrante tiene algo del gemido de la madera atormentada por las olas ó de la vibración estridente de la cigarra al sol; las muchachas, en fin, con sus zagalajos cortos, sus piés descalzos, sus corpiños verdes y guarnecidos de oro ó de seda, y sus largos cabellos negros flotando sobre sus espaldas, envueltos en un pañuelo atado al cuello con grandes nudos para preservar su cabellera del polvo.

Frecuentemente bailan solas ó con sus hermanos; la una tiene una guitarra, la otra levanta sobre su cabeza una pandereta rodeada de dorados cascabeles. Estos dos instrumentos, el uno lastimero y suave, el otro monótono y sordo, son muy á propósito para reproducir, casi sin arte, las dos notas alternativas del corazón del hombre: la tristeza y la alegría. Se les oye durante las noches de estío sobre casi todas las azoteas de las islas ó de la campiña de Nápoles, y aun en las barcas. Este concierto aéreo, que persigue al oído de sitio en sitio, desde el mar hasta las montañas, se asemeja á los zumbidos de un insecto más, que el calor hace nacer y zumbir bajo aquel hermoso cielo. Este pobre insecto es el hombre, que canta algunos días delante de Dios su juventud y sus amores, y después calla por toda una eternidad. Jamás he podido oír esas notas esparcidas al aire desde lo alto de los *astricos* sin pararme y sentir oprimido mi corazón como si quisiera estallar de alegría interior ó de melancolía más fuerte que yo.

VI

Tales eran también las actitudes, las músicas y las voces sobre el terrado de la casa de Andrés. Graciela tocaba la guitarra, y Bèppino, haciendo resonar sus dedos infantiles sobre la pandereta que había servido en otro tiempo para dormirlo en su cuna, acompañaba á su hermana. Aunque los instrumentos fueron alegres y las actitudes de alegría, los aires eran tristes, y las notas, lentas y raras, iban á herir profundamente las fibras adormecidas del corazón. Esto sucede con la música donde quiera que no es un vano recreo del oído, sino un gemido armonioso de las pasiones que sale del alma por la voz. Todos sus acentos son suspiros; todas sus notas brotan lágrimas con el sonido; jamás se puede tocar un poco fuerte al corazón del hombre sin que salgan de él lágrimas, pues hasta tal punto está la naturaleza llena en el fondo de tristeza, y hasta tal grado todo

cuanto la agita hace subir la hez á nuestros labios y nubes á nuestros ojos!...

VII

Hasta cuando Graciela, instada por nosotros, se levantaba modestamente para bailar la tarantela al sonido de la pandereta tocada por su hermano, y arrebatada por el movimiento rápido de aquel baile nacional giraba sobre sí misma, con los brazos graciosamente levantados, imitando con sus dedos el sonido de las castañuelas y precipitando los pasos de sus piés desnudos como gotas de lluvia sobre el terrado, había en el aire, en las actitudes y en el frenesí mismo de aquel delirio en acción algo de serio y de triste, como si toda alegría no hubiese sido mas que una demencia pasajera, ó como si para coger un rayo de felicidad la juventud y la hermosura tuvieran necesidad de aturdirse hasta el vértigo y embriagarse con el movimiento hasta la locura.

VIII

Las más de las veces nos entreteníamos gravemente con nuestros huéspedes, haciéndoles contar sus vidas, sus tradiciones ó sus recuerdos de familia. Cada familia es una historia y hasta un poema para quien sabe hojearla. Aquella tenía también su nobleza, su riqueza y su prestigio en lontananza.

El abuelo de Andrés era un negociante griego de la isla de Egina que, perseguido á causa de su religión por el bajá de Atenas, embarcó una noche á su mujer, á sus hijas, á sus hijos y toda su fortuna en uno de los barcos que poseía para el comercio, y se refugió en Prócida, donde tenía corresponsales y donde la población era griega como él. Allí compró muchos bienes, de los que no quedaban ya más vestigios que la pequeña alquería donde estábamos y el nombre de los antepasados grabado en algunos sepulcros en el cementerio de la ciudad. Sus hijas habían

muerto religiosas en el monasterio de la isla. Los hijos habían perdido toda su fortuna en las borrascas que habían sepultado sus barcos. La familia, en fin, había caído en completa desgracia y en la miseria, y hasta había cambiado su hermoso nombre griego por otro nombre oscuro de pescador de Prócida. « Cuando una casa se desploma, acábase por barrer hasta la última piedra », nos decía Andrés. « De todo lo que mi abuelo poseía debajo del cielo sólo quedan mis dos remos, la barca que ustedes me han devuelto, esta cabaña que no puede ya sostener á sus dueños, y la gracia de Dios. »

IX

La vieja y Graciela nos rogaban á su vez que les dijéramos quienes éramos nosotros, donde estaba nuestro país y que hacían nuestros padres; si teníamos padre, madre, hermanos, hermanas, una casa, higueras y viñas, porque habíamos dejado todo esto tan jóvenes para venir á remar,

leer, escribir, meditar al sol y acostarnos sobre la tierra en el golfo de Nápoles. Por más que les decíamos, jamás pudimos hacerles comprender que no nos llevaba otro objeto que mirar al cielo y al mar, evaporar nuestra alma al sol, sentir en nosotros nuestra juventud y recoger las impresiones, los sentimientos y las ideas que tal vez escribiríamos después en verso, como los que veían escritos en nuestros libros, ó como los que los improvisadores de Nápoles recitaban los domingos por la tarde á los marineros en el muelle ó en la Margellina.

— Ustedes se quieren burlar de mi, nos decía Graciela, soltando una carcajada : ¡ Ustedes poetas! ¡ y no tienen los cabellos erizados y los ojos azorados de los que se llaman así en los muelles de la marina! ¡ Ustedes poetas y no saben siquiera puntear una nota en la guitarra! ¿ Con qué se acompañan en las canciones que hacen?

En seguida meneaba la cabeza, haciendo un gracioso mohín é impacientándose porque no queríamos decir la verdad.

X

Algunas veces se apoderaba de su alma una cruel sospecha, y aparecía en su mirada cierta sombra de temor; pero esto no duraba, y la oíamos decir en voz baja á su abuela : « No, no es posible, no son refugiados echados de su país por una mala acción. Son demasiado jóvenes y buenos para conocer el mal. » Entonces nos divertíamos en contarle algunas grandes fechorías de que nos declarábamos autores; pero el contraste de nuestras frentes tranquilas y limpidas, de nuestros ojos serenos, de nuestros labios risueños y de nuestros corazones abiertos, con los crímenes fantásticos que suponíamos haber cometido, la hacía reír á carcajadas, así como á su hermano, y pronto disipaba toda posibilidad de desconfianza.

XI

Graciela nos preguntaba frecuentemente qué era lo que leíamos todos los días en nuestros libros; creía que eran oraciones, porque jamás había visto libros sino en la iglesia en manos de los fieles que sabían leer y seguían las palabras santas del sacerdote, y nos suponía muy piadosos, puesto que pasábamos días enteros balbuceando palabras misteriosas, sólo que extrañaba que no nos hiciéramos curas ó ermitaños en un seminario de Nápoles ó en cualquier monasterio de las islas. Para desengañarla quisimos leer dos ó tres veces, traduciéndolos en la lengua vulgar del país, pasajes de Fóscolo y algunos bellos fragmentos de nuestro Tácito.

Pensábamos que aquellos suspiros patrióticos del desterrado italiano, y aquellas grandes tragedias de la Roma imperial harían fuerte impresión sobre nuestro sencillo auditorio, porque el pueblo tiene patria en los instintos, heroísmo en el

sentimiento y drama en el golpe de vista. Lo que sobre todo retiene en su memoria son las grandes caídas y las muertes heroicas; pero no tardamos en conocer que estas declamaciones y escenas tan poderosas en nosotros no producían efecto alguno en aquellas almas sencillas. El sentimiento de la libertad política, esa aspiración de los hombres desocupados, no desciende tan bajo en el pueblo.

Aquellos pobres pescadores no comprendían por que Ortis se desesperaba y se mataba, puesto que podía gozar de todos los verdaderos placeres de la vida, pasearse sin hacer nada, ver el sol, amar á su querida y rogar á Dios en las verdes márgenes del Brenta. ¿Por qué atormentarse así, decían, por ideas que no penetran hasta el corazón? ¿Qué le importa que sean los austriacos ó los franceses los que reinan en Milán? Es una locura tomarse tanta pena por semejantes cosas. Y nada más escuchaban.

XII

En cuanto á Tácito, prestaban menos atención á su lectura. El imperio ó la república, esos hombres que se mataban mutuamente, unos por reinar, otros por no sobrevivir á la servidumbre, aquellos crímenes por el trono, aquellas virtudes por la gloria y aquellas muertes por la posteridad los dejaban frios. Aquellas borrascas de la historia rugían á demasiada altura sobre sus cabezas para que les afectasen, y eran para ellos como truenos que suenan á los lejos sobre la montaña, que oímos sin inquietarnos, porque no caen sino sobre las cimas, y no commueven la vela del pescador ni la casa del campesino.

Tácito sólo es popular para los políticos ó para los filósofos; es el Platón de la historia. Su sensibilidad es demasiado refinada para el vulgo. Para comprenderlo se necesita haber vivido en los tumultos de la plaza pública ó en las misteriosas intrigas de los palacios. Quitad la libertad, la am-

bición ó la gloria á esas escenas; ¿qué queda de ellas? Tales son los tres grandes actores de sus dramas; pero estas tres pasiones son desconocidas para el pueblo, porque son pasiones del espíritu, y él solo comprende las pasiones del corazón. Nosotros nos convencimos de esta verdad al ver la frialdad y la extrañeza que estos fragmentos causaban en nuestros oyentes.

Viendo esto nos pusimos una noche á leerles *Pablo y Virginia*: yo fui quien traduje este libro leyéndolo, porque estaba tan acostumbrado á leerlo que lo sabía, por decirlo así de memoria. Familiarizado por mi larga residencia en Italia con la lengua, no me costaba trabajo hallar las expresiones, y fluían de mis labios como una lengua materna. Apenas comencé esta lectura, cuando cambiaron las fisonomías de nuestro auditorio y tomaron el aire de atención y recogimiento, que es indicio seguro de la emoción del corazón. Habíamos hallado la nota que vibra unisona en el alma de todos los hombres, de todas las edades y de todas las condiciones, la nota sensible, la nota universal, la que encierra en un solo sonido

la eterna verdad del arte : la naturaleza, el amor y Dios.

XIII

No había yo leído todavía sino algunas páginas, y ya todos mis huéspedes habían cambiado de actitud. El pescador, apoyando el codo en su rodilla y aplicando el oído hácia mi lado, se olvidaba de aspirar el humo de su pipa. La vieja, sentada enfrente de mí tenía sus dos manos juntas debajo de la barba, en la actitud de esas pobres mujeres que escuchan la palabra de Dios acurrucadas sobre el pavimento de los templos. Beppo se había bajado del pretil del terrado donde hacía poco estaba sentado, y colocando silenciosamente su guitarra en el suelo, puso la mano sobre el mástil como si temiera que el viento hiciera resonar sus cuerdas; Graciela, que se mantenía ordinariamente algo lejos, se aproximó insensiblemente á mí, como si la hubiera fascinado un poder de atracción oculto en el libro.

Recostada contra la pared del terrado, á cuyo pié estaba yo tendido, se aproximaba cada vez más hácia mi lado, apoyada sobre su mano izquierda, que aplicaba al suelo en actitud de un gladiador herido. Abriendo cuanto podía los ojos, miraba unas veces el libro y otras mis labios, de donde fluía la relación, y otras, en fin, el vacío entre mis labios y el libro, como si hubiera buscado con la mirada el invisible espíritu que me lo interpretaba. Yo oía su aliento desigual interrumpirse ó precipitarse según las palpitations del drama, como la respiración anhelosa del que sube una montaña y se para para respirar de tiempo en tiempo. Antes de llegar á la mitad de la historia, la pobre niña había olvidado su reserva algo salvaje conmigo. Sentía el calor de su respiración sobre mis manos. Sus cabellos rozaban mi frente. Dos ó tres lágrimas caídas de sus mejillas manchaban las páginas muy cerca de mis dedos.

XIV

A excepción de mi voz lenta y monótona, que traducía literalmente á aquella familia de pescadores ese poema del corazón, no se oía más ruido que los golpes sordos y lejanos del mar que batía la costa. Este mismo ruido estaba en armonía con la lectura. Era como el desenlace previsto de la historia que rugía de antemano en el aire al principio y durante el curso de la relación. Cuanto más se desarrollaba esta relación, más parecía interesar á nuestros sencillos oyentes. Cuando yo vacilaba por casualidad en hallar la expresión exacta para verter la palabra francesa, Graciela, que hacía ya un rato tenía la lámpara abrigada del viento con su delantal, la acercaba más á las páginas, y cuasi quemaba el libro en su impaciencia, como si hubiera creído que la luz del fuego iba á hacer brotar el sentido intelectual á mis labios. Yo rechazaba sonriendo la lámpara

con la mano, sin apartar los ojos de la página, y sentía mis dedos mojados con sus lágrimas.

XV

Cuando llegué al punto en que Virginia, llamada á Francia por su tia, siente, por decirlo así, dividirse su sér en dos y se esfuerza por consolar á Pablo debajo de los plátanos, hablándole de su vuelta y mostrándole el mar que va á llevarla, cerré el libro y aplacé su lectura para el día siguiente.

Este fué un golpe fatal para aquellas pobres gentes. Graciela se puso de rodillas delante de mi y luego delante de mi amigo, para suplicarnos que acabáramos la historia. Pero todo fué en vano. Queríamos prolongar el interés para ella y el encanto de la prueba para nosotros. Entonces ella arrancó el libro de mis manos, y lo abrió como si hubiera podido á fuerza de voluntad comprender sus caracteres. Ella le habló, lo abrazó y lo puso respetuosamente sobre sus rodillas,

juntando las manos y mirándome en actitud suplicante.

Su fisonomía, tan serena y risueña en la calma, aunque algo austera, había tomado repentinamente, de la pasión y del enternecimiento simpático de aquella relación, algo de la animación, del desorden y de lo patético del drama. Hubiérase dicho que una revolución repentina había cambiado aquel hermoso mármol en carne y en lágrimas. La joven sentía su alma, hasta allí dormida, revelarse a ella misma en el alma de Virginia. Parecía haber adquirido seis años de madurez y experiencia en aquella media hora. Las tintas borrascosas de la pasión oscurecían su frente, el blanco azulado de sus ojos y sus mejillas. Era como un agua tranquila y abrigada donde el sol, el viento y la sombra habían venido a luchar de repente por primera vez; nosotros no podíamos cansarnos de mirarla en aquella actitud. Ella, que hasta entonces no nos había inspirado sino jovialidad, nos inspiró casi respeto, pero en vano nos suplicó que continuaríamos, pues no queríamos gastar nuestro poder de una

sola vez, y nos agradaban demasiado sus bellas lágrimas para que tratáramos de secar su fuente en un día. Retiróse enfadada, y apagó la lámpara con cólera.

XVI

A la mañana siguiente, cuando la ví debajo de los emparrados y quise hablarla, se volvió como quien trata de ocultar sus lágrimas y no quiso responderme. Veíase en sus ojos bordados por un ligero círculo negro, en la palidez más mate de sus mejillas y en una ligera y graciosa depresión de los ángulos de su boca, que no había dormido, y que su corazón estaba todavía lleno de los pesares imaginarios de la vispera. ¡Maravilloso poder de un libro que obra sobre el corazón de una niña rústica y de una familia ignorante con toda la fuerza de una realidad, y para quienes la lectura de ese libro es un acontecimiento en la vida del corazón!

La razón de este fenómeno estaba en que, así como yo traducía el poema, el poema había tra-

ducido la naturaleza, y en aquellos acontecimientos tan sencillos, la cuna de aquellos dos niños á los piés de las dos pobres madres, sus amores inocentes, su separación cruel, aquel regreso engañado por la muerte, aquel naufragio y aquellos dos sepulcros que no encierran más que un solo corazón debajo de los plátanos, son cosas que todo el mundo siente y comprende desde el palacio hasta la cabaña del pescador. Los poetas buscan el genio muy lejos, siendo así que está en el corazón, y que bastan unas cuantas notas sencillas, tocadas piadosamente y por casualidad en este instrumento formado por el mismo Dios, para hacer llorar á todo un siglo y hacerse tan populares como el amor y tan simpáticos como el sentimiento. Lo sublime fatiga, lo bello engaña. Sólo lo patético es infalible en el arte. El que sabe enternecer, lo sabe todo.

Hay más genio en una lágrima que en todos los museos y en todas las bibliotecas del universo. El hombre es como el árbol que se sacude para hacer caer sus frutos; jamás se conmueve al hombre sin que caigan de él lágrimas.

XVII

Todo aquel día estuvo triste la casa como si hubiese ocurrido algún acontecimiento doloroso en la humilde familia. Nos reunimos todos para comer sin hablar casi una palabra; nos separamos así y volvimos á vernos sin que asomara á los labios la sonrisa. Se veía que Graciela no ponía cuidado en lo que hacía mientras trabajaba en el huerto ó en el terrado, mirando sin cesar si el sol bajaba, como quien no esperaba de aquel día otro momento que el de la noche.

Cuando llegó ésta y volvimos á ocupar todos nuestros puestos acostumbrados sobre el *astrico*, abrí el libro y acabé la lectura en medio de los sollozos. Viejos, niños, mi amigo, yo mismo, todos participaban de la emoción general. El sonido triste y grave de mi voz se plegaba, sin que me apercibiera de ello, á la tristeza de las aventuras y á la gravedad de las palabras. Al fin

de la relación parecían venir de lejos y caer desde lo alto en el alma con el acento hueco de un pecho vacío donde el corazón no late ya ni participa de las cosas terrestres sino por medio de la tristeza, de la religión y de la memoria.

VERE FLAMMAM
VERITATIS

XVIII

Concluida la lectura, nos fué imposible pronunciar vanas palabras. Graciela permaneció inmóvil en la actitud en que se hallaba escuchando, como si todavía siguiera yo leyendo. El silencio, ese aplauso de las impresiones reales y duraderas, no fué interrumpido por nadie. Cada uno respetaba en los demás los pensamientos que sentía de sí mismo. La lámpara, casi consumida, se apagó insensiblemente sin que ninguno de nosotros llevase á ella la mano para reanimarla. La familia se levantó y se retiró furtivamente. Mi amigo y yo nos quedamos solos confundidos al ver cuán grande era la fuerza que tenían la verdad, la sen-

cillez y el sentimiento sobre todos los hombres, sobre todas las edades y todos los países.

Acaso otra emoción agitaba también el fondo de nuestras almas. La seductora imagen de Graciela, trasformada por sus lágrimas, iniciada en el dolor por el amor, flotaba en nuestros sueños con la celeste creación de Virginia. Estos dos nombres y aquellas dos criaturas, confundidas en errantes apariciones, encantaron y entristecieron nuestro sueño agitado hasta la mañana. En la noche de aquel día, y en las de los dos subsiguientes, fué preciso volver á leer á Graciela la misma relación, y aunque se la hubiéramos leído cien veces no se habría cansado de oirla, porque es propio de las imaginaciones meridionales, pensativas y profundas, no buscar la variedad en la poesía ó en la música, pues éstas no son, por decirlo así, otra cosa que los temas á que cada uno ajusta sus propios sentimientos, alimentándose y nutriéndose con ellos sin saciarse, como el pueblo se nutre con la misma relación y el mismo aire de música durante siglos enteros. La misma naturaleza, esa música y esa poesía su-

prema, ¿qué otra cosa tiene sino dos ó tres palabras y dos ó tres notas, siempre las mismas, con las cuales entristece ó encanta á los hombres, desde el primero hasta el último suspiro?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 CALERE FLAMMAM
 VERITATIS
 XIX

Al salir el sol el día noveno, cayó al fin el viento del equinoccio, y en pocas horas se trasformó el mar en un mar de verano. Las montañas mismas de la costa de Nápoles, así como las aguas y el cielo, parecían nadar en su fluido más limpio y azul que durante los meses de los grandes calores, como si el mar, el firmamento y las montañas hubiesen sentido ya ese primer calofrío del invierno que cristaliza el aire y le hace brillar como la nieve de los ventisqueros. Las hojas amarillas de la vid y las negruzcas de las higueras comenzaban á caer y alfombrar el patio. Ya estaban cogidas las uvas. Los higos secados al sol sobre el *astrico* estaban ya embalados en cestos groseros de yerbas marinas tejidos por las mu-

jerres. La barca se hallaba dispuesta y aparejada para trasladar á la familia del pescador á la Margellina. Se limpió la casa y el terrado. Se cubrió la fuente con una gran piedra para que las hojas secas y las aguas del invierno no la corrompieran. Se sacó todo el aceite del pozo abierto en la roca y se encerró en vasijas de barro que los niños condujeron á la playa, metiendo unos palos por entre las asas. Del colchón y de los cobertores se hizo un lio atado con cuerdas. Se encendió por última vez la lámpara á la imagen abandonada del hogar. Se rezó la última oración á la Virgen, pidiéndola que protegiese la casa, la higuera y la viña que íbamos á dejar por muchos meses. Después se cerró la puerta y se guardó la llave en el fondo de una grieta en la roca, y se tapó con hiedra para que, si el pescador volvía durante el invierno, pudiera hallarla fácilmente y visitar su casa. En seguida bajamos á la playa ayudando á la pobre familia á llevar y embarcar el aceite, los panes y los frutos.

CAPÍTULO TERCERO

I

Nuestra vuelta á Nápoles costeando el golfo de Bayas y las pendientes sinuosas del Pausilippo fué una verdadera fiesta para Graciela, para los niños, para nosotros, y un triunfo para Andrés.

Entramos en la Margellina ya de noche y cantando. Los amigos y vecinos del pescador no se cansaban de admirar su nueva barca. Ayudáronle á descargarla y sacarla á tierra, y como le habíamos prohibido decir quién se la había dado, hicieron poco caso de nosotros.

Después de haber sacado la embarcación á la playa y llevado las cestas de higos y uvas á la casa de Andrés, cerca del umbral de tres habitaciones bajas habitadas por la vieja, los niños y

Graciela, nos retiramos sin decir nada y sin que reparasen en nosotros. Atravesamos tristes el tumulto de las calles populosas de Nápoles, y nos encerramos en nuestros alojamientos.

II

Pensábamos descansar algunos días en Nápoles, y en seguida volver al mismo género de vida con el pescador siempre que el mar lo permitiera.

Nos habíamos acostumbrado tanto á la sencillez de nuestros vestidos y á la desnudez de la barca hacía tres meses, que la cama, los muebles de nuestras habitaciones y nuestro traje de ciudad nos parecían un lujo incómodo y fastidioso.

Así es que esperábamos usarlo muy pocos días; pero á la mañana siguiente al ir á buscar al correo nuestras cartas atrasadas, mi amigo halló una de su madre, la cual le llamaba inmediatamente á Francia, para que asistiese al casamiento de su hermana. Su cuñado debía venir á buscarle hasta

Roma, y según las fechas debía haber llegado á aquella ciudad. No había, pues, que perder un momento, y era necesario partir á todo trance. Yo hubiera debido marchar con él; pero no sé qué atractivo de aislamiento y de aventura me retenía. Algo contribuían, aunque confusamente, la vida de marinero, la cabaña del pescador y la imagen de Graciela; pero el principal motivo era indudablemente el amor á la libertad, el orgullo de bastarme á mi mismo á trescientas leguas de mi país, y la afición que había cobrado á las olas y á lo desconocido, esa perspectiva aérea de las imaginaciones jóvenes.

Nos separamos, pues, con enternecimiento, aunque con valor. El me prometió venir á reunirse conmigo tan pronto como hubiese satisfecho sus deberes de hijo y de hermano. Me prestó cincuenta luisés para llenar el vacío que aquellos seis meses habían hecho en mi bolsillo, y marchó.

III

Aquella partida, la ausencia de aquel amigo que era para mí lo que un hermano mayor es para con un hermano casi niño, me dejaron en un aislamiento terrible en que me sentía hundirme como en un abismo. Todos mis pensamientos, todos mis sentimientos y mis palabras, que antes se evaporaban comunicándome con él, quedaban en el alma y allí se corrompían, se entristecían, y volvían á caer sobre el corazón como un peso que no podía ya levantar. Aquel ruido en que nada me interesaba; aquella multitud en que nadie sabía mi nombre; aquella habitación donde ninguna mirada me respondía; aquellos libros que había leído cien y cien veces y cuyos caracteres inmóviles me presentaban siempre las mismas palabras en la misma frase y el mismo sitio; aquella vida de fonda donde sin cesar se codea uno con desconocidos y donde siempre se sienta uno á una mesa silenciosa al lado de hombres

siempre nuevos é indiferentes; todo eso que me había parecido tan delicioso en Roma y en Nápoles antes de nuestras excursiones y nuestra vida vagabunda y errante del estío, se me figuraba ahora una muerte lenta. Mi corazón se ahogaba de melancolía.

Durante algunos días arrastré aquella tristeza de calle en calle, de teatro en teatro, de lectura en lectura, sin poder sacudirla. Cai enfermo de lo que vulgarmente se llama mal del país. Mi cabeza estaba pesada. Mis piernas no podían sostenerme. Estaba pálido. No comía. El silencio me entristecía. El ruido me hacía daño; pasaba las noches sin dormir y los días acostado en mi lecho sin tener gana ni aun fuerzas para levantarme. El anciano pariente de mi madre, el único que pudiera interesarse por mí, había ido á pasar muchos meses á treinta leguas de Nápoles, en los Abruzzos, donde quería establecer unas fábricas. Mandé llamar á un médico; vino y me miró; me tomó el pulso y me dijo que no tenía nada. La verdad es que yo tenía un mal para el cual no había remedio en la medicina, un mal de alma y

de imaginación. Se marchó y no le volví á ver más.

IV

Sin embargo, me senti tan malo al día siguiente, que busqué en mi memoria de quien podría esperar alivio si llegaba el caso de no poder levantarme. La imagen de la pobre familia de la Margellina en cuyo seno vivía yo todavía en recuerdo me vino naturalmente á la imaginación. Envié á un muchacho que me servía á casa de Andrés para que le dijese que el más joven de los dos extranjeros estaba enfermo y deseaba verle.

Cuando el muchacho llevó el recado, Andrés estaba en el mar con Beppino; la anciana estaba ocupada en vender el pescado en el muelle de Chiaia. Sólo Graciela estaba en la casa con sus hermanos. Sin tomarse más tiempo que el necesario para confiarlos al cuidado de una vecina y ponerse sus vestidos más nuevos de prociatana, siguió al muchacho, que le enseñó la calle, el viejo convento y la precedió en la escalera.

Oí llamar suavemente á la puerta de mi cuarto, y se abrió la puerta como empujada por una mano invisible; vi á Graciela, la cual lanzó un grito de compasión al verme; dió algunos pasos hacia mi cama, pero en seguida se quedó parada, cruzadas las manos y caídas sobre el hombro izquierdo en la actitud de la compasión :

— ¡Qué pálido está! dijo en voz baja; ¡cómo se ha mudado su semblante en tan pocos días! ¿Y dónde está el otro? añadió volviéndose y buscando con la vista á mi compañero por el aposento.

— Se ha marchado, le dije, estoy solo y desconocido en Nápoles.

— ¿Se ha marchado? exclamó. ¿Se ha marchado dejando á usted solo y enfermo? ¡Luégo no le amaba! ¡Ay! Si yo me hubiera hallado en su lugar no me habría marchado; y sin embargo, yo no soy su hermana, ni le conozco sino desde el día de la tempestad.

V

Entonces le expliqué que no estaba yo enfermo cuando me dejó mi amigo.

— ¿Pero cómo, replicó ella vivamente y en tono de reconvención tierno y tranquilo, no ha pensado usted que tenía otros amigos en la Margellina? ¡Ah! Ya lo veo, añadió tristemente y mirando sus mangas y la falda de su vestido, es que nosotros somos pobres y le habríamos avergonzado al entrar en esta hermosa casa. Es igual, prosiguió enjugándose los ojos que no había cesado de tener fijos sobre mi frente y sobre mis brazos enflaquecidos; aun cuando nos hubieran despreciado, habríamos venido.

— ¡Pobre Graciela! respondí sonriendo Dios me libre del día en que me avergüence de los que me aman. ®

VI

Graciela se sentó en una silla al pié de mi cama y hablamos un poco.

El sonido de su voz, la serenidad de sus ojos, el abandono confiado y tranquilo de su actitud, el candor de su fisonomía, el acento dulce y lastimero de esas mujeres de las islas, que recuerdan, como en el Oriente, el tono sumiso de la esclava aun en las palpitaciones mismas del amor; la memoria, en fin, de los hermosos días de la cabaña pasados al sol con ella; esos soles de Prócida que me parecían todavía radiar de su frente, de su cuerpo y de sus piés en mi aposento solitario; todo esto, mientras yo la miraba y la escuchaba, me arrancaba de tal modo de mi languidez y de mis padecimientos, que me creí súbitamente curado. Parecíame que en cuanto se marchase iba á levantarme y andar. Sin embargo, sentíame tan bien con su presencia, que prolongaba la conversación cuanto podía y la retenía

bajo mil pretextos, temiendo que se fuera demasiado pronto, llevándose el bienestar que sentía.

Ella me sirvió una parte del día sin temor, sin reserva afectada, sin falso pudor, como una hermana que sirve á su hermano, sin pensar que es un hombre. Salió á comprarme naranjas, volvió con ellas y mordía la cáscara con sus hermosos dientes para exprimir el jugo en mi vaso estrujándola con sus dedos. Ella se quitó de su cuello una medallita de plata que pendía de un cordón negro y se ocultaba en su pecho, y la sujetó con un alfiler en la cortina blanca de mi cama, asegurándome que pronto me curaría por la virtud de la imagen. En seguida, comenzando á declinar el día, me dejó, no sin volver veinte veces desde la puerta á mi cama, para informarse de lo que aun podía desear, y encargarme muy encarecidamente que rezara con mucha devoción á la Virgen antes de dormirme.

VII

Ora fuese virtud de la imagen y de las oraciones que ella misma le dirigió sin duda, ora fuese debido á la influencia tranquilizadora de aquella aparición de ternura y de interés que se me había presentado bajo las facciones de Graciela, ora, en fin, fuese efecto de la distracción encantadora que su presencia y su conversación me habían proporcionado calmando la agitación enfermiza de todo mi sér, el resultado fué que apenas se marchó me quedé dormido en un sueño tranquilo y profundo.

Al despertarme al día siguiente y al ver en el suelo de mi habitación las cáscaras de naranja, vuelta todavía hacia mi lecho la silla de Graciela, como ella la había dejado y como si fuese á sentarse de nuevo, la medallita colgada de mi cortina con el cordón de seda negra, y todas aquellas huellas de su presencia y de aquellos cuidados de mujer que hacía tanto tiempo me

faltaban, me pareció, mal despierto al principio, que mi madre ó una de mis hermanas había entrado aquella noche en mi cuarto, y sólo cuando abrí enteramente los ojos y pude coordinar mis ideas una á una, me apareció la figura de Graciela, tal como la había visto la vispera.

El sol estaba tan puro, el reposo había fortificado mis miembros, la soledad de mi estancia pesaba tanto sobre el corazón y de tal modo me agitaba el deseo de oír otra vez el sonido de una voz conocida, que me levanté al punto, á pesar de mi debilidad; me comí el resto de las naranjas, entré en un *corricolo* de plaza, é hice que me condujeran instintivamente hacia el lado de la Margellina.

VIII

En cuanto llegué á la casita baja de Andrés, subí la escalera que conducía á la plataforma encima de la bodega y sobre la cual daban las habitaciones de la familia. En el astrico hallé á

Graciela, á la vieja, al pescador, á Beppino y á los niños. Todos se disponían á salir en aquel momento aderezados y compuestos con la mejor ropa que tenían para ir á verme. Cada uno de ellos llevaba en un cesto, ó en un pañuelo, ó en la mano, un regalo de lo que aquellas pobres gentes habían imaginado ser más grato ó más saludable á un enfermo; quién una botella de vino blanco de Ischia, cerrada con romero y yerbas aromáticas; quién higos secos, quién nueces, y quién, por último, naranjas. El corazón de Graciela había pasado á todos los miembros de la familia.

IX

Al verme aparecer todavía pálido y débil, aunque con la sonrisa en los labios, lanzaron un grito de sorpresa. Graciela dejó caer al suelo, en el exceso de su alegría, las naranjas que llevaba en el delantal, y dándose palmadas en las manos corrió hacia mí exclamando :

— ¿No le decía á usted bien que la imagen de la Virgen le curaría si se quedaba una sola noche en cama? ¿Le he engañado á usted?

Quise devolverle la imagen y la saqué de mi seno donde la había guardado al salir.

— Bésela usted antes, me dijo.

La besé y también las puntas de sus dedos que había alargado para cogerla.

— Se la volveré á dar si cae usted otra vez enfermo, añadió poniéndosela al cuello y deslizando en su seno : servirá para los dos.

Nos sentamos sobre el terrado al sol de la mañana. Estaban todos tan contentos como si hubiesen recobrado á un hermano ó á un hijo de vuelta de un largo viaje. El tiempo, que es necesario en las clases elevadas para la formación de las amistades íntimas, no lo es en las clases inferiores. Los corazones se abren sin desconfianza y simpatizan desde luego, porque en los sentimientos no se encubre ningún interés bastardo; así es que en ocho días se traba más amistad y parentesco de alma entre los hombres de la naturaleza, que en diez años entre los

hombres de la sociedad. Aquella familia y yo éramos ya parientes.

Nos informamos reciprocamente de lo que nos habia ocurrido de bueno ó de malo desde que nos habíamos separado. La pobre casa se hallaba en vena de felicidad. La barca estaba bendita. Las redes eran afortunadas. Nunca habia producido tanto la pesca abundante. La vieja no tenia manos bastantes para vender el pescado al pueblo delante de su puerta; Beppino, orgulloso y fuerte, valia por un marinero de veinte años, á pesar de no contar más que doce. Graciela, en fin, estaba aprendiendo un oficio superior á la humilde condición de su familia. Su salario, bastante crecido para el trabajo de una muchacha, y que lo seria más con el tiempo y con su aplicación, bastaria para vestir y alimentar á sus hermanitos y para proporcionarse ella misma una dote, cuando estuviese en edad y en disposición de casarse.

Tales eran las expresiones de sus abuelos. Era *coralera*, es decir, que aprendía á trabajar en coral. El comercio y la manufactura del coral formaban entonces la principal riqueza de la

industria de las ciudades de la costa de Italia. Uno de los tios de Graciela, hermano de la madre que habia perdido, era contraamaestre de la fábrica principal de Nápoles. Rico por su estado y al frente de numerosos operarios de ambos sexos, que no daban abasto á las demandas de este objeto de lujo hechas para toda la Europa, habia pensado en su sobrina, y habia venido pocos dias antes á inscribirla entre sus operarias. Habiale llevado el coral y los útiles necesarios, dándole además las primeras lecciones de su arte sencillo. Las demás operarias trabajaban en común en la fábrica.

Graciela ejercia su oficio en la casa, en razón de que la continua y forzada ausencia de su abuela y del pescador la obligaban á quedarse guardando los niños. Su tio, que no podia faltar mucho del establecimiento, enviaba hacia algún tiempo á casa de Graciela á su hijo mayor, joven de veinte años, modesto, bien educado, y uno de los mejores operarios, aunque corto de alcances, raquitico y algo contrahecho. Por las noches, luego que se cerraba la fábrica, venia á examinar

el trabajo de su prima, á perfeccionarla en el manejo de los útiles y á darla también las primeras lecciones de lectura, de escritura y de cálculo.

— Esperamos, me dijo en voz baja la abuela mientras Graciela apartaba los ojos, que esto aprovechará á los dos, y que el maestro llegará á ser el servidor de su novia.

En estas palabras vi que había un pensamiento de orgullo y de ambición por parte de la vieja en favor de su nieta; pero Graciela no lo sospechaba ni aun remotamente.

X

La joven me llevó de la mano á su habitación para hacerme admirar las obras de coral que ya había torneado y pulido. Estaban colocadas sobre algodón en unas cajitas de cartón al pié de su cama. Para darme una muestra de su habilidad, se puso á trabajar delante de mí un pedazo de coral. Yo hacia dar vueltas al torno con la punta

del pié delante de Graciela, mientras ella presentaba la rama roja de coral á la sierra circular que la cortaba rechinando. En seguida redondeaba aquellos pedazos cogiéndolos con las yemas de los dedos y gastándolos contra la piedra.

El polvo sonrosado cubrió sus manos y, volando algunas veces hasta su cara, polvoreaba sus mejillas y sus labios con un ligero afeite, que hacía aparecer sus ojos más azules y resplandecientes. Después se enjugó sonriéndose y sacudiendo sus cabellos negros, llenándome á mi entonces del polvo que se desprendía de ellos.

— ¿No es verdad, me dijo, que es un oficio muy bueno para una hija del campo como yo? Nosotros se lo debemos todo al mar, desde la barca de mi abuelo y el pan que comemos, hasta estos collares y estos pendientes con que quizá me adornaré, cuando haya trabajado muchos de ellos para otras más ricas y hermosas que yo.

Pasamos así la mañana hablando, loqueando y trabajando sin que se me ocurriera la idea de marcharme. Al mediodía participé de la comida de la familia. El sol, el aire libre, la tranquilidad

de espíritu y la frugalidad de la mesa, puesto que la comida se redujo á pan, un poco de pescado frito y frutas conservadas en la bodega, me habian devuelto el apetito y las fuerzas. Después de comer ayudé al viejo á componer una red que habia tendido sobre el astrico.

Los golpes acompasados con que Graciela hacia girar la piedra, el ruido de la tornilla de la abuela y las voces de los niños que jugaban con las naranjas en el umbral de la casa, acompañaban melodiosamente nuestro trabajo : Graciela salia de vez en cuando para sacudir sus cabellos al balcón, y entonces nos dirigiamos una mirada, una palabra amistosa y una sonrisa. Yo me sentia feliz, sin saber de qué, hasta el fondo del alma. Hubiera querido ser una de las plantas de oleo arraigadas en las tapias del jardin, ó uno de los lagartos que se calentaban al sol cerca de nosotros sobre el terrado, y que habitaban con aquella pobre familia las grietas de la pared de la casa.

XI

Pero mi alma y mi rostro se llenaban de sombras á medida que se acercaba la noche. Poníame triste al considerar que tenia que volverme á mi posada. Graciela fué la primera que lo notó y fué á hablar al oido á su abuela.

— ¿Por qué dejarnos asi? dijo la vieja como si hubiese hablado á uno de sus hijos. ¿No estábamos bien juntos en Prócida? ¿No somos los mismos en Nápoles? Se parece usted á un pájaro que ha perdido á su madre y ronda piando alrededor de todos los nidos. Venga usted á habitar el nuestro, si lo encuentra usted bastante bueno para un caballero como usted. La casa no tiene más que tres habitaciones ; pero Beppino duerme en la barca, Graciela tiene bastante con el cuarto de los niños, siempre que pueda trabajar de día en el que usted ocupe para dormir. Tome usted el suyo y espere aqui la vuelta de su amigo, porque da lástima pensar que un joven bueno y

triste como usted ande solo por las calles de Nápoles.

El pescador, Beppino y hasta los niños, que ya amaban al extranjero, se regocijaron con la idea de la buena mujer, é insistieron vivamente y todos á la vez para hacerme aceptar su oferta. Graciela no dijo nada; pero aguardaba con ansiedad visible, aunque velada con una distracción fingida, mi respuesta á las reiteradas súplicas de la familia. Por un movimiento convulsivo é involuntario golpeaba el suelo con el pié á todas las razones de discreción que yo daba para no aceptar.

Levanté al fin los ojos para mirarla, y ví que tenía los suyos más húmedos y brillantes que de costumbre, y que estrujaba entre sus dedos y rompía una á una las ramas de una planta de albahaca que vejetaba en una maceta de barro que había en el balcón. Comprendí aquel gesto mejor que un largo discurso. Acepté la comunidad de vida que se me ofrecía. Graciela batió sus manos y saltó de alegría corriendo sin volverse á su habitación, como si hubiera querido cogermé

la palabra y no darme tiempo para que me arre-pintiese.

XII

Graciela llamó á Beppino, y en un momento su hermano y ella trasladaron al aposento de los niños su cama, sus pobres muebles, su espejo con marco de madera pintada, la lámpara de cobre, las dos ó tres estampas de la Virgen clavadas en la pared con alfileres, la mesa y el torno donde trabajaba el coral. Sacaron agua del pozo, regaron con la palma de la mano el suelo, barrieron con cuidado el polvo del corral adherido á la pared y á los ladrillos, colocaron sobre el pretil de la ventana las dos macetas más verdes y olorosas de bálsamo y de reseda que hallaron sobre el *astrico*. De seguro no hubieran preparado ni aderezado con más esmero la estancia nupcial si Beppo hubiera tenido que llevar aquella noche á su desposada á la casa de su padre. Yo los ayudaba-riendo en aquella tarea.

Cuando todo estuvo dispuesto, llevé á Bepino y al pescador conmigo para comprar y traer los pocos muebles que necesitaba. Compré un catre de hierro, una mesa de pino, dos sillas de anea; un brasero de cobre donde se quemaban las noches de invierno, para calentarse, huesos de aceituna; mi maleta que mandé á buscar á mi posada contenía todo lo demás. No quería perder una noche de aquella vida feliz que me devolvía como una familia. Aquella misma noche dormí en mi nuevo alojamiento, y no me desperté sino á los trinos alegres de las golondrinas que entraban en mi habitación por un vidrio roto de la ventana, y á la voz de Graciela que cantaba en el aposento contiguo, acompañando su canto con el movimiento acompasado de su torno.

XIII

Abri la ventana que daba á los huertecitos de los pescadores y de las lavanderas, encajonados

en la roca del monte Pausilippo y en la playa de la Margellina.

Algunos bloques de asperón habían rodado en aquellos huertos muy cerca de la casa. Robustas higueras que brotaban medio aplastadas debajo de las rocas, los abarcaban con sus brazos tortuosos y blancos y los cubrían con sus anchas hojas inmóviles. No se veía en el lado de la casa por aquellos huertos en el pobre pueblo sino algunos pozos dominados por una ancha rueda que hacía girar un asno para regar por medio de regueros de hinojo las coles y los nabos; mujeres secando ropa que tendían en cuerdas atadas á los limoneros; muchachos en camisa jugando ó llorando sobre los terrados de dos ó tres casitas blancas esparcidas por los huertos; hé aquí el espectáculo que se me presentaba, y con ser tan limitada aquella vista de los arrabales de una gran ciudad, tan vulgar y tan livida, me pareció deliciosa en comparación con las altísimas fachadas, con las calles profundas y la estrepitosa multitud de los barrios que acababa de dejar. Respiraba el aire puro en vez del polvo, del fuego y

del humo de aquella atmósfera humana que antes había respirado. Oía el rebuzno de los asnos, el canto del gallo, el murmullo de las hojas y el gemido alternativo del mar, en vez de aquel rodar incesante de carruajes, de aquellos gritos agudos del pueblo y de todos aquellos ruidos incómodos que no dejan en las calles de las grandes poblaciones tregua al oído ni calma al pensamiento.

No me sentía con valor para abandonar mi cama, donde saboreaba deliciosamente aquel sol, aquellos ruidos campestres, aquellos vuelos de pájaros, aquel reposo del pensamiento, y luego, mirando la desnudez de las paredes, el vacío de la estancia, la ausencia de los muebles, me regocijaba al pensar que aquella pobre casa á lo menos me amaba, y que no hay alfombras, colgaduras ni cortinas de seda que valgan lo que un poco de cariño. Todo el oro del mundo no bastaría á comprar un solo latido del corazón ni un rayo de ternura en la mirada de los indiferentes.

Estos pensamientos me mecían dulcemente en mi estado de somnolencia; yo me sentía renacer

á la salud y á la paz. Beppino entró muchas veces en mi cuarto para preguntarme si quería algo, y al fin me trajo á la cama pan y uvas, que comí, dando algunos granos y migajas á las golondrinas. Era cerca de mediodía; el sol bañaba toda mi estancia con su dulce calor de otoño cuando me levanté. Convine con el pescador y su mujer en pagar mensualmente una pequeña pensión por el alquiler de mi cuarto y para añadir alguna cosa á los gastos de la casa. Esto era muy poco; pero aquellas honradas gentes creían que era demasiado, conociéndose que, lejos de querer ganar conmigo, sufrían interiormente porque su pobreza y la frugalidad demasiado restringida de su vida no les permitiesen ofrecerme una hospitalidad de que se habrían envanecido mucho más si no me hubiera costado nada. Aumentáronse dos panes á los que se compraban todos los días para la familia, un poco de pescado cocido ó frito para comer, leche ó frutas secas para la noche, aceite para mi lámpara y combustible para los días fríos; este fué todo el exceso de gasto que originó mi hospedaje en aquella casa. Algunas piezas de

cobre, pequeña moneda del pueblo de Nápoles, bastaban para mi gasto diario. Jamás había comprendido como entonces cuán independiente es la felicidad del lujo, y me persuadí de que se compra más con moneda de cobre que con una bolsa de oro cuando se sabe hallarlo donde Dios lo ha ocultado.

XIV

Así viví durante los últimos meses del otoño y los primeros del invierno. El brillo y la serenidad de estos meses en Nápoles, los hacen confundir con los que los han precedido. Nada turbaba la monótona tranquilidad de nuestra vida. El anciano y su nieto no se aventuraban ya en plena mar á causa de las frecuentes borrascas, y continuaban pescando á lo largo de la costa; su pescado, vendido en la marina por la vieja, bastaba á satisfacer ampliamente las necesidades de su vida.

Graciela se perfeccionaba en su arte, crecía y

se embellecía mucho más con la vida dulce y sedentaria que hacía desde que trabajaba el coral. Su salario, que le llevaba su tío los domingos, le permitía, no solamente tener á sus hermanitos más limpios y mejor vestidos y enviarlos á la escuela, sino también proporcionar á su abuela y á sí misma algunos vestidos y adornos más ricos y elegantes, peculiares á las mujeres de su isla; pañuelos de seda encarnada para atárselos al cuello, dejando caer á la espalda una de sus puntas en forma de largo triángulo; zapatos sin tacón que sólo aprisionan los dedos del pié, bordados de lentejuelas de plata; corpiños de seda rayada de negro y de verde. Esta prenda de ropa, guarnecida por las costuras, cae abierta sobre las caderas y deja ver por delante la finura del talle y los contornos del cuello adornado con collares; en fin, grandes zarcillos cincelados donde los hilos de oro se entrelazan con el polvo de las perlas. Las mujeres de las islas griegas llevan estos adornos; y por grande que sea su pobreza, jamás se desprenden de ellos, porque en los climas donde el sentimiento de la belleza es

cobre, pequeña moneda del pueblo de Nápoles, bastaban para mi gasto diario. Jamás había comprendido como entonces cuán independiente es la felicidad del lujo, y me persuadí de que se compra más con moneda de cobre que con una bolsa de oro cuando se sabe hallarlo donde Dios lo ha ocultado.

XIV

Así viví durante los últimos meses del otoño y los primeros del invierno. El brillo y la serenidad de estos meses en Nápoles, los hacen confundir con los que los han precedido. Nada turbaba la monótona tranquilidad de nuestra vida. El anciano y su nieto no se aventuraban ya en plena mar á causa de las frecuentes borrascas, y continuaban pescando á lo largo de la costa; su pescado, vendido en la marina por la vieja, bastaba á satisfacer ampliamente las necesidades de su vida.

Graciela se perfeccionaba en su arte, crecía y

se embellecía mucho más con la vida dulce y sedentaria que hacía desde que trabajaba el coral. Su salario, que le llevaba su tío los domingos, le permitía, no solamente tener á sus hermanitos más limpios y mejor vestidos y enviarlos á la escuela, sino también proporcionar á su abuela y á sí misma algunos vestidos y adornos más ricos y elegantes, peculiares á las mujeres de su isla; pañuelos de seda encarnada para atárselos al cuello, dejando caer á la espalda una de sus puntas en forma de largo triángulo; zapatos sin tacón que sólo aprisionan los dedos del pié, bordados de lentejuelas de plata; corpiños de seda rayada de negro y de verde. Esta prenda de ropa, guarnecida por las costuras, cae abierta sobre las caderas y deja ver por delante la finura del talle y los contornos del cuello adornado con collares; en fin, grandes zarcillos cincelados donde los hilos de oro se entrelazan con el polvo de las perlas. Las mujeres de las islas griegas llevan estos adornos; y por grande que sea su pobreza, jamás se desprenden de ellos, porque en los climas donde el sentimiento de la belleza es

más vivo que debajo de nuestro cielo, y donde la vida no es mas que el amor, el adorno no es un lujo à los ojos de la mujer, sino que es su primera y única necesidad.

XV

Cuando vestida así Graciela los domingos y días de fiesta salía de su habitación al terrado con algunas flores de granado ó de adelfa al lado de la cabeza entre sus cabellos negros; cuando al escuchar el sonido de las campanas de la capilla vecina pasaba y volvía à pasar delante de mi ventana como un pavo que mira su sombra al sol; cuando arrastraba lánguidamente sus piés aprisionados en sus babuchas esmaltadas mirándolas, y después levantaba su cabeza con una ondulación habitual de cuello para hacer flotar el pañuelo de seda sobre su cuello y sus hombros; cuando advertía que yo la miraba, se ruborizaba un poco como si se avergonzara de ser tan bella; había momentos en que el nuevo brillo de su hermo-

sura me sorprendía de tal modo, que creía verla por primera vez, y mi familiaridad ordinaria con ella se cambiaba en una especie de timidez y de desvanecimiento.

Empero ella se cuidaba tan poco de deslumbrar, y su instinto natural de adorno estaba tan exento de todo orgullo y de toda coquetería, que en cuanto terminaban las santas ceremonias se apresuraba à despojarse de sus ricos adornos y à ponerse el vestido de indiana de rayas coloradas y negras, y calzar sus piés con las chinelas de tacón de madera blanca que resonaban todo el día sobre el terrado, como las babuchas de las mujeres esclavas del Oriente.

Cuando sus jóvenes amigas no venían à buscarla, ó su primo no venía à acompañarla à la iglesia, yo era generalmente el que la conducía y la esparaba sentado sobre las gradas del peristilo. À su salida oía yo con una especie de orgullo personal, como si hubiese sido mi hermana ó mi novia, los murmullos de admiración que su graciosa figura excitaba entre sus compañeras y entre los jóvenes marineros de los muelles de la

Margellina. Pero ella no escuchaba nada, y no viendo á nadie mas que á mí entre la multitud, se sonreía desde que me columbraba desde lo alto del primer escalón; se persignaba con sus dedos mojados en agua bendita, y bajaba modestamente, con los ojos humillados, las gradas á cuyo pié estaba yo esperándola.

Así es como en los días festivos la llevaba por la mañana y las tardes á las iglesias, única y piadosa diversión que conocía y amaba. En esos días procuraba yo que mi traje se asemejara todo lo posible al de los jóvenes marineros de la isla, á fin de que mi presencia no llamase la atención de nadie y pudieran tomarme por un hermano ó pariente de la joven á quien acompañaba.

En los demás días no salía Graciela, y por lo que á mi toca había vuelto á adoptar poco á poco mi vida de estudio y mis hábitos solitarios, distraído solamente por la dulce amistad de Graciela y por mi adopción en su familia. Leía los historiadores y los poetas de todas las lenguas; me ensayaba en escribir, una veces en italiano y otras en francés, tan pronto en prosa como en

verso, esas primeras impresiones del alma que parecen pesar sobre el corazón hasta que la palabra le alivia de ellas expresándolas.

Es indudable que la palabra es la única predestinación del hombre y que ha sido creada para dar vida á los pensamientos como el árbol para dar vida al fruto. El hombre se atormenta hasta que saca afuera lo que le trabaja interiormente. Su palabra escrita es como un espejo de que tiene necesidad para conocerse á si mismo y para asegurarse de que existe. Mientras no se ha visto en sus obras, no se siente completamente vivo. El espíritu tiene su pubertad como el cuerpo.

Yo me hallaba en esa edad en que el alma necesita alimentarse y multiplicarse por medio de la palabra; pero, como acontece siempre, el instinto se producía en mí antes de la fuerza. Luego que había escrito, me sentía descontento de mi obra y la rechazaba con disgusto. ¡Cuántas veces el viento y las olas del mar de Nápoles se llevaron y sepultaron por la mañana los girones de mis ideas y de mis pensamientos de la noche,

que rasgaba yo mismo sin pesar y los echaba á volar lejos de mí!

XVI

ALERE FLAMMAM
-VERITATIS

Algunas veces Graciela, viéndome encerrado y silencioso más tiempo que de costumbre, entraba furtivamente en mi aposento para arrancarme de mis lecturas ó de mis ocupaciones. Acercábase sin hacer ruido por detrás de mi silla, se empinaba sobre las puntas de los piés para mirar por encima de mis hombros, sin comprenderlo, lo que leía ó escribía; luego, en un movimiento repentino, me quitaba el libro ó me arrancaba la pluma de los dedos y echaba á correr. Perseguíala yo por el terrado, hacía que me enfadaba y ella se reía; perdonábala yo de buen grado, pero me reprendía seriamente como hubiera podido hacer una madre.

— ¿Qué dice hoy ese libro á los ojos de usted durante tanto tiempo? murmuraba con cierta impaciencia mezclada de enojo. ¿Jamás acabarán de

hablarle esas líneas negras de ese papel tan viejo? ¿No sabe usted bastantes historias para contar-noslas los domingos y todas las noches del año, como la que tanto me ha hecho llorar en Prócida? ¿Y á quién escribe usted por la noche esas cartas largas que arroja por las mañanas al viento del mar? ¿No conoce usted que se perjudica y que se pone muy pálido y distraído cuando escribe ó lee por mucho tiempo? ¿No es mejor hablar conmigo, que le miro á usted, que hablar días enteros con esas palabras ó con esas sombras que no le escuchan? ¡Oh, Dios mío! ¡Que no tuviera yo tanto talento como esas hojas de papel para hablarle todo el día y decirle todo lo que me preguntase sin necesidad de estropearse la vista y consumir todo el aceite de su lámpara!

Ocultábame entonces mi libro y mis plumas, me traía mi capote y mi gorro de marinero y me obligaba á salir para distraerme. ®

Obedecíala yo murmurando, pero amándola.

CAPÍTULO CUARTO

I

Salía yo á dar largos paseos por la ciudad, por los muelles y por el campo; pero estos paseos solitarios no eran tristes como los primeros días de mi regreso á Nápoles. Yo gozaba deliciosamente de los espectáculos, de la ciudad, de la costa, del cielo y de las aguas. El momentáneo sentimiento de mi aislamiento no me abrumaba ya; me recogía en mí mismo y reconcentraba las fuerzas de mi corazón y de mi pensamiento. Sabía que ojos y pensamientos amigos me seguían por aquellos desiertos, y que á la vuelta me esperaban corazones que me querían.

No era ya el pájaro que pía alrededor de los nidos extraños, según la expresión de la vieja,

sino el pájaro que se ensaya en volar á largas distancias de la rama que le sustenta, pero que sabe el camino para volver á ella. Todo el cariño que tenía á mi amigo ausente había refluído sobre Graciela. Este mismo sentimiento tenía algo de más vivo y tierno que el que me adhería á él, pareciéndome deber el uno al hábito y á las circunstancias, al paso que el otro había nacido de mí mismo y lo había conquistado por mi propia elección.

No era aquello amor, pues yo no sentía la agitación, ni los celos, ni la preocupación apasionada, sino una calma deliciosa en vez de una fiebre dulce del alma y de los sentidos. Yo no pensaba en amar ni ser amado de otra manera. Yo no sabía si ella era un compañero, un amigo, una hermana ú otra cosa para mí; sabía solamente que era feliz con ella y que ella lo era conmigo.

Yo no deseaba más, absolutamente más. No me encontraba en esa edad en que analizamos lo que sentimos para darnos una vana definición de nuestra felicidad. Bastábame estar tranquilo y

ser dichoso sin saber de qué y por qué. La vida en común y el pensamiento dividido en dos, estrechaban cada día la inocente y dulce familiaridad entre nosotros, tan pura ella en su abandono como tranquilo yo en mi indiferencia.

II

Tres meses hacía que era yo de la familia, que habitaba el mismo techo, y que formaba, por decirlo así, parte de su pensamiento; la misma Graciela se había acostumbrado tanto á mirarme como inseparable de su corazón, que tal vez no se apercibía de todo el lugar que yo ocupaba en él. No tenía conmigo ese temor, esa reserva y ese pudor que median en las relaciones de una doncella y un joven, y que frecuentemente hacen nacer el amor de las mismas precauciones que se toman para preservarse de él. Ella no sospechaba, y yo mismo apenas lo advertía, que sus puras gracias de niña, desarrolladas ya en muy pocos días más, en todo el brillo de una madurez pre-

coz, convertían su belleza cándida en un poder para ella, en una admiración para todos, y en un peligro para mí. Empero no se tomaba el menor cuidado por ocultarlas ó adornarlas á mis ojos, ni pensaba en esto más que una hermana piensa en si es hermosa ó fea á los ojos de su hermano. No ponía en sus cabellos una flor de más ó de menos por causa mía, ni se calzaba con más frecuencia sus piés desnudos cuando vestía por las mañanas á sus hermanitos sobre el terrado al sol, ó ayudaba á su abuela á barrer las hojas secas caídas sobre el techo. Entraba á todas horas en mi cuarto, siempre abierto, y se sentaba tan inocente como Beppino en la silla que había al pié de mi cama.

Yo mismo pasaba los días de lluvia horas enteras solo con ella en la estancia contigua, donde dormía con los niños y trabajaba el coral. Ayudábale yo hablando y jugando en su oficio, que ella me enseñaba. Menos diestro, pero más fuerte que ella, lograba desvastar los pedazos de coral. De este modo hacíamos doble tarea y en un día ganaba doble salario.

Por las noches, al contrario, cuando los niños y la familia se acostaban, ella era la discípula y yo el maestro. Yo la enseñaba á leer y á escribir, haciéndola deletrear en mis libros, y llevándola la mano para enseñarla á trazar las letras, pues como su primo no podía venir todos los días, yo era quien le reemplazaba. Bien fuese que aquel joven contrahecho y cojo no inspirase á su prima bastante atractivo y respeto, á pesar de su dulzura, de su paciencia y de la gravedad de sus modales, bien fuese que tuviese ella misma demasiadas distracciones en las horas de lección, el resultado es que hacía menos progresos con él que conmigo. La mitad de la noche de estudio se pasaba en jugar, en reír y en remedar al pedagogo; el pobre joven estaba demasiado enamorado de su discípula y era demasiado tímido para atreverse á reñirla; antes bien hacía cuanto ella quería á trueque de no verla fruncir el ceño ni hacer con sus labios el mohín de costumbre. Generalmente la hora destinada á leer se pasaba en limpiar los granos de coral, en devanar la lana para la rueca de la abuela ó en componer las

mallas de las redes de Beppo. Todo estaba bien para él siempre que al marcharse le sonriera Graciela con complacencia y le dijese *addio* con un sonido de voz que quería decir: « hasta la vista. »

III

Conmigo, por el contrario, la lección era siempre seria y muchas veces se prolongaba hasta que nuestros ojos se ponían pesados con el sueño. Veíase por su cabeza inclinaba, por su cuello estirado y por la inmovilidad atenta de su actitud y de su fisonomía que la pobre niña hacía todos sus esfuerzos por aprender y dar gusto á su maestro. Apoyaba su codo sobre mi hombro para leer en el libro donde mi dedo trazaba la línea y le indicaba la palabra que había de pronunciar. Cuando escribía apoyaba sus dedos en mi mano para guiar á medias su pluma.

Si cometía alguna equivocación la reñía con aire severo, pero la pobre no respondía y sólo se

impacientaba contra sí misma. Veíala algunas veces dispuesta á llorar; pero entonces dulcificaba yo la voz y la estimulaba á empezar de nuevo. Si por el contrario había leído y escrito bien, se veía que ella misma buscaba su recompensa en mi aplauso. Volvíase hacia mi ruborizada y radiantes de alegría su frente y sus ojos, más envanecida con el placer que me proporcionaba que con su pequeño triunfo.

Yo la recompensaba leyéndola algunas páginas de *Pablo y Virginia*, que prefería á todo, ó algunas bellas estrofas del Tasso cuando describe la vida campestre de los pastores entre quienes habita Herminia, ó canta las quejas ó la desesperación de los dos amantes. La música de aquellos versos la hacía llorar y meditar mucho tiempo después de haber cesado en la lectura. La poesía no tiene eco más sonoro y prolongado que el corazón de la juventud donde va á nacer el amor. Ella es como el presentimiento de todas las pasiones y más adelante como su recuerdo y su luto. De este modo nos hace llorar en las dos

épocas extremas de la vida; cuando jóvenes, de esperanzas, y cuando viejos, de sentimiento.

IV

La encantadora familiaridad de aquellas largas y dulces noches á la luz de la lámpara y al suave calor del brasero, no producian jamás entre nosotros otros pensamientos y otra intimidad que la intimidad de niños. Estábamos defendidos, yo por mi indiferencia casi fría, y ella por su candor y su pureza; así es que nos separábamos tan tranquilos como nos habíamos reunidos, y un momento después de aquellas largas conversaciones dormíamos bajo un mismo techo á muy pocos pasos uno de otro, como dos niños que han jugado juntos por la noche y no sueñan nada más allá de sus simples distracciones. Esta calma de sentimientos que se ignoran y se alimentan por sí mismos, hubiera durado años enteros sin una circunstancia que cambió todo, y nos reveló á

nosotros mismos la naturaleza de una amistad que nos bastaba para ser tan felices.

V

Cecco, este era el nombre del primo de Graciela, continuaba viniendo con más asiduidad de día en día á pasar las noches de invierno en compañía de la familia del *marinero*. Aunque la joven no le daba ninguna muestra de preferencia, antes bien era el objeto habitual de sus burlas, el pobre Cecco se presentaba á ella tan dulce, tan sufrido y tan humilde, que ella no podía menos de agradecer su comportamiento y manifestarle esta gratitud por medio de una sonrisa. Esto le bastaba á él, pues pertenecía á esta clase de hombres dotados de corazón débil, pero amantes, que sintiéndose desheredados por la naturaleza de las cualidades que hacen que seamos amados, se contentan con amar sin correspondencia, y se entregan como esclavos voluntarios al servicio ya que no á la felicidad de la mujer á quien some-

ten su corazón. Compadecemos á esta clase de hombres, pero no podemos menos de admirarlos. Amar para ser amado, es propiedad del hombre, pero amar por sólo amar, es casi propiedad de los ángeles.

VI

Bajo las facciones más desgraciadas habia algo de angelical en el amor de Cecco. Asi es, que lejos de humillarse ó llenarse de envidia por las familiaridades ó deferencias de que era yo objeto á sus ojos por parte de Graciela, me amaba porque ella me amaba. En el afecto de su prima no pedía él el primer lugar ni menos el único, sino el segundo ó el último: cualquiera cosa le bastaba, y para agradarla un momento, para obtener una mirada suya de complacencia, un gesto y una palabra graciosa, habria venido á buscarme al fondo de la Francia y llevarme á presencia de la mujer que á él me preferia. Aun creo que me hubiera

aborrecido si hubiera causado pesadumbre á su prima.

Su orgullo estaba cifrado en ella como su amor, y acaso también, frío en lo interior, reflexivo, sensato y metódico, tal como Dios y su enfermedad lo habían hecho, calculaba instintivamente que mi imperio sobre las inclinaciones de su prima no sería eterno; que una circunstancia cualquiera, pero inevitable, nos separaría; que yo era extranjero, de país lejano, de condición y fortuna claramente incompatibles con la de la hija de un marinero de Prócida; que el día menos pensado se rompería la intimidad entre su prima y yo del mismo modo que se había formado; que entonces se quedaría sola, abandonada, desolada; que esa desesperación ablandaría su corazón, y se lo daría destrozado, pero todo entero. Este papel de consolador y de amigo era el único á que podía aspirar; pero su padre tenía con respecto á él otro pensamiento y otros proyectos.

VII

Conociendo la inclinación de Cecco á su sobrina venia á verla de vez en cuando. Admirado de su hermosura, de sus virtudes y de los rápidos progresos que hacía en el ejercicio de su arte, en la lectura y en la escritura; pensando por otra parte que las desgracias de la naturaleza no permitían á Cecco aspirar á otras ternuras que á las de conveniencia y de familia, había resuelto casar á su hijo con su sobrina. Su fortuna, bastante considerable para un artesano, le permitía mirar su pretensión como un favor que Andrés, su esposa y Graciela no pensarían siquiera en resistir. Sea que hubiese hablado de su proyecto á Cecco, sea que hubiese ocultado su pensamiento para sorprenderle con su felicidad, resolvió explicarse.®

VIII

La vispera de Navidad entré más tarde que de costumbre á ocupar mi puesto en la mesa para cenar con la familia. Observé alguna frialdad y alguna turbación en la fisonomía evidentemente afectada de Andrés y su mujer. Fijando los ojos en Graciela vi que había llorado. La serenidad y la alegría eran tan habituales en su rostro, que aquella expresión insólita de tristeza la cubría como con un velo material. Hubiérase dicho que la sombra de sus pensamientos y de su corazón se había esparcido sobre sus facciones. Yo quedé petrificado y mudo, no atreviéndome á preguntar á aquellas pobres gentes ni á hablar á Graciela, temeroso de que el solo sonido de mi voz hiciera estallar su corazón que apenas podía contenerse.

Contra su costumbre, ella no me miraba. Con mano distraída llevaba los pedazos de pan á su boca y hacía como que comía; pero no podía y echaba el pan debajo de la mesa. Antes de con-

cluir la cena tomó el pretexto de acostar á los niños y los llevó á su cuarto, donde se encerró sin decir adios á sus abuelos ni á mí, y nos dejó solos.

Cuando ella salió del comedor, pregunté al pescador y á su mujer la causa de la seriedad que en ellos notaba, así como de la tristeza de su nieta. Entonces me contaron que el padre de Cecco había venido aquella mañana y pedido su nieta en matrimonio para su hijo; que esta era una gran felicidad para la familia; que Cecco tenía bienes; que Graciela, que era tan buena, se llevaría consigo y educaría á sus dos hermanitos como hijos propios; que de este modo verían ellos asegurada su ancianidad contra la miseria; que ellos habían consentido llenos de agradecimiento en aquella boda; que habían hablado de esto á Graciela, la cual no había contestado nada por timidez y modestia; que su silencio y sus lágrimas eran efecto de su sorpresa y de su emoción, pero que todo eso pasaría como una mariposa sobre una flor, y por último, que el padre de Cecco y ellos habían acordado celebrar las bodas después de las fiestas de Navidad.

IX

Aunque siguieron hablando, hacía ya largo rato que yo no los escuchaba. Yo no me había dado cuenta á mí mismo de la clase de cariño que tenía á Graciela. No sabía como la amaba; si era por efecto de una simple intimidad, de amistad, de amor ó de hábito, ó eran todos estos sentimientos reunidos los que componían mi inclinación á ella. Empero la idea de ver repentinamente cambiadas todas aquellas dulces relaciones de la vida y del corazón que se habían establecido y como cimentado sin saberlo entre ella y yo; el pensamiento de que iban á arrebatármela para darla de repente á otro; que de compañera y hermana mía que era á la sazón, iba á hacerse extraña é indiferente para conmigo; que se ausentaría de aquellos sitios; que ya no la vería á todas horas; que tampoco oiría su voz llamarme; que no leería ya en sus ojos aquel rayo siempre fijo en mí, de luz acariciadora y tierna que alumbraba

dulcemente mi corazón y que me recordaba á mi madre y á mis hermanas; el vacío y la noche profunda que me figuraba á mi alrededor desde el momento en que su marido la llevara á otra casa; aquella estancia donde ya no dormiría; mi aposento donde no entraría; aquella mesa donde no la vería ya sentada; aquel terrado donde no oiría ya el ruido de sus piés desnudos ó de su voz al despertarme por las mañanas; aquellas iglesias adonde ya no la acompañaría los domingos; aquella barca donde quedaría vacante su puesto, y donde ya no hablaría sino con el viento y las olas; las imágenes agolpadas y confundidas de todas aquellas dulces costumbres de nuestra vida pasada, que asaltaban á la vez mi pensamiento y se desvanecían de repente para dejarme como en un abismo de soledad y de nada; todo esto me hizo sentir por primera vez lo que era para mí la compañía de aquella joven, y me mostró harto claramente que amor ó amistad, el sentimiento que me adhería á ella era más fuerte de lo que yo creía, y que el encanto, desconocido aun para mí mismo, de mi vida salvaje en Nápoles, no era

el mar, ni la barca, ni la humilde estancia que ocupaba en aquella casa, ni el pescador, ni su mujer, ni Beppo, ni los niños, sino un solo sér; y que, en cuanto desapareciera de la casa este sér, desaparecería todo á un tiempo para mí. Faltando ella á mi vida presente, nada me quedaba. Así lo experimenté, y este sentimiento confuso hasta entonces y que jamás me había confesado, descargó sobre mí tal golpe, que se estremeció todo mi corazón y experimenté algo de lo infinito del amor por lo infinito de la tristeza en que mi corazón se hallaba sumergido.

X

Me encerré taciturno y triste en mi aposento y me eché vestido en mi cama. Quise leer, escribir, pensar, distraerme con algún trabajo de espíritu penoso capaz de dominar mi agitación; pero todo fué inútil. La agitación interior era tan fuerte que no pude tener dos pensamientos, y la misma prostración de mis fuerzas me impedía reconciliar

el sueño. Jamás la imagen de Graciela se me había presentado hasta entonces tan encantadora y tan obstinada delante de mis ojos. Yo gozaba con aquella imagen como con una cosa que se ve todos los días y cuya dulzura no se conoce sino al perderla. Su misma belleza no era nada para mí hasta aquel día, porque confundía la impresión que experimentaba con el efecto de la amistad que mutuamente nos profesábamos. Ignoraba yo que mi cariño tuviese nada de particular, y no sospechaba tampoco la menor pasión en su ternura.

Pero ¿qué más? aun en aquella larga noche de insomnio no acertaba á darme cuenta exacta de todo esto, porque todo era confuso en mi dolor y en mis sensaciones. Hallábame como un hombre aturdido por un golpe repentino, que no sabe todavía dónde tiene el dolor porque lo siente en todo su cuerpo.

Abandoné mi cama antes que se sintiese el menor ruido en la casa. No sé que instinto me impelía á alejarme por espacio de algún tiempo, como si mi presencia pudiera turbar en seme-

jantes momentos el santuario de aquella familia, cuya suerte se agitaba de aquella manera delante de un extranjero.

Sali advirtiendo à Beppo que no volvería hasta dentro de algunos días, y tomé à la ventura la dirección que me trazaron mis primeros pasos. Seguí los largos muelles de Nápoles, la costa de *Resina*, de *Portici*; el pié del Vesubio y tomé guías en *Torre del Greco*; me acosté sobre una piedra à la puerta de la ermita de *San Salvatore*, en los confines donde acaba la naturaleza habitada y empieza la región del fuego. Como el volcán estaba hacía algún tiempo en ebullición y lanzaba à cada sacudimiento nubes de ceniza y de piedras que durante la noche oíamos rodar hasta el barranco de lava, que está al pié de la ermita, mis guías no quisieron acompañarme más lejos. Subí yo solo y trepé penosamente al último cono apoyando mis piés y mis manos en una ceniza espesa y abrasadora que se hundía bajo el peso del cuerpo. El volcán rugía y tronaba por momentos. Las piedras calcinadas y todavía rojas llovían à mi alrededor apagándose en la ceniza.

Llegué hasta la orilla extrema del cráter, y allí me senté. Vi levantarse el sol sobre el golfo, sobre el campo y sobre la brillante ciudad de Nápoles. Yo me mostré insensible y frío à ese espectáculo que tantos viajeros vienen à admirar desde mil leguas, porque en aquella inmensidad de luz, de mares, de costas y de edificios, heridos por el sol, no buscaba más que un punto blanco en medio del verde oscuro de los árboles, en la extremidad de la colina del Pausilippo, donde creía distinguir la cabaña de Andrés. Por más que mire el hombre y abarque el espacio con su vista, la naturaleza entera no se compone para él sino de dos ó tres puntos sensibles à los que refluye toda su alma. Quitad de la vida el corazón que os ama, ¿qué queda en ella? lo mismo sucede con la naturaleza. Borrada de ella el sitio y la casa que buscan vuestros pensamientos ó pueblan vuestros recuerdos, y no quedará más que un vacío brillante, donde la mirada se sumerge sin hallar fondo ni descanso. Después de esto, ¿nos admiraremos de que las sublimes escenas de la creación sean contempladas de tan

diversa manera por los viajeros? Cada uno de ellos lleva consigo su punto de vista. Una nube sobre el alma cubre y descolora más la tierra que una nube sobre el horizonte. El espectáculo está en el espectador. Así lo experimenté.

XI

Yo lo miré todo y no vi nada. En vano descendí como un insensato agarrándome á los pedazos de lava fría hasta el fondo del cráter. En vano salvé las grietas profundas cuyo humo y llamas rastroas me ahogaban y quemaban. En vano contemplé los grandes campos de azufre y de sal cristalizados, que se asemejaban á ventisqueros iluminados por aquellas bocanadas de fuego. Permaneci tan frío á la admiración como al peligro. Mi alma estaba en otra parte y en vano quería separarla de allí.

Por la tarde bajé á la ermita y despedí á mis guías, atravesé las ruinas de Pompeya y pasé un día entero paseándome por las calles desiertas

de la ciudad sepultada. Aquel sepulcro abierto después de dos mil años y restituyendo á la luz del sol sus calles, sus monumentos y sus artes, me dejó tan insensible como el Vesubio. Hacía tantos siglos que el viento de Dios había barrido el alma de aquella ceniza, que ya no me hablaba al corazón. Bajo mis plantas hollaba yo aquel polvo de hombres en las calles de lo que fué su ciudad, con tanta indiferencia como los montones de conchas vacías arrolladas por el mar sobre sus orillas. El tiempo es un gran mar que se desborda como el otro mar y arrastra y confunde nuestros restos. No podemos llorar á todos. Cada hombre tiene sus dolores y cada siglo su compasión y esto basta.

Al dejar á Pompeya penetré en las gargantas de las espesas montañas de Castellamare y de Sorrento.

Allí viví algunos días, yendo de pueblo en pueblo, y hacia que me guiaran los cabreros á los sitios más afamados de sus montañas. Me tomaban por un pintor que estudiaba puntos de vista, porque de vez en cuando escribía algunas notas

en un librito de dibujo que mi amigo me había dejado. Yo no era más que un alma errante que divagaba por el campo para gastar los días. Todo me faltaba. Me faltaba á mí mismo. Así es que no pude continuar más tiempo aquel género de vida, y cuando pasaron las fiestas de Navidad y también ese primer día del año que los hombres festejan como para seducir y amansar el tiempo con alegrías y coronas, como un huésped severo á quien se quiere enternecer, me apresuré á regresar á Nápoles. Entré de noche en la ciudad, fluctuando entre la impaciencia de volver á ver á Graciela y el temor de saber que ya no la vería. Me detuve veinte veces y me sentaba al borde de las barcas al aproximarme á la Margellina.

Á pocos pasos de la casa encontré á Beppo, el cual lanzó un grito de alegría al verme y se lanzó á mi cuello como un hermano. Me llevó á su barca y me contó lo que había pasado en mi ausencia.

Todo había cambiado en la casa. Graciela no hacía más que llorar desde que yo partí. No se sentaba á la mesa para comer. No trabajaba ya el

coral. Pasaba todos sus días encerrada en su cuarto sin querer responder cuando la llamaban, y todas sus noches paseándose por el terrado. Decían en la vecindad que estaba loca ó *innamorata*; pero él sabía que esto no era verdad.

Todo el mal provenía decía el niño, de que querían casarla con Cecco, á quien ella no amaba. Beppino lo había visto y oído todo. El padre de Cecco venía todos los días á pedir una respuesta á los abuelos de Graciela, y éstos no cesaban de atormentarla para que diese al fin su consentimiento; pero ella no quería siquiera oír hablar de esto, y decía que antes huiría á Ginebra, lo cual para el pueblo católico de Nápoles equivalía á decir: « Antes me haré renegado », amenaza peor que la del suicidio, pues equivale al suicidio eterno del alma. Andrés y su mujer, que adoraban á Graciela, se desesperaban al ver su resistencia, y perdían sus esperanzas de establecerla como ellos querían. Rogábanla y la instaban por sus canas; la hablaban de su vejez, de su miseria y del porvenir de los dos niños. Entonces Graciela se enternecía y recibía algo mejor al pobre Cecco,

que venia á sentarse humildemente por las tardes á la puerta de la estancia de su prima y á jugar con los niños. Al despedirse la decia *adios* al través de la puerta, pero raras veces le respondia ella una sola palabra. Él se iba descontento, pero resignado y volvia al día siguiente siempre el mismo.

— Mi hermana hace muy mal, decia Beppino. ¡Cecco la ama tanto y es tan bueno! ¡Seria tan feliz con él!

En fin, esta tarde, añadió, se ha dejado vencer por las súplicas de mi abuelo y mi abuela y por las lágrimas de Cecco. Ha abierto un poco la puerta, le ha alargado la mano y puesto una sortija en su dedo, prometiéndole que mañana se casará con él. ¿Pero quién sabe si mañana tendrá otro capricho? ¡Ella, que era tan amable y tan alegre! ¡Dios mio! ¡qué cambio! ¡Oh, usted no la conocería!

XII

Beppino se acostó en la barca, y enterado yo por él de cuanto había pasado, entré en la casa.

Andrés y su esposa estaban solos en el *astrico*; recibíeronme afectuosamente, pero me dirigieron tiernas reconvenciones por mi ausencia tan prolongada y me contaron sus penas y sus esperanzas con respecto á Graciela.

— Si usted hubiera estado aquí, me dijo Andrés, usted á quien ella ama tanto y jamás dice no, nos hubiera servido de mucho. ¡Cuánto nos alegramos de verle! Mañana se celebrará la boda y usted asistirá á ella, porque su presencia nos ha traído siempre la felicidad.

Un calofrío recorrió todo mi cuerpo al oír estas palabras. Cierta presentimiento me decia que la desgracia de aquellas pobres gentes había de provenir de mí. Yo deseaba y temia ver á Graciela; así es que procuraba hablar alto á sus abuelos y pasé varias veces por delante de su puerta como

quien no quiere llamar y desea ser oído. Ella permaneció sorda, muda y no pareció. Entré en mi aposento y me acosté. Cierta calma que produce siempre en el alma agitada la cesación de la duda y toda certidumbre, aunque sea de la desgracia, se apoderó al fin de mi espíritu. Caí sobre mi cama como un peso inerte y sin movimiento. El cansancio de los pensamientos y de los miembros me sumergió pronto en sueños confusos y después en el anonadamiento del estupor.

XIII

Por dos ó tres veces durante la noche medio desperté. Era una de esas noches de invierno, más raras, pero más siniestras también que en otra parte en los climas cálidos y á orillas del mar. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, y penetraban por las rendijas de mis ventanas como las guiñadas de un ojo de fuego que se reflejaban sobre las paredes de mi cuarto. El viento aullaba como jaurías de perros hambrien-

tos. Los golpes sordos de una mar pesada sobre la playa de la Margellina hacían resonar toda la costa como si hubiesen arrojado en ella pedazos de roca.

Mi puerta temblaba y batía al soplo del viento. Por dos ó tres veces me pareció que se abría y se cerraba por sí misma, y que oía gritos ahogados y sollozos humanos en los silbidos de la tempestad. Hasta una vez creí haber oído resonar mis palabras y pronunciar mi nombre por una voz lastimera que pedía socorro. Me incorporé en la cama y ya no oí nada: creí que la tempestad, la fiebre y los sueños me absorbían en sus ilusiones y volví á caer en el letargo.

Por la mañana la tempestad había sido reemplazada por un sol brillante. Despertáronme los gemidos verdaderos y los gritos de desesperación del pobre pescador y de su mujer que se lamentaban amargamente en el umbral de la puerta de Graciela. La pobre muchacha había huido durante la noche, y antes de partir había despertado y abrazado á sus hermanitos, haciéndoles señas de que callasen. Sobre la cama había dejado sus me-

jores vestidos, sus pendientes, sus collares y el poco dinero que poseía.

El viejo tenía en la mano un pedazo de papel mojado con algunas gotas de agua, el cual había hallado prendido con un alfiler en la cama. Contenía cinco ó seis líneas que desolado me rogó leyese. Cogi el papel y no pude comprender más que estas palabras escritas con mano trémula en el acceso de la fiebre y las cuales me costó trabajo descifrar. « He prometido demasiado... una voz me dice que esto es más fuerte que yo... perdónenme ustedes, mis queridos abuelos. Prefiero encerrarme en un convento. Consuelen ustedes á Cecco y al señor. Yo pediré á Dios por él y por los niños. Dénles ustedes todo lo que tengo y devuelvan la sortija á Cecco..... »

Á la lectura de estas líneas toda la familia se deshizo otra vez en lágrimas. Los niños, todavía desnudos, oyendo que su hermana había partido para siempre, mezclaban sus gritos con los gemidos de los dos viejos y corrían por toda la casa llamando á Graciela.

XIV

El billete se cayó de mis manos; al querer recogerle, vi en el suelo debajo de mi puerta una flor de granado que yo había admirado el último domingo en los cabellos de Graciela, y la medallita de devoción que llevaba siempre en su seno y que pocos meses antes había prendido en la cortina de mi cama durante mi enfermedad. Ya no dudé de que mi puerta se había abierto y cerrado efectivamente durante la noche, y de que las palabras y los sollozos sofocados que había creído oír y tuve por los quejidos del viento, eran los adioses y los sollozos de la pobre niña. Un espacio seco en el umbral exterior de mi aposento, en medio de los vestigios de lluvia que cubrían todo el resto del terrado, atestiguaba que la joven se había sentado allí durante la tempestad, que había pasado su última hora quejándose y llorando, acostada ó arrodillada sobre aquella piedra. Yo

jores vestidos, sus pendientes, sus collares y el poco dinero que poseía.

El viejo tenía en la mano un pedazo de papel mojado con algunas gotas de agua, el cual había hallado prendido con un alfiler en la cama. Contenía cinco ó seis líneas que desolado me rogó leyese. Cogi el papel y no pude comprender más que estas palabras escritas con mano trémula en el acceso de la fiebre y las cuales me costó trabajo descifrar. « He prometido demasiado... una voz me dice que esto es más fuerte que yo... perdónenme ustedes, mis queridos abuelos. Prefiero encerrarme en un convento. Consuelen ustedes á Cecco y al señor. Yo pediré á Dios por él y por los niños. Dénles ustedes todo lo que tengo y devuelvan la sortija á Cecco..... »

Á la lectura de estas líneas toda la familia se deshizo otra vez en lágrimas. Los niños, todavía desnudos, oyendo que su hermana había partido para siempre, mezclaban sus gritos con los gemidos de los dos viejos y corrían por toda la casa llamando á Graciela.

XIV

El billete se cayó de mis manos; al querer recogerle, vi en el suelo debajo de mi puerta una flor de granado que yo había admirado el último domingo en los cabellos de Graciela, y la medallita de devoción que llevaba siempre en su seno y que pocos meses antes había prendido en la cortina de mi cama durante mi enfermedad. Ya no dudé de que mi puerta se había abierto y cerrado efectivamente durante la noche, y de que las palabras y los sollozos sofocados que había creído oír y tuve por los quejidos del viento, eran los adioses y los sollozos de la pobre niña. Un espacio seco en el umbral exterior de mi aposento, en medio de los vestigios de lluvia que cubrían todo el resto del terrado, atestiguaba que la joven se había sentado allí durante la tempestad, que había pasado su última hora quejándose y llorando, acostada ó arrodillada sobre aquella piedra. Yo

recogi la fior de granado y la medalla y las oculté en mi seno.

Aquellas pobres gentes en medio de su desesperación se complacían en verme llorar con ellas. Hice lo que pude para consolarlos y convinimos en que si encontraban á su hija no le volverían á hablar de Cecco. El mismo Cecco, á quien Beppo había ido á buscar, fué el primero en sacrificarse por la paz de aquella casa y por la vuelta de su prima. Por grande que fuera su desesperación se creía que era feliz con sólo haber visto escrito con ternura su nombre en el billete, y que hallaba una especie de consuelo en esa misma despedida que causaba su desesperación.

— Ha pensado en mí, decía, y se enjugaba los ojos. Convinimos todos en no descansar hasta dar con las huellas de la fugitiva.

Cecco y su padre salieron apresuradamente para ir á informarse de los numerosos conventos de monjas de la ciudad. Beppo y la abuela corrieron á casa de todas las jóvenes amigas de Graciela, á quienes suponían enteradas de su proyecto y de su fuga. Yo, como extranjero, me encargué de

visitar los muelles, los puertos de Nápoles y las puertas de la ciudad para preguntar á los guardas, á los capitanes de buque y á los marineros, por si alguno de ellos había visto á una joven procitana salir de la ciudad y embarcarse aquella mañana.

Pasamos el día en inútiles pesquisas y volvimos todos silenciosos y tristes á la casa para contarnos mutuamente los pasos que habíamos dado y para acordar de nuevo lo que debería hacerse. Nadie, excepto los niños, tuvo fuerzas para llevarse un pedazo de pan á la boca. Andrés y su mujer se sentaron desolados delante de la puerta del cuarto de Graciela. Beppino y Cecco volvieron á recorrer sin esperanza las calles y las iglesias, que se abren por las noches en Nápoles para rezar el rosario.

Yo salí solo detrás de ellos y tomé tristemente, á la ventura, el camino que conduce á la gruta del Pausilippo. Pasé la gruta y fui hasta las ori-

llas del mar, que baña la pequeña isla de Lisida.

Desde la plaza dirigí la vista á Prócida, que se ve blanquear desde allí como la concha de una tortuga sobre el azul de las olas. Naturalmente se trasladó mi pensamiento á aquella isla y á aquellos días de fiesta que habia pasado allí con Graciela. Una inspiración me guiaba. Me acordé de que Graciela tenia allí una amiga casi de su edad, hija de un pobre habitante de las cabañas vecinas, y que aquella joven llevaba un traje particular que no era el de sus compañeras. Un día que le pregunté sobre los motivos de la diferencia en sus trajes, me contestó que era religiosa, aunque permanecía libre en casa de sus padres en una especie de estado intermedio entre el claustro y la vida de familia. Me enseñó la iglesia de su monasterio. En la isla habia muchos, así como en Ischia, y en los pueblos de la campiña de Nápoles.

Ocurrióme la idea de que tal vez Graciela queriendo consagrarse á Dios, habria ido á franquearse con aquella amiga y á pedirle que le abriera las puertas de su monasterio. Sin to-

marme tiempo para reflexionar eché á andar aceleradamente por el camino de Puzzolo, que era la población más inmediata de Prócida donde se encuentran barcas.

Llegué á Puzzolo en menos de una hora. Corrí al puerto, pagué doble cantidad de la acostumbrada á los remeros para estimularlos á que me llevaran á Prócida, á pesar de ser ya de noche y hallarse el mar embravecido. Pusieron la barca á flote y yo cogí un par de remos con ellos. No sin gran trabajo doblamos el cabo Miseno y dos horas después llegué á la isla y trepaba enteramente solo, jadeando y todo trémulo, en medio de las tinieblas y de los furiosos golpes del invierno, las gradas de la empinada rambla que conducía á la cabaña de Andrés.

XVI

« Si Graciela está en la isla, me decía á mi mismo, habrá venido primero aquí impelida por ese instinto natural que lleva al pájaro á su nido

y al niño á la casa de su padre. Si ya no está, algunas huellas me dirán que ha pasado, y estas huellas me conducirán tal vez adonde esté. Y si no la encuentro aquí, ni tampoco sus vestigios, todo se habrá perdido; las puertas de algún sepulcro vivo se habrán cerrado para siempre sobre su juventud. » Agitado por esta duda terrible pisé la última grada. Yo sabía la grieta de la roca donde la vieja había escondido al partir la llave de la casa. Separé la hiedra y metí la mano buscando á tientas la llave y temiendo sentir la frialdad del hierro que me hubiera quitado toda esperanza.

La llave no estaba allí. Lancé un ahogado grito de alegría y entré silenciosamente en la plazoleta que había delante de la casa. Las puertas y las ventanas estaban cerradas; un ligero resplandor que se escapaba por las rendijas de la ventana y reflejaba sobre las hojas de la higuera me reveló que había en la casa una lámpara encendida. ¿Quién, á no ser la hija de la casa, hubiera podido encontrar la llave, abrir la puerta y encender aquella luz? No me quedó duda de que Graciela

estaba á dos pasos de mí, y me arrodillé sobre el último escalón para dar gracias al ángel que me había guiado hasta ella.

XVII

Ningún ruido salía de la casa. Apliqué el oído al umbral y creí oír el débil rumor de una respiración y como sollozos en el fondo del segundo aposento. Movi ligeramente la puerta como si hubiese sido agitada sobre sus goznes por el viento, á fin de llamar poco á poco la atención de Graciela y para que el ruido repentino é inesperado de una voz humana no la matase llamándola. Cesó entonces la respiración. Llamé entonces á Graciela á media voz y con el acento más tranquilo y tierno que me fué posible hallar en mi corazón. Un débil grito me respondió desde el fondo de la casa.

Llamé de nuevo suplicándole que abriese á su amigo, á su hermano, que venía solo á pesar de la oscuridad de la noche y la furia de la tempestad,

guiado por su buen ángel para buscarla, descubrirle, apartarla de la desesperación, á traerle el perdón de su familia, el suyo y volverla al cumplimiento de su deber, su felicidad á su pobre abuela y á sus queridos hermanitos.

— ¡Dios mío! ¡Es él! ¡es mi nombre! ¡es su voz! exclamó ella sordamente.

Volvió á llamarla con más ternura dándole el nombre de Graciolina, que era el que empleaba algunas veces cuando jugábamos juntos.

— ¡Oh! ¡Es él, es ciertamente él! dijo. ¡No me engaño, Dios mío!

Oí cierto ruido como de hojas secas, lo cual me indicaba que se había levantado; la oí dar un paso para venir á abrirme, y después caer de debilidad ó de emoción sin poder seguir adelante.

XVIII

Yo no vacilé; di un fuerte empujón á la puerta, cedió la cerradura y se abrió con aquel empuje, y me precipité dentro de la casa.

La lámpara encendida por Graciela delante de la Madona la alumbraba con débil luz. Corrí al fondo de la segunda estancia donde había oído su voz y su caída, y donde creía encontrarla desmayada. No lo estaba; pero su debilidad había podido más que su esfuerzo, y había caído sobre el montón de hojas secas que le servía de lecho, y juntaba las manos al mirarme. Sus ojos, animados por la fiebre, abiertos por la sorpresa y enternecidos por el amor, brillaban fijos como dos estrellas cuyas luces caen del cielo y parecen mirarnos. Su cabeza, que se esforzaba por erguir, volvió á caer de debilidad sobre las hojas hacia atrás como si le hubiesen cortado el cuello. Estaba pálida como la agonia, excepto las mejillas teñidas de un vivo color de rosa. Su bella piel se hallaba jaspeada de manchas de lágrimas y del polvo que se había adherido á ellas. Su vestido negro se confundía con el color oscuro de las hojas esparcidas por el suelo y sobre las cuales estaba acostada. Sus piés desnudos, blancos como el mármol, sobresalían del montón de hojas y descansaban sobre la piedra. Una fuerte convul-

sión agitaba todos sus miembros y hacía chocar sus dientes como castañuelas en manos de un niño. El pañuelo colorado que envolvía ordinariamente las largas trenzas negras de sus hermosos cabellos estaba desatado y extendido como un velo cubriendo su frente hasta sus ojos. Conociáse que se había servido de él para sepultar su rostro y sus lágrimas en las tinieblas como en la inmovilidad anticipada de un sudario, y que sólo al oír mi voz lo había levantado incorporándose para venir á abrirme.

XIX

Me arrodillé á su lado; cogí sus dos manos heladas en las mías; las llevé á mis labios para calentarlas con mi aliento y cayeron en ellas algunas lágrimas de mis ojos. Comprendí por el apretón convulsivo de sus dedos que había sentido aquella lluvia del corazón y me daba gracias por ella. Me quité mi capote de marino, lo eché sobre sus piés y los envolví en él para abrigo.

Ella me dejaba obrar siguiéndome solamente con los ojos, con una expresión de feliz delirio; pero sin poder ayudarse á sí misma con ningún movimiento como un niño que se deja envolver en sus pañales y llevar á su cuna. En seguida eché dos ó tres manojos de rama ó hierba en el hogar de la primera estancia para calentar un poco el aire. Las encendí á la llama de la lámpara y volví á sentarme en el suelo al lado del lecho de hojas.

— ¡Qué bien me siento! me dijo ella hablando en voz baja, en tono dulce, igual y monótono, como si su pecho hubiera perdido á un tiempo toda vibración y todo acento y no hubiese conservado más que una sola nota en la voz. En vano he querido ocultármelo á mi misma, en vano he querido ocultártelo siempre á tí. Puedo morir, pero yo no puedo amar á otro hombre más que á tí. Ellos han querido darme un esposo, y tú eres el esposo de mi alma. Tú sobre la tierra y Dios en el cielo, este es el voto que hice el día en que comprendí que mi corazón estaba enfermo de tu amor. Yo bien sé que no soy más que una pobre joven,

indigna de tocar siquiera tus piés con sus pensamientos. Así es que jamás te he pedido que me amaras, y jamás te preguntaré si me amas; pero ¡yo te amo, te amo, te amo! — y parecía concentrar toda su alma en estas tres palabras. — Y ahora, despréciame, húrlate de mí, pisotéame. Mófate de mí si quieres, como de una loca que sueña que es reina con sus harapos. Entrégame á la irrisión de todo el mundo; yo les diré á todos: — Si le amo, y si hubieráis estado en mi lugar habríais hecho lo que yo, habríais muerto ó le habríais amado.

XX

Yo tenía los ojos bajos, no atreviéndome á levantarlos temeroso de que mi mirada le dijera demasiado ó muy poco para tanto delirio. Sin embargo, á estas palabras levanté mi frente apoyada en sus manos y murmuré algunas palabras

Ella me puso el dedo sobre los labios.

— Déjame decirlo todo: ahora estoy contenta, no me queda duda. Dios se ha explicado; escucha:

Ayer, cuando me escapé de la casa después de haber pasado toda la noche combatiendo y llorando á tu puerta, cuando llegué aquí á pesar de la tempestad, estaba persuadida de que no volvería á verte; vine aquí como una muerta que marcha por sí misma al sepulcro. Mañana, en cuanto amaneciera, debía hacerme religiosa. Cuando por la noche llegué á la isla y llamé á las puertas del monasterio era demasiado tarde; no quisieron abrirme. Entonces vine aquí para pasar la noche y besar las paredes de la casa de mi padre antes de entrar en la casa de Dios y en el sepulcro de mi corazón. Por conducto de un niño he escrito á una amiga mía suplicándole que viniera mañana á buscarme. Cogi la llave, encendí la lámpara delante de la Virgen, me arrodillé é hice un voto, el último de esperanza, aun en medio de mi desesperación; porque tú sabrás, si alguna vez amas, que queda siempre un resto de fuego en el fondo del alma, aun cuando se crea que todo está apagado.

« ¡Santa protectora, le dije, envíame una señal de mi vocación para asegurarme que el amor no me engaña y que doy verdaderamente á Dios una vida que no debe pertenecer más que á él solo!

« Esta es mi última noche comenzada entre los vivos; nadie sabe donde la paso. Mañana tal vez vendrán á buscarme aquí cuando ya no esté. Si es la amiga la que he enviado á llamar, la que viene primero, será señal de que debo ejecutar mi designio y la seguiré para siempre al monasterio; pero si fuese él el que viniese antes, guiado por mi angel, á descubrir mi paradero y detenerme en los bordes de la otra vida... ¡Oh! ¡entonces será señal de que debo volver con él para amarle el resto de mis días!

« ¡Haced que sea él! añadí. Haced ese milagro más, si tal es vuestra voluntad y la de Dios. Para obtenerlo os hago un don, el único que puedo hacer, yo que nada tengo. Hé aquí mis cabellos, mis pobres y largos cabellos que tanto le gustan á él y que desató tantas veces riéndose para verlos flotar al viento sobre mis hombros. Tomadlos, yo os los doy; yo misma voy á cortar-

los para probaros que nada me reservo y que mi cabeza sufre de antemano las tigas que mañana los cortarían al separarme del mundo. »

Diciendo esto apartó con la mano izquierda el pañuelo de seda que le cubría la cabeza, y cogiendo con la otra la larga madaja de sus cabellos cortados y que tenía á su lado sobre el lecho de hojas, me los enseñó desarrollándolos.

— La Virgen ha hecho el milagro, replicó con voz más fuerte y con acento intimo de alegría. Ella te ha traído. Iré adonde quieras. ¡Mis cabellos son suyos y mi vida tuya!

Yo me lancé sobre las trenzas cortadas de sus hermosos cabellos, que quedaron en mis manos como una rama muerta arrancada del árbol; los llené de besos, los estreché contra mi corazón y los regué de lágrimas como si hubiese sido una parte de ella misma á la que yo sepultaba muerta en la tierra. Fijando después la vista en ella, vi su encantadora cabeza, que erguía despojada, pero como adornada y embellecida por su sacrificio, resplandecer de alegría y de amor en medio de los trozos negros y desiguales de sus cabe-

llos, partidos más bien que cortados por las tijeras. Me pareció la estatua mutilada de la juventud, cuya gracia y hermosura realzan las mismas mutilaciones del tiempo añadiendo la ternura á la admiración. Aquella profanación de sí misma, aquel suicidio de su belleza por amor á mi dieron al corazón un golpe que conmovió todo mi sér y me obligó á precipitarme á sus piés humillando mi frente en el suelo. Yo presentí que aquello era amar, y tomé por amor este presentimiento.

XXI

¡Ay! No era el amor completo, sino su sombra lo que había en mí; era demasiado niño y sencillo todavía para que no me engañase á mi mismo. Creí que la adoraba, como merecían ser adorados por un amante tanto amor, tanta inocencia y tanta hermosura. Yo se lo dije con el acento sincero que da la emoción y con esa pasión contenida que infunden la soledad, la noche, la desesperación y las lágrimas. Ella lo creyó, porque necesitaba

creerlo para vivir, y porque ella misma tenía bastante pasión en su alma para suplir la insuficiencia de otros mil corazones.

De esta suerte pasamos toda la noche conversando y entregados á esa confianza natural y pura de dos seres que se revelan inocentemente su ternura, y que quisieran que la noche y el silencio fuesen eternos para que nada extraño á ellos viniera á interponerse entre la boca y el corazón. Su piedad y mi reserva tímida y el enternecimiento mismo de nuestras almas alejaban de nosotros todo peligro. El velo de nuestras lágrimas estaba sobre nosotros. Nada hay más distante de la voluptuosidad que el enternecimiento. Abusar de semejante intimidad hubiera sido profanar dos almas. Yo tenía sus dos manos en las mías. Sentílas reanimarse á la vida; fui á buscar agua fresca para que bebiese en el hueco de mi mano ó para lavar su frente y sus mejillas. Encendí el fuego arrojando en él algunas ramas, y después volví á sentarme sobre la piedra al lado del haz de mirto donde reposaba su cabeza para seguir escuchando las deliciosas relaciones de su amor;

como había nacido en ella sin notarlo bajo las apariencias de una pura y dulce amistad de hermana; como se había alarmado al principio y tranquilizándose después; en qué había conocido que me amaba; cuántas muestras secretas de preferencia me había dado sin que yo me apercibiera de ello; qué día se figuró haber hecho traición á secreto; que día había creído observar que yo correspondía á su cariño; las horas, los gestos, las sonrisas, las palabras escapadas y retenidas, las revelaciones ó las sombras involuntarias de nuestros rostros durante aquellos seis meses. Su memoria había conservado todo; se lo recordaba todo, como la yerba de la montaña del Mediodía, á que el viento pega fuego durante el estio, conserva la huella del incendio en todos los sitios por donde ha pasado la llama.

XXII

Á todo esto añadía esas misteriosas supersticiones del sentimiento que dan sentido y valor á

las más insignificantes circunstancias. Levantaba, por decirlo así, uno á uno todos los velos de su alma delante de mí. Mostrábase como á Dios en toda la desnudez de su candor, de su infancia y de su abandono. El alma no tiene más que una vez en la vida esos momentos en que se vacía toda entera en otra alma, con ese murmullo inagotable de los labios que no pueden bastar á su amorosa expansión y que acaban por balbucear sonidos inarticulados y confusos como los besos del niño que se duerme.

Yo no me cansaba á mi vez de escuchar, de gemir y de temblar alternativamente. Aunque mi corazón, demasiado ligero y lleno de juventud, no estuviera bastante maduro ni fuese bastante fecundo para producir por sí mismo tan abrasadoras y divinas emociones, aquellas emociones hacían, al caer en el mío, una impresión tan nueva y deliciosa, que al sentir las, creía experimentarlas. ¡Qué error! ¡Yo era la nieve y ella era el fuego! Al reflejarlo, creía producirlo. No importa; aquel rayo reflejado de uno en otro pa-

recia pertenecer á los dos y envolvernos en la atmósfera del mismo sentimiento.

XXIII

Así transecurrió aquella larga noche de invierno, pero que no tuvo para ella ni para mí sino la duración del primer suspiro de amor. Así es que cuando rayó el nuevo día nos pareció que venía á interrumpir aquella palabra apenas comenzada.

El sol, sin embargo, estaba ya muy alto en el horizonte, cuando sus rayos se deslizaron por los postigos cerrados é hicieron palidecer la luz de la lámpara. En el momento que abrí la puerta vi á toda la familia del pescador que subía corriendo la escalera.

La joven religiosa de Prócida, amiga de Graciela, á quien había escrito la vispera y confiado el designio de entrar al día siguiente en el monasterio, sospechando algún rapto de desespera-

ción, había enyado aquella noche á uno de sus hermanos á Nápoles, para comunicar á la familia de Graciela su triste resolución. Informados así de su paradero, llegaban aceleradamente contentos y arrepentidos á la vez, para detenerla en el borde de su desesperación y conducirla libre y perdonada en su compañía.

La abuela se arrodilló junto á la cama, empujando con sus dos brazos á los niños, que había llevado para enternecerla, y cubriéndose con sus cuerpos, como un escudo, contra las reconven- ciones de su nieta. Los niños se arrojaron gritando y llorando en los brazos de su hermana. Al levantarse para acariciarlos y abrazar á su abuela, se cayó el pañuelo que cubría la cabeza de Graciela, dejándola ver despojada de sus cabellos. Á la vista de aquellos ultrajes hechos á su hermosura; cuyo sentido comprendieron demasiado, se estremecieron y estallaron en la casa nuevos sollozos. La religiosa, que acababa de entrar, calmó y consoló á todo el mundo; recogió las trenzas cortadas de la frente de Graciela, las tocó á la imagen de la Virgen, envolviéndolas en

un pañuelo de seda blanco, y las echó en el delantal de la abuela.

— « Guardad estos cabellos, le dijo, para mostrárselos de vez en cuando en su felicidad ó en sus penas, y para recordarle, cuando sea del hombre á quien ama, que las primicias de su corazón deben pertenecer siempre á Dios como las primicias de su hermosura le pertenecen en esta cabellera ».

XXIV

Por la noche nos volvimos todos juntos á Nápoles. El celo que yo habia desplegado por buscar y salvar á Graciela en aquella ocasión habia redoblado el afecto que me tenian la vieja y el pescador. Ninguno de ellos sospechaba la indole del interés que tomaba por ella, ni del cariño que ella me demostraba, atribuyendo toda su repugnancia á la deformidad de Cecco, esperando vencer esta repugnancia con la razón y el tiempo. Prometiéronla no hacerla más instancias

para que se casara, y hasta el mismo Cecco suplicó á su padre que no volviera á hablarla de semejante asunto, pidiendo con su humildad, su actitud y sus miradas, perdón á su prima de haber sido ocasión de su pena. La calma volvió á reinar de nuevo en la casa.

XXV

Nada anublaba ya el rostro de Graciela ni su felicidad, sino el pensamiento de que aquella felicidad sería tarde ó temprano interrumpida por mi regreso á mi país. Cuando se pronunciaba el nombre de Francia, la pobre joven se ponía pálida como si hubiera visto el fantasma de la muerte.

Un día, al entrar en mi cuarto, hallé todo mi ropa hecha pedazos y tirada en el suelo.

— « ¡Perdóname! me dijo Graciela arrojándose á mis piés y levantando hácia mi su rostro descompuesto : ¡yo soy la que ha hecho esto! ¡Oh! No me riñas. Todo lo que me recuerda

que debes abandonar un día ese traje de marino me hace demasiado daño, porque se me figura que vas á despojarte del corazón que hoy tienes para tomar otro cuando te pongas tu ropas de otro tiempo ».

Á excepción de estas leves borrascas, debidas á la vehemencia de su ternura, y que se apaciguaban siempre con unas cuantas lágrimas en nuestros ojos, trascurrieron así tres meses en una felicidad imaginaria que la menor realidad debía romper al tocarnos. Nuestro edén estaba sobre una nube.

Y así es como conocí el amor : por medio de una lágrima en ojos de niño.

XXVI

¡ Qué dichosos éramos cuando estando juntos podíamos olvidar completamente que existía otro mundo más allá de nosotros, otro mundo diferente de aquella casita situada en la colina del Pausilippo ; que podría haber algo más que aquel

terrado al sol, aquel humilde aposento donde trabajábamos jugando la mitad del día ; aquella barca acostada en su lecho de arena sobre la playa, y aquel hermoso mar, cuyo viento húmedo y sonoro nos traía la frescura y melodía de sus aguas.

Mas ¡ ay ! horas había en que no podíamos menos de pensar en que el mundo no acababa allí, y que vendría un día en que no nos encontraríamos juntos bajo el mismo rayo de luna ó de sol. He hecho mal en acusar tanto la sequedad de mi corazón entonces, comparándolo con lo que después ha sentido. En el fondo comenzaba á amar á Graciela mil veces más de lo que á mí mismo me confesaba. Si no la hubiera amado tanto, la huella que dejó para toda mi vida en mi alma no habría sido tan profunda y dolorosa, ni su imagen estaría tan grabada ni tan adherida á mi memoria. Aunque entonces fuese de arena mi corazón, aquella flor de mar se arraigaba en él para más de una estación, como los lirios milagrosos de la playa se arraigan en las arenas de la isla de Ischia.

XXVII

¿Y qué ojos bastante privados de luz, ni qué corazón bastante apagado al nacer no la hubiera amado? Su belleza parecía desarrollarse de la noche à la mañana con su amor. Ella no crecía ya; pero se perfeccionaba en todas sus gracias, gracias ayer de niña, y hoy de doncella. Sus formas esbeltas se convertían visiblemente en contornos más suaves y más redondeados por la adolescencia. Su estatura adquiría aplomo sin perder nada de su elasticidad. Sus hermosos piés desnudos no pisaban ya tan ligeramente el suelo, sino que los arrastraba con esa indolencia y esa languidez que parecen imprimir à todo el cuerpo el peso de los primeros pensamientos amorosos de la mujer.

Sus cabellos brotaban con la savia fuerte y espesa de las plantas marinas bajo las tibias olas de la primavera. Yo me divertía frecuentemente en medir lo que crecían estirándolos por su

espalda, para ver lo que faltaba hasta llegar à su talle, y enrollándolos en mis dedos. Su cútis se ponía cada día más blanco y sonrosado, como si quisiera competir con el polvo del coral que todos los días teñía las yemas de sus dedos. Sus ojos se agrandaban y se abrían cada día más, como para abrazar un horizonte que se le hubiera aparecido de repente. Era el asombro de la vida cuando Galatea siente la primera palpitación debajo del marmol. Ella guardaba ya involuntariamente conmigo cierta pudorosa reserva y cierta timidez en su actitud, en sus miradas y en sus gestos que jamás había tenido. Yo lo advertía y permanecía mudo y trémulo à su lado. Hubiérase dicho que éramos dos criminales, cuando no éramos más que dos niños demasiado felices.

Y sin embargo, hacía ya algun tiempo que bajo aquella felicidad se ocultaba ó revelaba un fondo de tristeza. No sabíamos à punto fijo por que; pero el destino lo sabía. Era el presentimiento de la brevedad del tiempo que nos quedaba que pasar juntos.

XXVIII

Muchas veces Graciela, en vez de tomar alegremente su labor después de haber vestido y peinado á sus hermanitos, permanecía sentada al pié del terrado, á la sombra de las grandes hojas de una higuera que subía hasta el pretil de la azotea. Allí continuaba inmóvil con la vista extraviada durante horas enteras. Si su abuela la preguntaba si estaba enferma, contestaba que no tenía nada, que se hallaba solamente cansada antes de haber trabajado. Entonces no quería que la preguntasen más, y apartaba el rostro de todo el mundo, excepto de mí, á quien se quedaba mirando largo rato, pero sin decir una palabra. Algunas veces se movían sus labios como si hablara; pero balbuceaba palabras que nadie entendía. Sus mejillas, tan pronto blancas como sonrosadas, temblaban ligeramente como la superficie del agua dormida acariciada por las brisas que preceden al viento de la mañana; pero cuando yo me sentaba á su

lado, cuando le cogía la mano, cuando le hacía cosquillas en las largas pestañas de sus ojos cerrados con el ala de mi pluma ó con un ramito de romero, entonces lo olvidaba todo, se echaba á reír y á hablar como antes, si bien al poco rato volvía á ponerse triste.

A veces le decía :

+ — Graciela, ¿qué es lo que miras allá abajo en el mar durante horas enteras? ¿Ves algo que nosotros no veamos?

— Veo á la Francia detrás de montañas de nieve, me respondía.

— ¿Y qué ves de bueno en Francia? añadía yo.

+ — Veo á uno que te se parece, uno que marcha, marcha, marcha por un camino muy largo y blanco que no se acaba. Marcha sin volverse, siempre, siempre hacía adelante y yo aguardo horas enteras esperando siempre que se vuelva y desande el camino, pero no se vuelve.

Y en seguida ocultaba su rostro en su delantal, y por más que la llamaba yo con los nombres más cariñosos, no levantaba ya su hermosa frente. Volvíame entonces triste á mi cuarto; quería leer

para distraerme, pero veía siempre su figura entre mis ojos y la página. Parecíame que las palabras tomaban una voz y suspiraban como nuestros corazones. Comunmente acababa siempre por llorar á solas; pero avergonzábame de mi melancolía, y jamás decía á Graciela que había llorado. Hacía mal: ¡una lágrima mía la hubiera consolado tanto!

XXIX

Me acuerdo de la escena que más pesadumbre la causó, y la cual jamás pudo olvidar completamente.

Hacía algún tiempo que se había hecho amiga de dos ó tres jóvenes casi de su edad, que habitaban una de las casitas contiguas, y las cuales salían al jardín á repasar ó coser los vestidos de una casa de educación de jóvenes francesas. El rey Murat había establecido esta casa en Nápoles para las hijas de sus ministros y de sus generales. Estas jóvenes procitanas hablaban frecuentemente

desde abajo, mientras hacían su labor, con Graciela, que las miraba asomada al pretil del terrado, enseñándole los hermosos encajes, las ricas sedas, los bonitos sombreros, los elegantes zapatos, las cintas y los chales que traían ó llevaban para las jóvenes alumnas de aquel convento. Todo esto promovía entre ellas gritos de asombro y de admiración incesante. Algunas veces venían las costureras en busca de Graciela para llevarla á misa ó á las visperas cantadas en la capilla del Pausilippo. Yo salía al encuentro de ellas cuando se ponía el sol y cuando la campana me avisaba que el sacerdote iba á dar su bendición. Nos volvíamos jugando y loqueando por la playa, avanzando por encima de la huella de la ola cuando se retiraba, y huyendo delante de ella cuando volvía, formando una collera de espuma sobre nuestros piés. ¡Dios mío! ¡qué linda estaba entonces Graciela cuando temiendo mojarse sus zapatillas bordadas de lentejuelas de oro, corría con los brazos tendidos hacia mí como para refugiarse sobre mi corazón contra la ola deseosa de retenerla ó lamerla á lo menos los piés!

XXX

Hacia ya algún tiempo que notaba yo que Graciela me ocultaba algo de sus pensamientos, pues tenía conversaciones secretas con sus amigas las costureras. Aquello era una especie de conspiración, en la cual no me admitían.

Una noche estaba yo leyendo en mi cuarto á la luz de una lámpara de barro rojo; mi puerta, que daba al terrado, estaba abierta para dejar entrar la brisa del mar. Oí ruido, largos cuchicheos de muchachas, risas reprimidas, luego quejas, reconvenciones, después nuevas carcajadas, interrumpidas por largos intervalos de silencio en la estancia de Graciela y de los niños. Al principio no presté grande atención.

Sin embargo, el mismo cuidado que ponían en sofocar los cuchicheos y la especie de misterio que esto probaba de parte de aquellas jóvenes, excitaron mi curiosidad. Dejé mi libro, cogí la lámpara de barro en la mano izquierda, la abri-

gué con la derecha contra las bocanadas de viento para que no se apagase, atravesé sigilosamente el terrado, apliqué mi oído á la puerta de Graciela, oí rumor de pasos que iban y venían por la estancia, crujidos de telas que doblaban ó desdoblaban, el sonido de los dedales y de las tijeras, y esto me reveló que había allí mujeres ocupadas en cortar y arreglar vestidos y adornos, recordándome las voces que había oído tantas veces en casa de mi madre cuando mis hermanas se vestían y aderezaban para el baile.

No había fiesta al día siguiente en el Pausilippo. Graciela no había pensado jamás en realzar su hermosura por medio de los trajes. No tenía siquiera espejo en su cuarto, y se miraba en el cubo del agua del pozo del terrado, ó más bien no se miraba sino en mis ojos.

Mi curiosidad no resistió aquel misterio. Empujé la puerta con la rodilla, cedió al punto, y aparecí en el umbral con mi lámpara en la mano.

Las jóvenes costureras lanzaron un grito, y escaparon como bandada de pájaros, refugian-

dose, como si hubieran sido sorprendidas en un crimen, en los rincones de la estancia. Todavía conservaban en sus manos los objetos de convicción, la una el hilo, la otra las tijeras, quién las flores y quién las cintas; pero Graciela, colocada en medio del aposento sobre una banqueta, como petrificada por mi inesperada aparición, no había podido escaparse. Estaba colorada como una granada. Tenía los ojos bajos y no se atrevía á mirarme, ni aun á respirar. Todo el mundo calló, esperando lo que yo iba á decir; pero yo no decía nada, absorto como estaba en la sorpresa y en la contemplación muda de lo que veía.

Graciela se había quitado sus vestidos de lana pesada, su corpiño guarnecido al estilo de Prócida, que se abre sobre el pecho, para dejar libre la respiración á la doncella y la fuente de la vida al niño, sus zapatillas de lentejuelas de oro y tacón de madera, en las que holgaban ordinariamente sus piés desnudos, los largos alfileres de cabeza de cobre en los que se enrollaban transversalmente sus cabellos negros, como en la verga de una barca se enrolla la vela. Sus pendientes,

sus brazaletes y sus vestidos ordinarios estaban tendidos sobre la cama.

En vez de ese pintoresco traje griego, que así cuadra á la pobreza como á la riqueza, que deja con el vestido á media pierna, y con el escote del corpiño y de las mangas, la libertad y flexibilidad necesarias á todas las formas del cuerpo de la mujer, las jóvenes amigas de Graciela, cediendo á sus instancias, le habían puesto los vestidos y adornos de una señorita francesa que había en el convento casi de su misma estatura y edad. Tenía puesto un vestido de seda moaré, un cinturón color de rosa, una pañoleta blanca, una cofia adornada de flores artificiales, zapatos de raso azul y medias de seda que dejaban ver el color de carne sobre los redondos tobillos de sus piés.

Tal era el traje en que yo acababa de sorprenderla, y con el cual se hallaba tan confundida como si hubiese sido sorprendida en su desnudez por la mirada de un hombre. Yo mismo la miraba sin apartar de ella mis ojos; pero sin que un gesto, una exclamación ni una sonrisa pudieran revelar el efecto que producía en mí su

transformación. Una lágrima asomó á mis ojos, porque desde luego comprendí el pensamiento de la pobre niña. Avergonzada con la diferencia de condición entre ella y yo, había querido probar si la semejanza del traje aproximaría á mis ojos nuestros destinos. Había hecho esta prueba sin saberlo yo, ayudada de sus amigas, esperando aparecer de repente delante de mí más hermosa con aquel vestido y aquellos adornos, y más igual á mi clase de lo que creía ser con los sencillos vestidos de su isla y de su estado. Se había equivocado completamente, y así comenzó á notarlo por mi silencio. Su figura tomaba cierta impresión de impaciencia desesperada y casi de lágrimas que me revelaban su designio oculto, su crimen y decepción.

Sin embargo, aun así estaba muy hermosa. Su pensamiento debía embellecerla mil veces más á mis ojos, pero su hermosura se asemejaba casi á un tormento; era como una de esas jóvenes virgenes del Corregio, clavadas al madero sobre la hoguera del martirio y retorciéndose en sus ligaduras para salvarse de las miradas que profa-

nan su pudor. ¡Ay! también aquel era un martirio para la pobre Graciela; pero no era, como hubiera podido creerse al verla, el martirio de la vanidad, sino el martirio de su amor.

Los vestidos de la joven pensionista francesa del convento que le habían puesto, cortados sin duda para talle delgado y para los brazos y hombros débiles de una niña de trece á catorce años, encerrada en un claustro, eran demasiado estrechos para la estatura desarrollada y para los hombros redondos y robustos de aquella hija del sol y del mar. El vestido la estallaba por todas partes, por los hombros, por el pecho, alrededor de la cintura, como una corteza de sicomoro que se abre sobre las ramas del árbol con las fuertes savias de la primavera. Por más que las costureras se habían afanado en prender alfileres aquí y allí en el vestido y en la pañoleta, la naturaleza había roto la tela á cada movimiento, y al través de los rasgones de la seda, se veía en muchos sitios aparecer las carnes desnudas del cuello y de los brazos por debajo de los zurcidos. La tela gruesa de la camisa pasaba al través de los

esfuerzos del vestido y de la pañoleta, y contrastaba por su rudeza con la elegancia de la seda. Los brazos, mal sujetos por una manga estrecha y corta, salían como la mariposa sonrosada de la crisálida que hincha y revienta. Sus piés, acostumbrados á estar desnudos ó metidos en anchas zapatillas griegas, arrugaban el raso de los zapatos, que parecían aprisionarla con trabas de cordones atados como sandalias alrededor de sus piernas. Sus cabellos, mal sujetos y contenidos por la redecilla de encajes y flores, levantaban como por sí mismos todo aquel edificio de peinado, y daban al hermoso rostro, que en vano se había querido desfigurar de aquella manera, una expresión de descaro en el adorno y de vergüenza modesta en la fisonomía, que hacían el contraste más extraño y delicioso.

Su actitud estaba tan embarazada como su rostro; no se atrevía á hacer un movimiento por temor de dejar caer las flores de su frente ó arrugar su vestido. No podía marchar, pues hasta tal punto embarazaba el calzado sus piés y daba cierta graciosa torpeza á sus pasos. Hubiérase

dicho que era la Eva graciosa y candorosa de aquel mar del sol cogida en el lazo de su primera coquetería.

XXXI

Así duró el silencio por unos cuantos minutos en la estancia. Al fin, más apesadumbrado que contento de aquella profanación de la naturaleza, me aproximé á ella haciendo una mueca algo burlona, y mirándola con cierta expresión de reconvención y dulce burla, y aparentando reconocerla con dificultad con aquellos atavíos.

— ¡Cómo! la dije; ¿eres tú, Graciela? ¿Quién habría reconocido jamás á la hermosa procitana en esta muñeca de París? Vamos, continué algo ásperamente, ¿no te avergüenzas de desfigurar así lo que Dios ha hecho tan encantador con un traje sencillo y natural? Por más que hagas, nunca serás más que una hija de las olas, de pié marino y tocada y embellecida por los rayos de tu hermoso cielo. Es preciso que te resignes y des

gracias á Dios. Esas plumas del pájaro enjaulado jamás sentarán bien á la golondrina de mar.

Estas palabras le hirieron en lo más vivo del corazón, porque no comprendía cuanta era la preferencia que yo daba á la golondrina de mar. Ella creyó que la desafiaba á que jamás se parecería á una belleza de mi raza y de mi país. Pensó que todos sus esfuerzos para presentarse más hermosa por causa mía y engañar mis ojos acerca de su humilde condición, eran perdidos. Prorumpió en llanto, y sentándose sobre la cama y ocultando su rostro con las manos, dijo en tono enojado á sus amigas que fueran á desembarazarla de su odioso adorno.

— Bien sabía yo, dijo gimiendo, que no era más que una pobre procitana; pero creía que, cambiando de vestidos, no te avergonzaría tanto algún día si te seguía á tu país. Ya veo que es preciso continuar siendo lo que soy y morir donde he nacido; pero tú no debías echármelo en cara.

Á estas palabras arrancó con despecho las flores, la cofia, la pañoleta, y arrojándolas lejos de sí con un gesto de cólera, las pisoteó diri-

giéndolas palabras de reconvencción, como su abuela había hecho con las tablas de la barca después del naufragio. En seguida, corriendo hacia mí, apagó la lámpara que tenía en la mano para que no la viese por más tiempo en aquel traje que tanto me había desagradado.

Entonces conocí que había hecho mal en chancearme con tal violencia y que la burla era muy seria. La pedí perdón y la dije que no la había reñido sino porque la encontraba mil veces más encantadora como procitana que como francesa, y así era á la verdad; pero el golpe estaba ya dado, y ella no quiso ya oirme y siguió sollozando.

Sus amigas la desnudaron y yo no volví á verla hasta el día siguiente, vestida ya otra vez con su traje de isleña; pero tenía los ojos colorados á causa de las lágrimas que aquella broma la había hecho derramar durante la noche.

XXXII

Por aquel mismo tiempo empezó á desconfiar de las cartas que yo recibía de Francia sospechando que me hablaban de mi próxima vuelta á mi país. No se atrevía á ocultármelas, porque era incapaz de engañarme; pero algunas veces las retenía nueve días y las prendía con uno de sus alfileres dorados detrás de la estampa de la Virgen colgada en la pared, al lado de su cama. Pensaba que la Virgen enternecida por las muchas novenas en favor de nuestro amor, cambiaría milagrosamente el contenido de las cartas y transformaría las órdenes de regreso en invitaciones para que me quedase á su lado. Á mí no se me escapaba ninguno de estos inocentes fraudes, que me la hacían cada vez más querida y adorable, pero la hora fatal se aproximaba.

XXXIII

Una noche de los últimos días de Mayo, llamaron violentamente á la puerta. Toda la familia dormía. Fuí á abrir. Era mi amigo V....

— Vengo á buscarte, me dijo. Aquí tienes una carta de tu madre. Supongo que no resistirás á sus ruegos. Los caballos están encargados para las doce de la noche. Son las once. Partamos, ó no partirás nunca. Tu madre se morirá. Ya sabes hasta que punto la hace tu familia responsable de todas tus faltas. ¡Se ha sacrificado tanto por tí! Sacrificate un momento por ella. Te juro que volveré contigo á pasar el invierno y aunque sea un año en este país; pero conviene que te presentes á tu familia y obedezcas las órdenes de tu madre.

Conocí que estaba perdido.

— Espérame, le dije; y entré en mi cuarto y metí aceleradamente mis ropas en mi maleta, Escribí á Graciela diciéndole cuanto la ternura

podía expresar en un corazón de diez y ocho años, y cuanto la razón podía aconsejar á un hijo que quiere á su madre. Yo le juraba, como me lo juraba á mí mismo, que antes de cuatro meses estaría á su lado y que no la abandonaría más. Confiaba la incertidumbre de nuestro destino futuro á la Providencia y al amor. Le dejé mi bolsa, para que ayudase á sus abuelos durante mi ausencia. Luego que cerré la carta, me aproximé sigilosamente, y arrodillándome en el umbral de su aposento, besé la piedra y la madera y eché el billete por debajo de la puerta. Para no ser sentido tuve que devorar los sollozos que me ahogaban.

Mi amigo me cogió del brazo, me levantó y me arrastró consigo. En aquel momento Graciela, á quien sin duda había alarmado aquel ruido inusitado, abrió la puerta. La luna alumbrada la azotea. La pobre niña reconoció á mi amigo y vió al criado que llevaba mi maleta. Extendió los brazos, lanzó un grito de terror y cayó inanimada sobre el terrado.

Corrimos hacia ella, la levantamos y llevamos

sin conocimiento á su cama. Toda la familia acudió. Echáronla agua en la cara y llamáronla con todas las voces que le eran más queridas; pero hasta que no escuchó la mía no recobró el sentido.

— Ya lo ves, me dijo mi amigo, vive; el golpe está dado; prolongar la despedida sería causar una reacción terrible.

Separó de mi cuello los brazos helados de la joven y me arrancó de la casa. Una hora después caminábamos silenciosamente y envueltos en la oscuridad de la noche por el camino de Roma.

XXXIV

En la carta que dejé escrita á Graciela le daba las señas con que había de dirigir las suyas. La primera que recibí de ella, fué en Milán. Decíame, que estaba bien de cuerpo pero enferma de corazón; que sin embargo, se fiaba de mi palabra y me esperaba sin falta para el mes de Noviembre. Cuando llegué á Lyon, hallé otra carta mucho más

tranquila y confiada. Dentro de ella venían algunas hojas del clavel rojo que crecía en una maceta sobre el pretil del terrado, muy cerca de mi aposento, y de cuya mata arrancaba ella todos los domingos una flor para adornar sus cabellos.

¿Hacía esto para enviarme algo que ella hubiese tocado, ó para dirigirme una tierna reconvención disfrazada bajo un símbolo, y recordarme que había sacrificado sus cabellos por mi causa?

Decíame en esa carta que había tenido calentura; que estaba enferma del corazón, aunque experimentaba alivio de día en día; que para mudar de aires y restablecerse completamente la habían enviado á casa de una de sus primas, hermana de Cecco, que vivía en el Vomero, colina elevada y sana que domina á Nápoles.

Después se pasaron más de tres meses sin recibir ninguna otra carta. Todos los días pensaba yo en Graciela. Debía volver á Italia á principios del invierno próximo. Su imagen triste y encantadora se me aparecía como un recuerdo doloroso, y á veces también como una tierna reconvención. Hallábame en esa edad ingrata en que la

ligereza y la imitación hacen que un joven se avergüence de sus mejores sentimientos; edad cruel, en que los más hermosos dones de Dios, el amor puro, las afecciones candorosas caen sobre la arena y son arrebatadas en flor por el viento del mundo. Esa vanidad irónica de mis amigos combatía frecuentemente en mí la ternura oculta y viva en el fondo de mi corazón. Yo no me hubiera atrevido á confesar sin avergonzarme y exponerme á los sarcasmos, el nombre y la condición del objeto de mi sentimiento y de mi tristeza.

Graciela no estaba olvidada; pero yacía oculta en mi vida. Aquel amor que encantaba mi corazón humillaba mi respeto humano. Su recuerdo, que alimentaba solamente en mí la soledad, me perseguía en el mundo casi como un remordimiento. ¡Cuántas veces me avergüenzo ahora de haberme avergonzado entonces! ¡Oh! Qué no hubiera conocido antes como conozco hoy que un solo rayo de alegría, una sola lágrima de sus castos ojos valía cien veces más que todas aquellas miradas y falsas sonrisas á que estaba dispuesto á

sacrificar su imagen ! ¡ Ay ! El hombre demasiado joven es incapaz de amar, porque no sabe el valor de nada y no conoce la verdadera felicidad sino después de haberla perdido. Hay más savia loca y más sombra flotante en las tiernas plantas del bosque pero hay más fuego en el viejo corazón de la encina.

El amor verdadero es el fruto maduro de la vida. Á los diez y ocho años no se le conoce; sólo es imaginado. En la naturaleza vegetal, cuando aparece el fruto, las hojas caen; acaso suceda lo mismo en la naturaleza humana. Muchas veces he pensado en esto después, cuando empezaban á blanquear mis cabellos, y me he reconvenido de no haber conocido entonces el precio de aquella flor de amor. Yo no era más que vanidad. La vanidad es el más estúpido y cruel de los vicios, porque nos hace avergonzarnos de la dicha!...

XXXV

Una noche de los primeros días de Noviembre al volver de un baile me entregaron un billete y un paquete que un viajero de Nápoles había traído para mí. El viajero desconocido me decía en la carta que un amigo suyo, director de una fábrica de coral en Nápoles, le había encomendado un mensaje importante para mí; pero como las noticias que traía eran tristes y fúnebres no quería verme y sólo me rogaba que le acusase recibo del paquete.

Abri temblando el paquete. Bajo el primer sobre contenía la última carta de Graciela reducida á estas palabras. « El doctor dice que moriré antes de tres días. Quiero decirte adios mientras conserve mis fuerzas. ¡ Oh ! ¡ Si estuvieras aquí, viviría ! pero es la voluntad de Dios. Te hablaré pronto y siempre desde lo alto de los cielos. Ama á mi alma. Ella te acompañará toda tu vida. Te dejo mis cabellos que una noche corté

sacrificar su imagen ! ¡ Ay ! El hombre demasiado joven es incapaz de amar, porque no sabe el valor de nada y no conoce la verdadera felicidad sino después de haberla perdido. Hay más savia loca y más sombra flotante en las tiernas plantas del bosque pero hay más fuego en el viejo corazón de la encina.

El amor verdadero es el fruto maduro de la vida. Á los diez y ocho años no se le conoce; sólo es imaginado. En la naturaleza vegetal, cuando aparece el fruto, las hojas caen; acaso suceda lo mismo en la naturaleza humana. Muchas veces he pensado en esto después, cuando empezaban á blanquear mis cabellos, y me he reconvenido de no haber conocido entonces el precio de aquella flor de amor. Yo no era más que vanidad. La vanidad es el más estúpido y cruel de los vicios, porque nos hace avergonzarnos de la dicha!...

XXXV

Una noche de los primeros días de Noviembre al volver de un baile me entregaron un billete y un paquete que un viajero de Nápoles había traído para mí. El viajero desconocido me decía en la carta que un amigo suyo, director de una fábrica de coral en Nápoles, le había encomendado un mensaje importante para mí; pero como las noticias que traía eran tristes y fúnebres no quería verme y sólo me rogaba que le acusase recibo del paquete.

Abri temblando el paquete. Bajo el primer sobre contenía la última carta de Graciela reducida á estas palabras. « El doctor dice que moriré antes de tres días. Quiero decirte adios mientras conserve mis fuerzas. ¡ Oh ! ¡ Si estuvieras aquí, viviría ! pero es la voluntad de Dios. Te hablaré pronto y siempre desde lo alto de los cielos. Ama á mi alma. Ella te acompañará toda tu vida. Te dejo mis cabellos que una noche corté

para tí. Conságralos á Dios en una capilla de tu país, para que tengas algo mío á tu lado! »

XXXVI

Quedé anonadado con su carta en la mano hasta que vino el día. Toda su hermosa cabellera estaba allí, tal como la vi la noche en que me la enseñó en la cabaña. Estaba todavía mezclada con algunas hojas de brezo que se habían enredado al pelo aquella noche. Hice lo que me encargaba, y desde aquel día se esparció una sombra de su muerte sobre mi rostro y sobre mi juventud.

Doce años después volví á Nápoles, busqué sus huellas, pero no las encontré ni en la Margelina ni en Prócida. La casita de la isla estaba completamente arruinada. No había más que un montón de piedras encima de una cueva donde los cabreros abrigaban sus ganados durante las lluvias. El tiempo arruina pronto las cosas terrestres y borra sus vestigios; pero no borra

jamás las huellas del primer amor en el corazón que este ha atravesado.

¡Pobre Graciela! Muchos días han pasado desde aquellos días. He amado y he sido amado. Otros rayos de belleza y de ternura han iluminado mi oscuro camino. Otras almas se han abierto á mí para revelarme en los corazones de las mujeres los tesoros más misteriosos de hermosura, de santidad y de pureza que Dios ha animado sobre la tierra para hacernos comprender, presentir y desear el cielo; pero nada ha empañado tu primera aparición en mi corazón. Cuanto más he vivido, más me he aproximado á tí con el pensamiento. Tu memoria es como esos fuegos de la barca de tu padre, que la distancia desprende de todo humo y brillan con tanta más fuerza cuanto más se alejan de nosotros. Yo no sé donde duermen tus despojos mortales ni si hay quien te lllore todavía en tu país: pero tu verdadero sepulcro está en mi alma. Allí es donde estás recogida y sepultada toda entera. Tu nombre no hiere jamás en vano mi oído. Amo la lengua en que se pronuncia, y conservo siempre en el

fondo de mi corazón una lágrima que se filtra gota á gota y cae en secreto sobre tu memoria refrescarla y embalsamarla en mí (1829).

XXXVII

Un día del año de 1830 entré en una iglesia de París y ví el féretro de una doncella cubierto con un sudario blanco. Aquel féretro me recordó á Graciela. Me oculté á la sombra de una columna, pensé en Procida y lloré largo rato.

Mis lágrimas se secaron; pero las nubes que habian atravesado mi pensamiento durante aquella tristeza cansada por una sepultura no se desvanecieron. Volví silencioso á mi alojamiento. Desarrollé los recuerdos trazados en esta larga narración y escribí llorando los versos titulados *El Primer Pesar*. Esa nota, debilitada por veinte años de distancia, es la expresión de un sentimiento que hizo brotar la primera fuente de mi corazón. Pero se advierte todavía en ella la emoción de

una fibra íntima que ha sido herida y que jamás curará bien.

He aquí esas estrofas, bálsamo de una llaga, rocío de un corazón y perfume de una flor sepulcral; en ellas no faltaba más que el nombre de Graciela. Y lo hubiera encerrado en una estrofa si hubiera en este mundo un cristal bastante puro para guardar aquella lágrima, aquel recuerdo, aquel nombre.

En la playa sonora en que el mar de Sorrento
Desarrolla sus olas azuladas al pié del naranjo,
Hay cerca de un sendero, debajo del oloroso seto
Una piedra pequeña, estrecha, indiferente
Á los pasos distraídos del extranjero.
¡En ella oculta el alelí un nombre bajo sus hojas,
Nombre que ningún eco repite nunca!
Algunas veces sin embargo el paseante detenido,
Leyendo la edad y la fecha, separando un poco las yerbas
Y sintiendo en sus ojos las lágrimas
Dice: « ¡Tenía diez y seis años! ¡es bien pronto para morir! »

¿Pero por qué me dejo arrastar á esas escenas del pasado?
Dejemos al viento gemir y á las olas murmurar;

¡Volved, volved oh tristes pensamientos míos!
Quiero soñar y no llorar.

Dice : « ¡Tenía diez y seis años! ¡Si diez y seis años!
¡Y esta edad no brilla jamás en frente más encantadora!
¡Y nunca el brillo de estas cálidas costas
Se reflejó en ojos más amorosos!
¡Yo sola la veo de nuevo tal como el pensamiento
La ha dejado viva en el alma en que nada muere!
Tal como estaba en los momentos en que fijando sus ojos en los míos
Prolongando nuestra conversación á orillas del mar,
Con los negros cabellos sueltos al viento
Y cubriendo sus mejillas la sombra del flotante velo,
Escuchaba el canto del pescador nocturno,
Aspiraba la frescura de la embalsamada brisa,
Me mostraba en el cielo, la luna, semejante
Á una flor de las noches de que el alba se regocija,
Y en la tierra la argentada espuma y me decía :
« ¿Porqué brilla todo de este modo en los aires y en mí?
¡Nunca estos campos de azul, sembrados de tantas luces,
Nunca esas arenas de oro á donde van á morir las olas,
Esas montañas cuyas cimas tiemblan en el fondo de los cielos,
Esos golfos coronados de bosques silenciosos,
Esos fulgores en la costa y esos cantos sobre las olas,
Habían conmovido mis sentidos con deleites tan vagos!
¿Por qué no he soñado nunca como esta noche?
¿Se ha levantado un nuevo astro en mi corazón?
Y tú, hijo de la mañana, dí¿ las noches de tu país,

Sin mí, se parecen á estas noches tan bellas? »
Después, mirando á su madre sentada á nuestro lado,
Puso la frente sobre sus rodillas para dormirse.
¿Pero por qué me dejo arrastrar á esas escenas del pasado?
Dejemos al viento gemir y á las olas murmurar;
¡Volved, volved, oh tristes pensamientos míos!
Quiero soñar y no llorar.

¡Cuán puros eran sus ojos y cuán cándidos sus labios!
¡Como inundaba el cielo su alma de claridad!
¡El bello lago de Némi que ningún soplo de viento riza
Tiene menos transparencia y limpidez!
En su alma se veían sus pensamientos,
Y sus párpados bajados sobre sus hermosos ojos
No velaban su mirada llena de inocencia;
Ningún cuidado había arrugado su frente;
Todo jugueteaba en ella; ¡y su sonrisa infantil,
Que más tarde expira en la boca con tristeza
Flotaba siempre entre sus labios entreabiertos
Como un puro arco iris en un cielo brillante!
Ni una sombra velaba este encantador semblante;
Este rayo de luz no había atravesado ninguna nube.
Su paso descuidado, indeciso, cadencioso
Flotaba como una ola libre en que se mece la luz. ®
Se corría por correr; y su voz argentina
Eco límpido y puro de su alma infantil,
Música de esta alma en que todo parecía cantar,
Alegraba hasta el aire que la oía subir.

Pero ¿por qué me dejo arrastrar á esas escenas del pasado
 Dejemos al viento gemir y á las olas murmurar;
 ¡Volved, volved, oh tristes pensamientos míos!
 Quiero soñar y no llorar.

Mi imagen se gravó la primera en su corazón
 Como la luz en el ojo que se abre al amanecer
 Ella no miró nada á partir de este día;
 ¡Desde el momento que me amó el universo fué amor!
 Me confundía con su propia vida,
 Todo lo veía en mi alma y yo formaba parte
 Del mundo encantado que flotaba ante sus ojos,
 De la felicidad terrena y de la esperanza celestial.
 No pensaba en el tiempo ni en la distancia,
 Sólo el momento presente absorbía toda su existencia;
 Antes de mí esta vida no tenía recuerdos,
 ¡Una noche de estos hermosos días era todo el porvenir!
 Confiábase á la dulce naturaleza
 Que nos sonreía y á la plegaria pura
 Que ella iba, con el corazón lleno de alegría y no de lágrimas,
 Á esparcir con sus flores en el altar amado;
 Y su mano me arrastraba á las gradas del templo,
 Y como un humilde niño seguía yo su ejemplo;
 Su voz me decía muy bajo « ¡Ora conmigo!
 ¡Porque no comprendo ni aun el cielo sin tí! »
 Pero ¿por qué dejarme arrastrar á esas escenas del pasado
 Dejemos al viento gemir y á las olas murmurar;
 ¡Volved, volved, oh tristes pensamientos míos!

Quiero soñar y no llorar.
 ¡Ved en ese estanque el agua de una fuente viva
 Redondearse como un lago entre sus estrechas orillas
 Clara y azulada al abrigo del viento que va á soplar
 Y del ardiente rayo de luz que podría secarla!
 Un cisne blanco nadando en su límpida superficie,
 Y sumergiendo en ella su cuello rizado
 Adorna sin empañarlo este líquido espejo
 Y se mece en él en medio de las estrellas de la noche;
 Pero sí, dirigiendo su vuelo á otras fuentes nuevas
 Bate las aguas con su húmedas alas
 El cielo se borra en el seno de las ondas que se oscurecen,
 Su pluma cae en grandes porciones y las ensucia,
 Como si el buitre, enemigo de su raza
 Hubiera sembrado los rastros de su muerte sobre las ondas
 ¡Y el azul resplandeciente de este lago encantado
 No es más que una onda oscura á donde ha subido la arena.
 Así cuando yo partí todo tembló en esta alma;
 Su luz se extinguió y su moribunda llama
 Volvió á subir al cielo para no volver;
 No esperaba un segundo porvenir
 No languideció dudando y esperando,
 No disputó su vida al sufrimiento,
 Bebió de un solo trago la copa del dolor;
 Ahogo su corazón en sus lágrimas primeras,
 ¡Y semejante al ave, menos pura y menos bella que ella,
 Que por la noche, para dormir mete la cabeza bajo el ala
 Se envolvió en su desesperación muda
 Y se durmió también pero antes, mucho antes de la noche

Pero ¿por qué me dejo arrastrar hacia esas escenas del pasado?
 Dejemos al viento gemir y á la brisa murmurar;
 ¡Volved, volved, oh tristes pensamientos míos!
 Quiero soñar y no llorar.

Ha dormido quince años en su capa de arcilla,
 Y nadie llora ya sobre su última morada;
 El rápido olvido, segundo sudario de los muertos,
 Ha cubierto el sendero que conducía á su tumba;
 Nadie visita ya esta piedra borrada;
 Nadie piensa en ella, nadie ora en ella... excepto mi pensamiento,
 Cuando, remontando el curso de los pasados días
 Pregunto á mi corazón por todos los que ya no existen
 Y cuando mis ojos flotando sobre amadas huellas
 Lloran tantas estrellas apagadas en mi cielo!
 Ella fué la primera, y su dulce resplandor
 Ilumina aun mi corazón con una luz tierna y piadosa.
 Pero, ¿por que me dejo arrastrar hacia esas escenas del pasado?
 Dejemos al viento gemir y á la brisa murmurar;
 ¡Volved, volved, oh tristes pensamientos míos!
 Quiero soñar y no llorar.

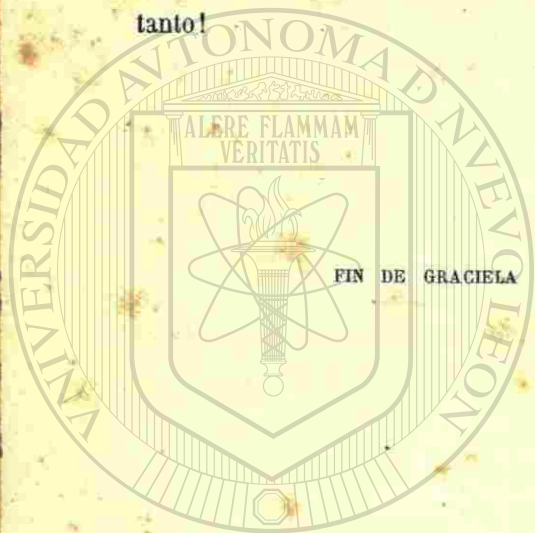
Un arbusto espinoso de verdura pálida
 Es el único monumento que le erigió la naturaleza;
 Batido por los vientos del mar, calcinado por el sol,
 Vive en la roca sin darle sombra

Como un fúnebre pesar arraigado en el corazón;
 El polvo del camino blanquea su follage.
 Sus ramas que casi arrastran por la tierra
 Son continuamente cortadas por los cabritillos;
 Durante la primavera una flor, semejante á un copo de nieve,
 Flota en él un día ó dos, pero el viento que le asedia
 La deshoja antes de que exhalado su olor,
 Como la vida antes de que haya encantado el corazón!
 Un pájaro tierno y melancólico
 Se posa en él para cantar sobre la rama que se dobla!
 ¡Oh! flor tan pronto marchita, dí :
 ¿No existe una tierra donde todo debe volver á florecer?

¡Volved, volved, horas pasadas!
 ¡Vuestro triste recuerdo me ayuda á suspirar!
 ¡Id adonde va mi alma pensamientos míos!
 Mi corazón está lleno, quiero llorar.

Por medio de estas lágrimas escritas he expiado
 la dureza y la ingratitud de mi corazón de diez y
 ocho años. Jamás pude leer aquellos versos sin
 adorar aquella fresca imagen que presentarán
 eternamente á mi memoria las olas transparentes
 y murmurantes del golfo de Nápoles... y sin

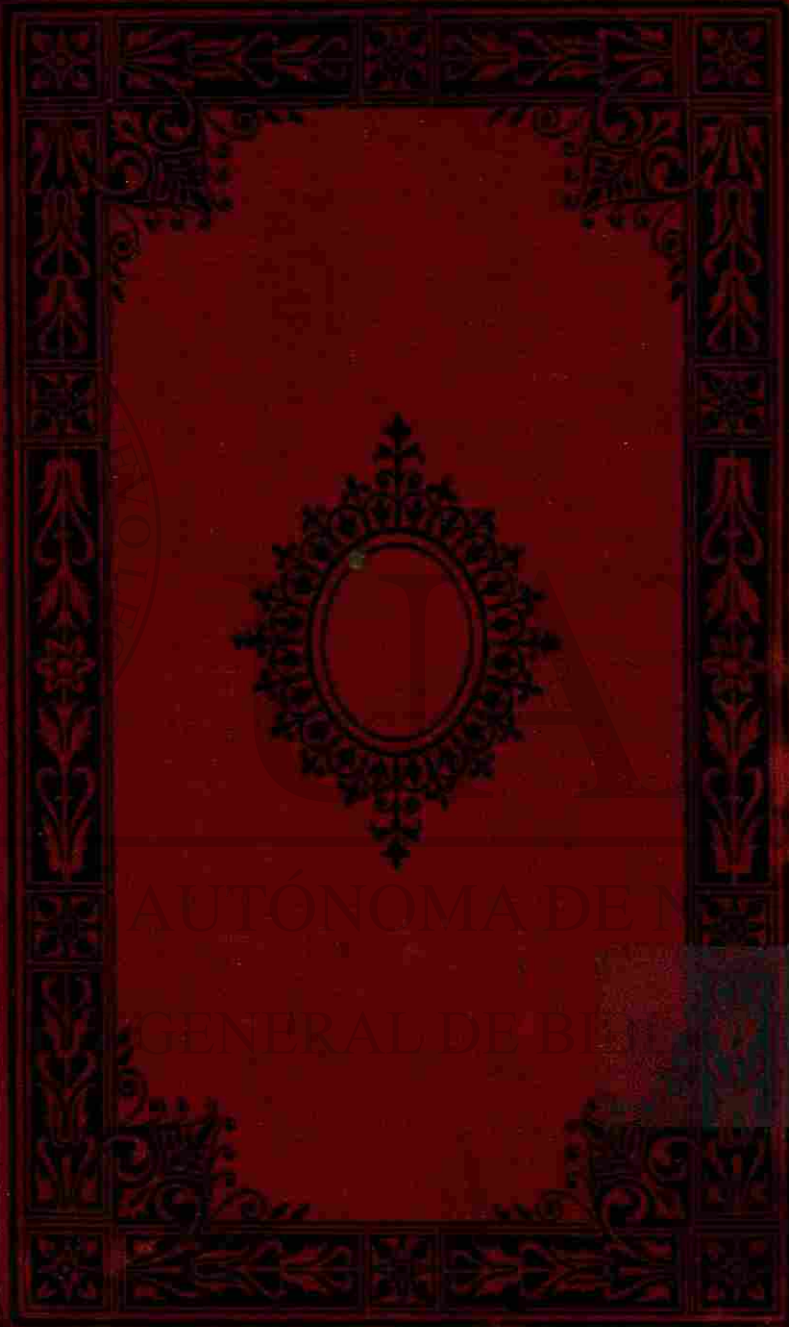
odiarme á mi mismo. Pero las almas perdonan en el cielo. La suya me ha perdonado. Perdóname tú también, lector benévolo. ¡He llorado tanto!



Paris. — Imprenta de Carlos Unsinger, 83, calle del Bac.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
INSTITUTO GENERAL DE BIENESTAR SOCIAL

REC